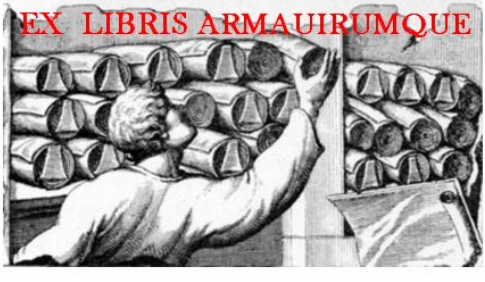
BIBLIOTECA DE INICIACION
FILOSOFICA

EUNAPIO

VIDAS DE FILOSOFOS Y SOFISTAS

AGUILAR

VIDAS DE FILOSOFOS Y SOFISTAS



INICIACION FILOSOFICA

PROLOGO

1. Los hechos y las fechas capitales de la vida de Eunapio los conocemos por las alusiones que él mismo nos ha dejado en la obra que titula *Vidas de filósofos y sofistas.*

Nació en Sardes en el 346 d. de C., y estuvo emparentado por afinidad con Crysantio. A los dieciséis años de edad marchó a Atenas y estudió allí con un sofista cristiano, el armenio Proairesios. Eunapio profesó siempre a su maestro una lealtad y devoción que nunca se vieron empañadas en lo mínimo por la religión que profesaba el maestro; y eso es notable, dada la constante hostilidad con que Eunapio mira y habla del cristianimo y de su creciente influencia.

Después de cinco años de estancia en Atenas, Eunapio se estaba preparando para realizar un viaje a Egipto, cuando sus padres lo reclamaron desde Lidia, haciéndolo regresar a su tierra natal, en el año 367, y el resto de su vida, al parecer, enseñó en Sardes. Aquí, según él mismo nos dice, se adhirió con todas sus fuerzas a la escuela del venerable Crysantio hasta la muerte de éste, de la que fue testigo y que nos cuenta detalladamente.

En cuanto a él mismo murió alrededor del año 414. Vivió, pues, para ver la decadencia de los estudios griegos, tan deplorada por Libanio; para comprobar la muerte oficial de la religión pagana, con la proscripción de los sacrificios a

los dioses y la abolición pública del paganismo en el año 391; para contemplar la invasión de Grecia por Alarico y la destrucción de Eleusis en el 395. Sus ya tristes presagios y la angustia que los hechos le causaben tiñen por completo su *Vidas*.

2. La obra más importante de Eunapio parece haber sido una *Historia Universal* en la que continuaba la *Crónica* de Déxippos, tomando el hilo de la narración en el año 270 d. de C. En catorce libros la continuó él hasta llegar al reinado de Arcadio, al comienzo mismo del siglo V, momento en que quedó cortada probablemente a causa de su propia muerte. Algunos fragmentos de esta historia han llegado hasta nosotros en el *Lexicón* de Suidas; por estos fragmentos y por las frecuentes referencias que él mismo hace a esta obra podemos pensar que había sido escrita con considerable abundancia de detalles. Sin duda, hubiera sido un valioso documento para la historia de esa época, pues, aun cuando Eunapio era marcadamente parcial y el libro era en parte una polémica contra el cristianismo, siempre quedaba en pie el hecho de que conoció personalmente a los hombres clave del Imperio de Oriente y había sido testigo ocular de mucho de lo que relataba en su obra.

Sin embargo, el verdadero protagonista de la obra parece haber sido el emperador Juliano, y Focio afirma que, en su conjunto, puede considerarse como un elogio de esta última esperanza que pudo alentar el mundo pagano. Para la vida y la carrera del emperador, Eunapio pudo obtener una información importante de su amigo el médico Oribasio, que había estado con Juliano en la Galia. En el siglo V, Zósimo, el historiador

pagano, se basó en Eunapio para su narración de la vida de Juliano.

3. En la obra que presentamos aquí, las *Vidas de los filósofos y sofistas*, Eunapio habla modestamente de sí mismo en tercera persona, sin utilizar nunca su nombre propio.

Aun cuando Eunapio parece haber considerado el título de sofista como el más honroso, sin embargo, de hecho, en esta obra dedica más espacio a narrar las vidas de los que fueron filósofos antes que sofistas, tales como, por ejemplo, Jámblico y Máximo. La vida de Libanio, en cambio, que fue un sofista típico, es breve y superficial, y a Himerio, otro sofista, le consagra solamente unas muy cortas líneas.

Al comienzo de la obra, por otra parte, nos encontramos con lagunas u omisiones realmente sorprendentes, como es la de Diógenes Laercio, cuando Eunapio habla de los historiadores de la filosofía, entre los que solamente cita a Socíon y a Porfirio. No menos caprichosa resulta la omisión de toda alusión o mención del sofista y filósofo Temistios, contemporáneo suyo y uno de los hombres más distinguidos en este campo del saber universal.

Junto a esto encontramos en Eunapio un declarado partidismo a la hora de describir la vida intelectual del siglo cuarto cristiano. Todos sus intereses se hallan centrados en el Oriente, hasta el punto de que Eunapio nada tiene que decirnos sobre Roma o sobre los hombres para quienes Roma seguía siendo aún la capital del mundo. Tampoco en su *Historia* debió, probablemente, hablar para nada de ciertos hombres,

del siglo IV, cuyos nombres nos son tan familiares como los de San Agustín, San Jerónimo, San Basilio o San Gregorio, o como los de los poetas Prudencio y Ausonio, para citar unos pocos tan sólo de los muchos contemporáneos suyos realmente sobresalientes en el campo de la filosofía, y para quienes incluso un Libanio, un Proairesios o un Himerio eran unos desconocidos. Eunapio desconoce por completo a estos hombres, así como también —y aún sorprende casi más esto— a Ammiano Marcelino, el historiador que fue a Persia con el "divino Juliano" y que es el mejor guía que se posee actualmente para la historia de este período.

4. Eunapio rinde asimismo una gran admiración a simples charlatanes, como Zenón y sus sucesores los "iatrosofistas", médico-sofistas, en parte posiblemente porque todo lo que pudiera llevar el calificativo de sofista era para él sagrado y casi tabú, en parte también porque él mismo poseía algo de iatrosofista, ya que veremos se gloriaba del amplio conocimiento que poseía de la medicina, como en el caso de su intervención en el tratamiento de la última enfermedad de Crysantio.

El dominio y el éxito en el arte de declamar o perorar posee a sus ojos la categoría de la más elevada de las realizaciones, y en este aspecto hay una gran afinidad entre él y Filóstrato. Pero, intelectualmente hablando, Eunapio es muy inferior a este último. No poseía, ni mucho menos, la formación de éste, y su griego está mucho menos poblado de reminiscencias de los autores clásicos. Hubo en todo caso un autor al que ciertamente debió conocer a la perfección, a juzgar por los frecuentes ecos que de él se

encuentran en las *Vidas*, y este autor es Plutarco; pero, aun así, no siempre lo cita correctamente.

5. Su estilo, finalmente, es difícil y a menudo oscuro; estaba realmente muy lejos de ser un aticista. La exageración es en él un hábito inevitable, y utiliza palabras poéticas y pomposas hasta para los hechos más simples y vulgares, como pueden ser el comer y el beber. A cada momento choca uno con su afición al superlativo y a la ponderación hiperbólica. Por lo que su obra nos permite inferir, hay que contarlo entre los sofistas menos eruditos del siglo IV.

Es de notar que en su tiempo Nicomedia, Antioquía, Esmirna y Cesárea llegaron casi a desplazar a Atenas, Alejandría y Constantinopla como centros de la intelectualidad del Oriente, y Libanio de Antioquía pudo gloriarse de que su escuela había ofrecido abundante provisión de retóricos "a tres continentes y a todas las islas hasta llegar a las Columnas de Hércules".

Sin embargo, en su conjunto, los sofistas del siglo IV no tienen el prestigio y la brillantez que tuvieron sus predecesores del siglo II, probablemente también porque tuvieron menos oportunidades de manifestarse en un imperio gobernado por emperadores cristianos. Por su parte, el renacimiento del helenismo en el reinado de Juliano duró en realidad menos de dos años, y su pronta muerte en el 363 quemó y agostó definitivamente todas las esperanzas de los filósofos, sofistas y teúrgos paganos. Es verdad que emperadores cristianos como Constancio II apoyaron en cierto grado a la sofística, pero sólo llegaron a concederle una atención dispersa y

dividida; por el contrario, bajo el gobierno de emperadores menos cultivados, como por ejemplo Teodosio, el estudio del latín y, más aún, el de la ley romana, suplantó a los estudios helénicos de manera que los profesores de derecho llegaron a ocupar una posición mucho más prevalente que la de los profesores de retórica.

Esto es cuanto se puede decir sobre Eunapio. Pese a todo lo dicho, su *Vidas* tiene interés documental indudable. No sólo por los datos que puedan aportar, sino también porque nos ponen de relieve la actitud de un mediocre sofista helenístico, enraizado tercamente en su paganismo, ante el avance de la religión cristiana y la crisis de los estudios típicos del helenismo. Tal vez este testimonio de fondo, esa acritud y angustia, esa esperanza que adivinamos ya marchita, sea de lo más valioso que podamos espigar en su obra, para concebir en sus exactas dimensiones el sentir cotidiano de los hombres de aquellos tiempos de transición hacia nuestras formas medievales de la cultura.

Finalmente, teniendo en cuenta lo poco conocidas que son para la gran mayoría algunas de las figuras que Eunapio nos esboza en estas sumarias biografías, vamos a recorrer brevemente cada una de las *Vidas*, añadiendo a ellas los datos que olvida Eunapio y que pueden contribuir a que nos quedemos con una estampa más o menos definida del personaje tratado. En este aspecto, hay que observar que Eunapio atribuye una mayor importancia al fundamento histórico y ofrece más datos que Filóstrato; sólo que es tan discursivo y difuso que, en contraste con él, el propio Filóstrato parece sistemático.

6. Dejando aquí a un lado a los historiadores de la filosofía que él menciona, el primer filósofo a quien dedica el estadio biográfico es Plotino, aun cuando con gran brevedad.

Plotino de Lycópolis, en Egipto, nacido en el 204 y muerto en el 270, d. de C., puede ser considerado y llamado el fundador del neoplatonismo. Para todo lo referente a su vida las fuentes que poseemos son la biografía de Porfirio y la pobre noticia que le dedica Eunapio.

Estudió en Alejandría con Ammonio, de quien bien poco se conoce, y acompañó al emperador Gordiano en su desastrosa expedición contra Ctesifonte, año 243. Fue luego a Roma, donde pasó el resto de su vida dedicado a la enseñanza. Murió en su villa de Campania, en 270.

El legado intelectual de Plotino está en sus *Enéadas*, que vienen a ser como el monumento escrito del neoplatonismo. Plotino era enteramente descuidado en lo que al estilo se refiere y nunca revisó sus escritos; dejó, por el contrario, a su discípulo Porfirio el cuidado de la disposición de la obra e incluso la corrección del lenguaje, que era el punto flaco del saber griego de Plotino.

Marcó sin duda un hito en el campo del ascetismo místico, y la contemplación, más bien que el culto de los dioses, fue el medio por el que el propio Plotino alcanzó la unión con el Absoluto tal como él lo concebía. Admitió, empero, la teoría de los dáimones y explicó así la existencia del mal en el mundo. Con ello dejó la puerta abierta a la superstición y a la impostura, y sus seguidores fueron muchas veces no más que

simples teúrgos y charlatanes de feria, como es el caso del Máximo del siglo IV de quien nos hablará Eunapio.

Es posible que éste, cuando nos dice que en su tiempo Plotino era más leído que Platón, exagere algo según su congénita propensión, pero la influencia que ejercieron las *Enéadas* puede rastrearse claramente en la religión y la ética del siglo IV. De hecho, la terminología del ascetismo y el misticismo ha derivado siempre de Plotino.

7. *Porfirio*, nacido en el 233 y muerto hacia el 301, apodado El Tirio, fue criado en Tiro, aun cuando no era éste ciertamente el lugar de su nacimiento. Hizo en Atenas sus estudios con la guía de diversos profesores, pero en especial con la de Longino.

Pero Roma era todavía el centro de toda actividad filosófica, y Porfirio dejó Atenas en el 263 para hacerse discípulo de Plotino en Roma. Después de pasar seis años en esta ciudad, Porfirio se retiró a Sicilia, como refiere Eunapio, pero no tenemos pruebas de que Plotino efectivamente lo siguiera allí.

Luego de la muerte de Plotino regresó a Roma, quedó allí como jefe de la escuela neoplatónica, escribió la *Vida de Plotino* y, muchos años más tarde, probablemente con posterioridad al año 298, editó y publicó las *Enéadas* de su maestro Plotino.

Porfirio fue un escritor muy prolífico, que trató gran variedad de temas: la gramática, la cronología, la historia, la matemática, la crítica homéri-

ca, cuestiones de vegetarianismo, psicología y metafísica. De entre los neoplatónicos, se le puede dar a él con justicia el calificativo de "el sabio".

Su libro *Contra los Cristianos*, en nuestro poder sólo fragmentariamente, fue el documento más serio y completo de los que atacaron al cristianismo, muy alejado del espíritu de mofa y del encarnizamiento que encontramos en la obra de Juliano que lleva el mismo título. La obra fue quemada el año 448 por un edicto de los emperadores Valentiniano III y Teodosio II.

En su *Carta a Anebo*, sacerdote egipcio, acerca de la adivinación, habla con sorprendente franqueza y libertad de los fraudes del politeísmo tal como era practicado en su tiempo en los Misterios, y dirige un llamamiento a todos los intelectuales para que se vuelvan hacia la filosofía. Esto le mereció el calificativo de El Modernista del Paganismo.

De la misma manera que Plotino había sido el metafísico de la escuela neoplatónica, Porfirio puede decirse que fue el moralista de ésta. Se conservan varias obras suyas, entre las que hay que incluir la *Carta a Marcela* y la *Vida de Plotino*. No tenemos de él ninguna biografía tan digna de crédito como la que él dedicó a Plotino. Eunapio, sin embargo, aunque peque de exactitud muy dudosa en los detalles de menos importancia, es una buena fuente para ella, y tuvo acceso a documentos realmente valiosos como las obras perdidas del propio Porfirio.

8. *Jámblico* fue la figura preeminente de la escuela neoplatónica siria de comienzos del si-

glo IV cristiano. Mantuvo la pretensión de ser llamado filósofo de todas las escuelas, pero su eclecticismo fue arbitrario y superficial. Su metafísica siguió y desarrolló la enseñanza de Plotino, pero acabó por desembocar en la adivinación, y en su práctica de la teurgia representa ya la decadencia del neoplatonismo.

Sus discípulos Máximo y Crysantio fueron declaradamente taumaturgos de profesión, y la fanática admiración del emperador Juliano hacia él, así como su constante referencia a él como a un inspirado, es la prueba más contundente de la fácil credulidad del apóstata. Los escritos de Jámblico se encuentran llenos de interpretaciones alegóricas y de dioses intermediarios, y el intento de Juliano de coordinar todos los cultos y de introducir las divinidades orientales en el panteón helénico se debe a la influencia de Jámblico.

Murió durante el reinado de Constantino, alrededor del 330, de forma que Juliano no pudo conocerlo personalmente, y las seis *Cartas* dirigidas a Jámblico y atribuidas en un tiempo a Juliano, se consideran en general como espurias en la actualidad. Jámblico estudió en Atenas y regresó luego a enseñar a Calcis, su ciudad natal, donde Eunapio nos lo describe venerado y adorado por sus discípulos. El tratado *Sobre los Misterios*, respuesta a la *Carta a Anebo* de Porfirio y viva defensa de la teúrgia, no suele atribuirse ya a Jámblico, sino que parece reflejar más bien las enseñanzas de su escuela.

Jámblico se mostró indiferente al estilo, y sus escritos, aunque valiosos para la historia del neoplatonismo, poseen pocos méritos literarios.

9. No es muy bueno el trato que Eunapio da a *Edesio*; en la vida de éste, nuestro autor muy pronto se desvía a hablar de Sópatro, el discípulo de Jámblico. Sópatro fue condenado a muerte por Constantino. Siguen luego otras digresiones: la primera sobre el corrompido oficial Ablabio; la siguiente sobre Eustacio y su esposa Sosípatra, de más prestigio que él: cuenta la carrera de éste como filósofo, teúrgo y vidente, dándonos en todo esto una sorprendente historia que nos manifiesta el estado de decadencia a que llegó la filosofía en el siglo IV y las cosas realmente extrañas que se hicieron bajo su nombre.

Al final, Eunapio vuelve a la vida de Edesio; tenía éste unos setenta años y estaba enseñando en Pérgamo cuando, según nos dice Eunapio en la Vida de Máximo, llegó a él el futuro emperador Juliano, discípulo peligroso y exigente; Edesio consiguió al final confiárselo a su discípulo Máximo, el teúrgo, que se hallaba en Efeso. Esto debió ocurrir sobre el 350.

Es posible que Edesio, que prosiguió las enseñanzas de la escuela siria de su maestro Jámblico, fuera un hombre más inteligente y más honrado que sus contemporáneos más jóvenes. Murió antes de la reacción helenista de Juliano.

10. Pasamos luego a *Máximo* de Efeso, el más famoso de los filósofos teúrgos o taumaturgos del siglo, de quien dijo Teodoreto que parecía un filósofo, pero que era en realidad un mago. Todas las fuentes llevan a la conclusión de que no mereció en modo alguno el calificativo de neoplatónico, y que fue el menos escrupuloso así como el más afortunado de los discípulos de Jámblico.

Lo que más fama le dio fue su funesta y fatal influencia sobre el emperador Juliano. Al subir éste al trono imperial, Máximo fue llamado a Constantinopla. Y, según Ammiano Marcelino, Juliano, en su lecho de muerte, discutió sobre la inmortalidad del alma con Máximo y Prisco. Los romanos, por razones políticas más bien que religiosas, temieron la influencia de las prácticas mágicas y, reinando Valente, Máximo fue ejecutado el año 371.

11. *Prisco* fue el último de una serie de profesores que dieron fama a la escuela de Atenas en el siglo IV. Fue amigo y consejero del emperador Juliano, a quien acompañó a Persia. Es muy poco lo que sabemos acerca de él, fuera de los datos que nos brinda la Vida escrita por Eunapio, en la cual aparece como una personalidad áspera y retraída, escéptica y desdeñosa de la popularidad.

Después de la muerte de Juliano, Prisco regresó a Antioquía, y allí estaba en el otoño del 363. También Prisco fue detenido con Máximo por los emperadores Valente y Valentiniano, acusado de magia; pero Prisco fue puesto luego en libertad y obtuvo permiso para marchar a Grecia, donde enseñó bastantes años. Murió en el 395, con más de noventa años. Fue con frecuencia corresponsal de Libanio; y era probablemente un neoplatónico, menos dado sin duda que Máximo a la teúrgia.

12. *Juliano* de Cesárea, Capadocia, nació sobre el 275. Fue un afortunado profesor de retórica en Atenas, allá por el 330. Ahí mismo murió sobre el 340, y la sucesión a su cátedra fue calurosamente disputada por sus discípulos.

Focio dice que escribió sobre el vocabulario de los Diez Oradores Aticos, pero no se conserva ninguna obra suya. Eunapio no nos aclara por qué Juliano y sus contemporáneos se vieron obligados a enseñar en privado; sin embargo, ello se debió probablemente, no a la oposición de los cristianos, puesto que había allí famosos sofistas cristianos, en especial Proairesios, sino más bien a las facciones de los sofistas rivales, que no habían sido nunca tan violentas como cuando Juliano se hallaba en lo más alto de su fama. No sabemos cómo fue que tuvo varios sucesores oficiales, pero es posible que la cátedra de filosofía quedara suprimida en favor de la de retórica, que se consideraba menos antagónica con el cristianismo. En sus últimos años la supremacía de Juliano se vio oscurecida por los éxitos de sus discípulos, Proairesios y Diofantos el árabe.

13. *Proairesios*, el sofista cristiano, cuando otros profesores cristianos se dieron prisa en afiliarse al paganismo y mostrarse verdaderos helenos para ganarse el favor del nuevo emperador Juliano, parece haberse dicho a sí mismo, como el gran obispo de Alejandría, Atanasio, que "aquello no era más que una pequeña nube y que iba a pasar". Eunapio dice que, en el 362, cuando él fue a Atenas a estudiar con Proairesios, éste tenía ochenta años; esto, empero, supondría que él tenía la misma edad que el sofista Juliano, cuya cátedra heredó, con lo que es probable que Eunapio exagerara su edad en unos diez años.

En todo caso, era considerado un prestigioso rival de Juliano cuando murió éste en 340 y

Proairesios subió a su cátedra como sofista preeminente de Atenas.

Al subir Juliano al trono, dispuso que los sofistas cristianos no enseñaran más literatura helénica; Proairesios fue declarado una excepción, pero rehusó personalmente la cátedra. Eunapio se limita a decir que Proairesios se vio apartado de la cátedra porque era considerado cristiano; no obstante, estaba enseñando en Atenas cuando Eunapio llegó a estudiar allí en el 362 —el edicto se había promulgado en el 361—.

Proairesios murió en el 367 y su epitafio fue escrito por Gregorio Nacianceno. Hay que notar que todos los rivales de Proairesios en Atenas eran extranjeros, y que la ciudad había dejado de producir grandes sofistas. El propio Proairesios era armenio, lo cual explica tal vez su religión, ya que Armenia se convirtió muy pronto al cristianismo.

14. *Epifanio* de Siria, llamado a veces el árabe, fue poeta y sofista. Enseñó retórica en Laodicea antes de trasladarse a Atenas. Es mencionado por Sozomenos y fue corresponsal de Libanio. Aun cuando murió joven, dejó varios tratados técnicos sobre retórica, todos los cuales se han perdido.

15. *Diofanto* el árabe, fue discípulo y uno de los sucesores de Juliano el sofista, y estaba enseñando en Atenas cuando llegó a ésta Libanio, en el 336, para estudiar. Libanio fue alistado por la fuerza como discípulo de Diofanto por los discípulos de éste, pero evitó asistir a sus lecciones; él mismo no menciona para nada el

nombre de Diofanto aun cuando refiera el incidente.

16. *Sópolis* estaba enseñando en Atenas en los años que pasó allí Eunapio. En la vida de Proairesios, nuestro autor alude a él ridiculizándolo como un pobre profesor de retórica que sólo lo era de nombre. Parece que fue realmente uno de los más insignificantes y mediocres sucesores de Juliano el sofista, y que logró su elección por medio de alguna maniobra que Eunapio nos deja en la oscuridad.

17. El propio *Himerio*, en un discurso pronunciado en el 362 dice que sus cabellos se están volviendo grises, con lo que pueda darse su nacimiento hacia el año 315. Al igual que otros naturales de Bitinia, estudió en Atenas con Proairesios, y enseñó allí durante unos quince años. Fue arrastrado por Juliano a la vida imperial del Oriente, pero, luego del desastroso fin de éste, estuvo en Antioquía o Bitinia hasta la muerte de Proairesios. Regresó a Grecia hacia el 368 y el resto de su vida enseñó retórica en Atenas, donde murió, probablemente antes de la invasión de los godos, en 395.

Eunapio, en su *Vidas* no nos da ninguna idea sobre la importancia que tuvo este sofista para el conocimiento que podamos tener nosotros del siglo IV. Sin duda la envidia profesional es la que explica tal descuido.

Por sus obras, que han llegado a nosotros en gran parte, sabemos que Himerio era todo alegoría, alusiones poéticas y flores de lenguaje. En su obra se puede evidenciar suficientemente la serie de enfermedades características de la retóri-

ca del siglo IV, su falta de argumentación lógica y de conciencia literaria o histórica, su total dependencia de tópicos procedentes del pasado, su desvergonzada adulación de los poderosos y también su ocasional y sorprendente encanto. Junto con Prisco, Himerio representa los últimos días de la escuela ateniense de elocuencia sofística.

18. *Libanio* de Antioquía nació en el 314, con lo que debía rondar los cincuenta años cuando Juliano subió al trono imperial. Aunque alistado oficialmente en la escuela de Diofanto, Libanio se había ya educado autodidácticamente a sí mismo en Antioquía, y siguió haciéndolo en Atenas desde el 336 en adelante. Unos diez años más tarde enseñó, primero en Constantinopla, para luego, a causa de las enemistades que allí se granjeó, emigrar a Nicea, y más tarde a Nicomedia, donde se encontró bien y fue popular. Eunapio, bastante inclinado a dejar en mal lugar a Libanio, deja de decir que, cuando su fama creció, los ciudadanos de Constantinopla pidieron su regreso y que él fue llamado de nuevo a esta ciudad por un edicto imperial.

En el 354, empero, está de nuevo en Antioquía y, so pretexto de su mala salud, se le permite quedarse allí. Durante los cuarenta años que siguieron, su escuela fue allí una de las más famosas y más frecuentadas del momento. Respecto a ella poseemos buena información gracias a su antobiografía y a los numerosos *Discursos* en que él describe las condiciones de la enseñanza de la retórica en el siglo IV.

Sus últimos años parecen haber sido especialmente amargos por la decadencia de los estudios griegos no patrocinados ya por el emperador,

que dio su favor a los del derecho romano, y por la pérdida parcial de la vista y de todas sus amistades, así como de su único hijo. Debió vivir hasta el 395, aproximadamente, si bien la fecha de su muerte es incierta.

De todo esto Eunapio nos dice apenas nada, y nada dice tampoco de las numerosas obras de Libanio que él mismo tuvo que tener bien conocidas. La crítica que hace de su estilo no es confirmada por nada de lo que queda de sus obras, que es muy voluminoso. Tuvo talento para la peroración o declamación. Eunapio es desdeñoso y poco digno de fe en lo que dice respecto de Libanio.

19. *Acacio* de Cesárea fue corresponsal habitual de Libanio, y de las *Cartas* de este sofista podemos sacar sobre Acacio más datos de los que nos da Eunapio. Era algo mayor que Libanio y procedía de una familia en la que la profesión de sofista era hereditaria. Enseñó primero en Fenicia, su país natal, luego en Antioquía, y finalmente se estableció en Palestina. En Antioquía fue rival de Libanio y no tan amigo de éste como parece darnos a entender Eunapio. Venció Libanio y Acacio abandonó Antioquía; en este momento, año 361, comienza la correspondencia entre ambos, como si fuera una especie de reconciliación. Es difícil conjugar la afirmación de Eunapio de que Acacio murió joven, con lo que se infiere de los escritos de Libanio acerca de la duración de sus demás actividades.

20. *Zenón* de Chipre ha sido identificado por algunos con el médico y profesor de medicina de Alejandría a quien el emperador Juliano dirigió una carta que se conserva. Si tiene razón

Eunapio al decir que Oribasio había sido discípulo de Zenón, este último tenía que ser muy viejo en el 362, fecha de la carta del emperador Juliano. Parece que se trata de otra persona, ya que Juliano habría aludido también a sus talentos de orador, que según Eunapio poseyó nuestro Zenón.

En todo caso, el Zenón que nos presenta Eunapio era un iatrosofista o medicosofista. Esto nos produce la impresión de hallarnos ante la más desdichada combinación de profesiones; que el nombre acabó por ser un sinónimo inevitable de charlatán se puede inferir, aunque no lo haga Eunapio, de su biografía de Magno.

21. *Magno* de Nísibis, el célebre iatrosofista, fue discípulo de Zenón, y enseñó medicina en Alejandría, centro de la profesión médica. Libanio lo menciona en una carta escrita en el 364. A su muerte, Palladas escribió el conocidísimo epigrama de la *Antología Palatina*: "Cuando Magno descendió al Hades, Aidoneo tembló y dijo: 'Ahí llega uno que va a resucitar hasta a los muertos' ". Esto no se dijo en son de sátira, ni Eunapio pensó que Magno fuera algo absurdo, y es evidente que, aunque en clara decadencia, la retórica podía todavía encantar al mundo grecorromano. Según Libanio, Magno vivía aún en el 388, en que el primero le dirigió su *Carta* 763.

22. Suidas dice que *Oribasio* nació en Sardes, pero podemos suponer que su amigo Eunapio estaba mejor informado al decirnos que nació en Pérgamo.

Cuando Eunapio dice que Oribasio "hizo a

Juliano emperador", significa probablemente con ello no tanto que Oribasio fuera cómplice suyo en el complot que dio el trono a Juliano, sino más bien que el médico, por medio de sus virtuosas enseñanzas, había preparado a Juliano para tal posición. En todo caso los historiadores guardan silencio acerca de la convivencia de Oribasio en la conjuración.

23. *Crysantio*, el discípulo de Edesio, al que parece haberse asemejado mucho en cuanto a carácter, es el único rival que tiene Proairesios en la lealtad y afecto de Eunapio. Sin embargo, aparte de la biografía que nos escribe éste, podemos decir que se trata de un personaje prácticamente desconocido. Juliano, que pareció sentirse molesto por su negativa a acudir a la corte, nunca hace mención de él en los escritos que nos ha dejado, y Libanio, que mantuvo correspondencia con casi todos los paganos influyentes de su tiempo, desconoce a Crysantio.

Su negativa de ir a la corte de Juliano pudo deberse a una aguda visión, basada en la reflexión profunda sobre los hechos, de que la reviviscencia del paganismo había de ser muy efímera.

24. *Helespontio*, el anciano discípulo de Crysantio en Sardes, cuya muerte repentina se describe aquí, era natural de Galatia, y era sofista y filósofo. Libanio le dirigió a comienzos del 355 una carta, que conservamos.

25. Y aquí concluyen los personajes que Eunapio ha considerado dignos de perpetuar en su colección de biografías.

La traducción, así como muchas notas y comentarios, de esta edición se basa en la de Loeb, Heinemann, Londres, 1959, preparada por Wilmer Cave Wright.

FRANCISCO DE P. SAMARANCH

VIDAS DE FILOSOFOS Y SOFISTAS

INTRODUCCION

Jenofonte el filósofo, que es único entre todos los filósofos en cuanto que adornó la filosofía no solamente con palabras sino también con hechos —pues, por una parte, escribe sobre las virtudes morales en sus discursos y comentarios históricos, al tiempo que sobresalía personalmente en las realizaciones prácticas; más aún, por medio de los ejemplos que dio engendró jefes de ejército: por ejemplo, el gran Alejandro nunca hubiera llegado a ser grande de no haber existido Jenofonte—, éste, digo, afirma que hemos de recordar y dejar constancia incluso de los hechos casuales de los hombres distinguidos. Pero el objetivo que me he propuesto en mi narración no es el de transcribir los hechos casuales o accidentales de hombres distinguidos, sino sus realizaciones más importantes. Pues aunque las actitudes caprichosas de la virtud sean dignas de recuerdo, sería absolutamente impío guardar silencio sobre sus aspiraciones más serias. Esto es lo que se les contará a los que deseen leer esta narración, no ciertamente con una certeza completa respecto de todas las materias —era, en efecto, imposible recoger todas las pruebas con total exactitud— ni voy a separar del resto a los más ilustres filósofos y oradores, sino que voy a determinar respecto de cada uno su profesión y su modo de vida. Que en todos y cada uno de los casos aquel que es descrito en esta narración haya alcanzado una distinción o prestigio real, el autor —pues esto es lo que en realidad pretende él— deja que el que

así lo quiera lo decida a partir de las pruebas presentadas aquí. El autor ha leído comentarios precisos y detallados, y por consiguiente, si omite la verdad, puede atribuir su error a otros, como puede hacer un discípulo diligente que ha ido a parar a las manos de maestros mediocres; o bien, cuando acierta en lo que dice, puede tener la verdad de su parte cuando formula críticas y puede ser guiado por los que son dignos de respeto; en este sentido su obra puede ser perfectamente incensurable y estar al amparo de toda crítica, supuesto que él siguió los pasos de aquellos que tenía el deber de seguir. Y supuesto que ha habido pocos o, para decir la verdad, apenas ningún escritor que tratara este tema, nada de lo que haya podido ser compuesto por autores anteriores se les ocultará a mis lectores, ni tampoco lo que haya llegado a nuestros días por tradición oral, sino que se atribuirá a una y otra fuente su debido valor; quiero decir con esto que en los documentos escritos nada ha sido alterado, mientras que lo que depende de una tradición oral y auditiva, y está por ello mismo expuesto a convertirse en algo caótico y confuso con el transcurso del tiempo, ha sido ahora fijado y dotado de estabilidad al ser redactado y registrado por escrito, de forma que es para el futuro una tradición firme y estable.

ESCRITORES QUE HAN COMPILADO UNA HISTORIA DE LOS FILOSOFOS

Porfirio y Sotíon o Socíon [1] *compilaron una* historia de la filosofía y las *Vidas* de los filósofos. Pero Porfirio —así lo determinaron los acontecimientos— acabó en Platón y su tiempo, mientras que Socíon, aun cuando vivió con anterioridad a Porfirio, llevó su narración, como podemos ver, hasta los últimos tiempos inclusive. Pero los grupos de filósofos y sofistas que vivieron entre Socíon y Porfirio no han sido descritos tal como merecía su importancia y la multiplicidad de sus facetas. Por ello Filóstrato de Lemnos, en un estilo superficial y agradable vomitó [2] las *Vidas* de los sofistas más distinguidos; pero las vidas de los filósofos nadie las ha reconocido diligente y cuidadosamente.

Entre estos últimos se contaron Ammonio de Egipto, que fue el maestro del divino Plutarco, y el propio Plutarco, encanto y lira de toda la filosofía; Eufrates de Egipto [3] y Dion de Bitinia, a quien los hombres dieron el sobrenombre de Crysóstomos, "Boca de Oro"; y Apolonio de Tyana, que no fue simplemente un filósofo, sino un semidiós, mitad dios, mitad hombre. Fue, en

---

[1] Eunapio desconoce a Diógenes Laercio, Socíon, filósofo peripatético de finales del siglo III a. de C., escribió una relación de los jefes sucesivos de las escuelas de filosofía, que fue utilizada luego por Diógenes Laercio.

[2] Para esta metáfora puede verse Filóstrato, *Arístides*.

[3] Eufrates es alabado por Plinio, *Cartas*, I, 10.

efecto, seguidor de la doctrina pitagórica, y puso gran empeño en hacer conocer por todo el mundo el carácter divino y vivificante de esta filosofía. Pero Filóstrato de Lemnos escribió una narración completa de Apolonio y tituló su libro *La Vida de Apolonio*, aun cuando debiera haberlo llamado *La Visita de Dios a la Humanidad.*

También vivió por este tiempo Carnéades, una figura de mucho prestigio entre la escuela Cínica, si es que realmente hemos de tener en cuenta a la escuela Cínica [4], en la que cabe mencionar a Musonio, Demetrio, Menippo y a varios otros también; pero ésos fueron los más conocidos.

Narraciones claras y cuidadas de las vidas de esos hombres ha resultado imposible descubrirlas, porque, en la medida en que yo alcanzo a conocer, nadie las ha escrito. Pero sus propios escritos fueron y son aún documentos suficientes sobre sus vidas, llenos como están de erudición y de una completa investigación en el campo de la ética, y también de esta búsqueda afanosa que aspira a investigar la naturaleza de las cosas y dispersa, como si fuera niebla, la ignorancia de los que son capaces de seguirlos. Así, por ejemplo, el inspirado Plutarco registra en afirmaciones esparcidas acá y allá en sus libros tanto su propia vida como la de su maestro; y dice que Ammonio murió en Atenas. Pero él no titula este conjunto de datos una

---

[4] Los filósofos de las demás escuelas del siglo IV d. de C., en especial los neoplatónicos, menospreciaban y mostraban su desagrado a la escuela cínica, en parte porque en algunos aspectos su forma de vida se parecía a la de los cristianos. Este último Carnéades no es conocido por otras fuentes; algunos lo identifican con Carneius (Cynulcus) en Ateneo, *Deipnosofistas.*

Vida, por más que hubiera podido hacerlo así con toda razón, ya que a su obra de más éxito le había dado el título de *Vidas Paralelas* de los hombres más célebres por sus hechos y realizaciones. Su propia vida, en cambio, y la de su maestro la esparció de manera fragmentaria a través de todos sus libros; de manera que, si alguien pudiera tener una visión de conjunto de todas estas referencias y pudiera ir siguiéndolas a medida que surgen y aparecen, y pudiera leerlas inteligentemente una después de otra, llegaría uno a conocer la mayor parte de los acontecimientos de sus vidas.

Luciano de Samosata, que habitualmente se tomó serios trabajos en provocar la risa, escribió una vida de Demónax, un filósofo contemporáneo suyo y en este libro y en otros, muy pocos, se mostró enteramente serio de un extremo a otro.

Y ésas son las cosas que yo incluyo en la historia, y soy perfectamente consciente de que algunas cosas me han pasado tal vez por alto, pero no otras. Y en ello, después de mucho pensar y gastar muchos esfuerzos para que el resultado fuera una relación continua y definida de las vidas de los filósofos y retóricos más célebres, no conseguí todo lo que ambicionaba y he tenido la misma experiencia que los que están enamorados de manera loca y febril. Estos, en efecto, cuando contemplan la belleza amada y adorada de su presencia visible, inclinan sus cabezas, demasiado débiles para fijar su mirada en aquello que desean y cegados por sus rayos. Pero, si ven su sandalia, su cinto o sus pendientes, se animan con estas cosas y vierten su alma en la visión de ellas y se derriten en su contempla-

ción, porque pueden soportar ver y amar los símbolos de la belleza más fácilmente que la belleza misma. Así también yo me he puesto a escribir esta narración de forma que no omitiera o callara y ello por envidia ninguna cosa que haya aprendido de oídas, o bien en mis lecturas, o bien por haberlo preguntado a mis contemporáneos, sino que, en la medida en que estaba en mi mano, he respetado la entrada y las puertas de la verdad y la he trasmitido a las generaciones futuras que puedan desear o bien oír algo sobre ello o tengan capacidad de seguirlo con miras a las más bellas realizaciones.

Ahora bien, el período que yo describo está de alguna manera interrumpido y quebrado a causa de las calamidades del Estado. Se produjo todavía una tercera generación de hombres en los días de Claudio y Nerón —pues la segunda generación que siguió a la de Platón ha sido ya recordada y aclarada en su totalidad—. En cuanto a aquellos emperadores infortunados que duraron solamente un año, no merecen ser recordados; me refiero, por ejemplo, a Galba, Vitelio, Otón, y, después de ellos, a Vespasiano, Tito y a los que gobernaron después de éstos; y nadie debe suponer que yo presto una seria atención a ellos. Sea como sea, para expresarme rápida y brevemente, el linaje de los mejores filósofos duró hasta el reinado de Severo inclusive.[5] Y seguramente es una parte de la dicha propia de los

[5] Eunapio parece distinguir tres grupos de filósofos, a saber, los que van desde los primeros tiempos hasta Platón, los que siguen a Platón hasta el año 41 d. de C., y los que van desde Claudio, año 41 d. de C. hasta Severo, muerto en el 211 d. de C. Eunapio no estudia ninguno de estos grupos, sino los posteriores a éstos, y comienza su historia con una breve mención de Plotino, nacido poco antes de la muerte de Severo.

emperadores el que, en la historia, la fecha que señala el grado sumo de virtud de un filósofo es la que determina el momento de suma dicha de un emperador.[6] Por consiguiente, que nadie se tome a mal que yo, haciendo la historia del período respecto del cual me fue posible obtener mayor evidencia, o con el que puedo dar a mi obra un comienzo adecuado, emprenda mi narración en este punto.

Plotino fue un filósofo nacido en Egipto. Pero, a pesar de haberlo llamado ahora mismo egipcio, voy a añadir también el lugar o ciudad de su nacimiento: el nombre que se le da es el de Lycó.[7] Sin embargo, el divino filósofo Porfirio no recogió este dato, pese a decir que él fue su discípulo y que estudió con él durante toda su vida, o la mayor parte de ella. Los altares en honor de Plotino están calientes todavía, y sus libros se hallan en las manos de los hombres educados o estudiosos, mucho más que los diálogos de Platón. Más aún, gran número de personas vulgares, aunque en parte no consiguen entender sus doctrinas, pese a ello son influidas por ellas. Porfirio sacó a la luz toda su vida tan plenamente que nadie puede ya presentar o aportar más datos. Se sabe, además, que él interpretó muchos de sus libros. En cambio, una vida de Porfirio mismo nadie la ha escrito, al menos en cuanto yo sepa. Sin embargo, de lo que yo he podido recoger en mis lecturas sobre los datos evidentes que nos han sido trasmitidos, he llegado al conocimiento de los hechos siguientes relativos a él.

---

[6] Es decir, las vidas de los filósofos quedan datadas por los reinados de los emperadores.

[7] Es decir, Lycópolis.

El lugar de nacimiento de *Porfirio* fue Tiro, la capital de los antiguos fenicios, y sus antepasados fueron hombres distinguidos. Recibió una educación liberal, y adelantó tan rápidamente e hizo tales progresos que llegó a ser discípulo de Longino, y en breve tiempo fue motivo de ornato y gloria para su maestro. Por este tiempo Longino era una biblioteca viviente y un museo ambulante; y además había recibido el encargo de hacer la crítica de los escritores antiguos, al igual que muchos otros antes que él, tales como el más famoso de todos ellos, Dionisio de Caria.

El nombre de Porfirio en su ciudad siria fue originariamente el de Malcos —palabra que significa "rey"— pero Longino le dio el nombre de Porfirio, haciendo que indicara así el color del atavío imperial.[8]

Con Longino alcanzó la más alta cultura, y al igual que él avanzó hasta un conocimiento perfecto de la gramática y la retórica, si bien no se inclinó de manera exclusiva a este último estudio, ya que recibió el sello o la impronta de toda clase de filosofía. Longino, en efecto, fue, en todas las ramas del saber, el más distinguido con mucho de los hombres de su tiempo, y gran número de sus libros andan de mano en mano y son grandemente admirados. Siempre que cualquier crítico condenaba a algún autor antiguo, su opinión no recibía aprobación o se imponía hasta que el veredicto de Longino la confirmaba totalmente.

Una vez que la educación primera de Porfirio

---

[8] Es decir, púrpura; ver lo que dice de esto Porfirio en su *Vida de Plotino*, XVII.

hubo seguido estos cauces y él era ya buscado y considerado por todos, deseó ver Roma, la señora del mundo, de forma que pudiera ganarse a la ciudad por medio de su sabiduría. Pero, tan pronto como llegó a ella y trabó amistad íntima con ese gran hombre que era Plotino, olvidó todo lo demás y se consagró personalmente a él por entero. Y como devoraba con insaciable apetito sus enseñanzas y sus originales e inspirados discursos, durante un cierto tiempo se contentó con ser discípulo suyo, como él mismo dice. Luego, vencido por la fuerza de sus enseñanzas, concibió odio a su propio cuerpo y a su ser humano, y se hizo a la mar hacia Sicilia a través de los estrechos y de Caribdis, siguiendo el camino que se dice siguió Ulises en su navegación;[9] y no podía soportar ni ver una ciudad ni oír la voz del hombre, apartando de esta manera de sí mismo la tristeza y el placer, antes bien prosiguió su marcha hasta Lilybaion o Lilybeon; éste es uno de los tres promontorios de Sicilia, el que se proyecta y mira hacia Libia. Allí se estaba él gimiendo y mortificando la carne, y no quería tomar ningún alimento y "evitaba la senda de los hombres".[10] Pero el gran Plotino "vigiló no en vano" [11] estas cosas, y o bien siguió sus huellas o averiguó a dónde había huido el joven, y por eso lo encontró allí postrado; halló entonces palabras en abundancia que llamaron de nuevo a la vida a su alma, puesto que se hallaba ya pronta a partirse del cuerpo. Además

---

[9] Esto es un eco de Tucídides, IV, 24.

[10] *Ilíada* VI, 202.

[11] *Ilíada* X, 515.

dio fuerza a su cuerpo para que pudiera contener a su alma.[12]

Con esto Porfirio respiró de nuevo y se levantó, pero Plotino en uno de sus libros[13] dejó constancia de los argumentos que entonces formuló ante él. Y mientras que algunos filósofos ocultan sus enseñanzas esotéricas en la oscuridad, de la misma manera que los poetas los ocultan en sus mitos, Porfirio alabó el conocimiento claro como el remedio más saludable y, como él lo había probado personalmente por experiencia, consignó esto en un escrito y lo dio a la luz del día.

Porfirio, pues, volvió a Roma y siguió estudiando con diligencia la filosofía, de forma que incluso apareció en público para hacer una demostración de sus capacidades; pero todos los foros y todas las multitudes atribuyeron a Plotino el crédito y la fama de Porfirio. Pues Plotino, a causa de las calidades celestiales de su alma y al carácter oblicuo y enigmático de sus discursos, parecía austero y difícil de escuchar. Pero Porfirio, como una cadena de Hermes dejada caer sobre los mortales,[14] a causa de su cultura mul-

---

[12] Eunapio cita con inexactitud la explicación de este incidente mencionado por el propio Porfirio en su *Vida de Plotino*, XI, 113. Cuando Plotino se dio cuenta de que él estaba pensando en el suicidio, lo convenció de que su depresión se debía a un estado de mala salud y lo envió a Sicilia a descansar; Plotino no lo siguió, y más tarde Porfirio regresó a Roma, después de la muerte de Plotino.

[13] No se conserva esta obra. Tal vez Eunapio se refiera al consejo dado por Plotino, *Enéadas*, III, 2, para no dejarse dominar por la adversidad; pero es posible que la fuente de esto sea un comentario de las *Enéadas* hecho por el propio Porfirio, y no conservado en la actualidad.

[14] *Ilíada*, VIII, 19. La cadena de oro aquí descrita simboliza para los neoplatónicos la sucesión de los filósofos de su escuela, como en Marino, *Vida de Proclo*, XXVI, 53, si bien Eunapio

tilateral, comentaba todos los temas y los interpretaba de manera que resultaran claros y fáciles de comprender. El mismo dice —si bien tal vez, como parece probable, escribió esto siendo aún joven— que recibió un oráculo distinto de los corrientes; y en el mismo libro lo dejó escrito, y pasó luego a explicar de manera considerablemente larga de qué manera debían los hombres prestar atención a estos oráculos. Y dice también que él arrojó y expulsó a una cierta especie de demonio o daimon de un cierto baño; los habitantes llamaban a este demonio Kausatha.[15]

Como él mismo recuerda, tuvo como compañeros de estudios a ciertos hombres muy famosos —Orígenes, Amerio y Aquilino[16]— cuyos escritos se conservan todavía, aun cuando ni uno solo de sus discursos; pues, aunque sus doctrinas son admirables, su estilo es totalmente desagradable y se apodera de sus discursos. Sin embargo, Porfirio alaba a estos hombres por su talento oratorio, aun cuando él personalmente recorre toda la escala del encanto y solamente presta atención y celebra a su maestro, como quiera que no había ninguna rama del saber que él hubiera descuidado. Uno puede muy bien quedarse estupefacto y sorprenderse dentro de sí mismo ante la pregunta de cuál fue la rama del saber que él estudiara

---

aplica aquí de manera extraña la imagen a un solo filósofo: ver Eunapio, *Fragmentos de historia*, XXII, 71.

[15] El Dr. G. A. Barton sugiere que esta palabra puede ser el término sirio Kenesthā, que significa a la vez "purificación" y "suciedad o impureza"; en cualquier caso el incidente ocurrió probablemente en Siria más bien que en Roma.

[16] Porfirio, *Vida de Plotino*, XVI, no lo llama compañero de estudios, sino que dice que fue un cristiano gnóstico que descarrió a otros con sus doctrinas. El Orígenes mencionado aquí no es el célebre maestro cristiano.

más que otra; si era la que está relacionada con los temas y materias de la retórica, o la que tiende a precisar la exactitud gramatical, o la que depende de los números, o se inclina más bien a la geometría, o se apoya en la música. En cuanto a la filosofía, no puedo describir con palabras su genio para el discurso o discusión, o para la filosofía moral. En cuanto a la filosofía de la naturaleza y al arte de la adivinación, quede esto para los ritos sagrados y los misterios. Hasta tal punto es verdad que el hombre en cuestión era un ser que unía en sí mismo todos los talentos necesarios para toda clase de virtud o excelencia. El que se preocupe más de esto alabaría naturalmente la belleza del estilo de su discurso más que sus doctrinas, o por el contrario preferiría sus doctrinas si prestara más atención a éstas que a la fuerza de su oratoria.

Parece que contrajo matrimonio, y se conserva un libro suyo dedicado a su esposa Marcela; dice que él se casó con ella a pesar de que era ya madre de cinco hijos,[17] y lo hizo no para poder él tener hijos de ella, sino para que los que ella tenía pudieran ser educados; pues el padre de los hijos de su esposa había sido amigo suyo. Parece que él alcanzó una edad muy avanzada. En todo caso él dejó tras sí numerosas especulaciones que están en contradicción con los libros que él había publicado previamente; y respecto de este hecho solamente podemos suponer que él fue cambiando sus opiniones a medida que se iba haciendo mayor. Se dice que falleció en Roma.

---

[17] Marcela tuvo cinco hijas y dos hijos.

Por este tiempo los que más se distinguían en la retórica en Atenas eran Paulo y Andrómaco de Siria. Pero Porfirio estuvo en la cumbre de sus facultades y prestigio durante todo el tiempo correspondiente a Galieno, Claudio, Tácito, Aureliano y Probo. En aquellos días vivía también Déxippos,[18] que escribió anales históricos, un hombre que rebosaba erudición y poder lógico.

Después de estos hombres viene un filósofo muy celebrado, *Jámblico*, que era de ilustre ascendencia y perteneció a una opulenta y próspera familia. Su lugar de nacimiento fue Calcis, una ciudad situada en la región llamada Koile Siria.[19] Como discípulo de Anatolios, que queda clasificado después de Porfirio, hizo grandes progresos y alcanzó la más elevada distinción en la filosofía. Entonces, dejando a Anatolio, se unió a Porfirio, y en ningún aspecto fue inferior a Porfirio excepto en el de la estructura armoniosa y la fuerza del estilo. Sus fórmulas y expresiones, en efecto, no están llenas de gracia y encanto, no son transparentes, y carecen de la belleza de la simplicidad. No obstante, no son completamente oscuras, ni tienen faltas de dicción, sino que, como Platón solía decir de Jenócrates, "no había sacrificado a las Gracias" de Hermes.[20] Por ello mismo no puede sostener y encantar al lec-

---

[18] Conservamos unos pocos fragmentos de la *Historia universal* de Déxippos, que llega hasta Probo, año 269 d. de C., y fue continuada por Eunapio; fue un famoso general que, cuando los godos ocuparon Atenas en el 267, reunió una pequeña tropa e infligió graves pérdidas a los invasores.

[19] La comarca situada entre el Líbano y el Antilíbano se llamaba "Siria de la Hondonada".

[20] La cita procede tal vez de Diógenes Laercio, IV, 6, o más probablemente aún quizá de Plutarco, *Preceptos conyugales*, 141 f. Eunapio añade al texto original las palabras "de Hermes", porque Hermes era considerado el dios de la elocuencia.

tor para que continúe leyendo, sino que más probablemente lo repelerá e irritará sus oídos. Pero, por practicar la justicia, consiguió un fácil acceso a los oídos de los dioses, hasta el punto de que tuvo un gran número de discípulos, y los que deseaban aprender se reunían en torno de él procedentes de todas partes. Y es difícil decidir quién de entre ellos fue el más distinguido, pues Sópatro de Siria se contaba entre ellos,[21] un hombre de la máxima elocuencia en sus alocuciones y en sus escritos; asimismo, Aidesios y Eustazio o Eustatio de Capadocia; y desde Grecia acudieron a él Teodoro [22] y Eufrasio, hombres de virtud suprema, y una muchedumbre de otros hombres no inferiores en sus cualidades oratorias, de manera que parecía algo milagroso que él pudiera dar satisfacción a todos ellos; y, en verdad, en su devoción a todos ellos nunca escatimó en nada su persona. Ocasionalmente, no obstante, llevaba a cabo ciertos ritos en soledad, separado de sus amigos y discípulos, cuando rendía culto al Ser Divino. Pero la mayor parte del tiempo lo dedicaba a conversar con sus discípulos, y en su modo de vida no era exigente, sino de una simplicidad antigua. Cuando ellos bebían vino, solía encantar a los presentes con su conversación y los llenaba como con néctar. Y ellos nunca cesaban de desear este placer y nunca tenían bastante, de forma que nunca le dieron tregua o descanso; y ellos designaban a los más elocuentes de entre ellos para que los representaran, y preguntaban:

---

[21] Es éste el primer Sópatro o el más antiguo que fue condenado a muerte por Constantino; su hijo y homónimo fue un corresponsal de Libanio y amigo del emperador Juliano.

[22] Teodoro de Asina escribió un comentario sobre el *Timeo* de Platón; posiblemente deba ser identificado con el Teodoro que en una carta de Juliano se dice atacó las doctrinas de Jámblico.

—¡Oh maestro, el más inspirado!, ¿por qué te ocupas de esta manera en la soledad, en vez de compartir con nosotros tu sabiduría más perfecta? No obstante, ha llegado hasta nosotros un rumor, a través de tus esclavos, sobre que, cuando haces oración a los dioses, te levantas de la tierra más de diez codos por lo que parece;[23] que tu cuerpo y tus vestiduras se cambian en un hermoso color de oro; y que ahora, una vez tu plegaria ha concluido, tu cuerpo vuelve a ser como era antes de que oraras, y luego desciendes a la tierra y te asocias con nosotros.

Jámblico no era en modo alguno propenso a la risa, pero se rio con estos comentarios.[24] Y les contestó a ellos de esta manera:

—El que así os engañó era un tipo ingenioso y con gracia; pero los hechos son de otra manera. Sin embargo, en adelante estaréis presentes a todo lo que ocurra.

Esto fue una especie de demostración que él hizo; y su relato llegó al autor de este libro a través de su maestro, Crysantios de Sardes. Este era discípulo de Aidesios o Edesio, y Edesio fue uno de los discípulos más importantes de Jámblico, y uno de los que le habló de la manera que he dicho. Decía él que se dieron las siguientes manifestaciones evidentes de su naturaleza divina. El sol se encaminaba a los límites de la constelación del León, en el tiempo en que sale con la constelación del Can. Era la hora para el

---

[23] Ver Filóstrato, *Vida de Apolonio*, III, 15, donde se atribuyen los mismos dones de levitación a los brahmanes.

[24] Eco de Platón, *Fedón*, 64 b.

sacrificio, y éste se había ya celebrado prontamente en una de las villas suburbanas pertenecientes a Jámblico. En ese momento, cuando los ritos habían sido ya debidamente realizados y ellos estaban regresando a la ciudad, paseando lenta y ociosamente —su conversación, en efecto, tenía como tema los dioses, cosa que estaba en perfecta consonancia con el sacrificio celebrado— de repente Jámblico, en medio de la conversación, se quedó absorto, como si se le hubiera cortado la voz, y por unos momentos fijó sus ojos sin moverlos en el suelo,[25] los alzó luego hacia sus amigos y los llamó con voz fuerte: "Vayamos por otro camino, pues ahora mismo ha sido llevado por este camino un cadáver". Después de decir esto, se desvió a otro camino que le pareció era menos impuro,[26] y algunos de ellos se desviaron junto con él, los que pensaron que era vergonzoso abandonar a su maestro. Pero el mayor número y los más obstinados de sus discípulos, entre los que se hallaba Edesio, se quedaron donde estaban, atribuyendo el suceso a un portento y oliendo como los perros en busca de una prueba.[27] Y muy pronto los que habían enterrado al hombre muerto regresaron. Pero aún así los discípulos no desistieron sino que preguntaron si ellos habían seguido aquel camino. "Tuvimos que hacerlo", respondieron ellos, "porque no había otro camino".

Pero ellos dieron testimonio de un incidente más

---

[25] Esto parece imitar a Plutarco, *Sobre el espíritu familiar de Sócrates*, 580.

[26] Según una doctrina pitagórica un funeral contamina al espectador.

[27] Es éste un símil platónico que halla frecuentemente eco en los sofistas.

maravilloso aún. Cuando estaban importunando a Jámblico y lo hacían diciendo que lo que ahora mismo acabo de relatar era una nadería y podía tal vez deberse a un sentido superior del olfato, y que ellos deseaban ponerlo a prueba en algo más importante, la respuesta que les dio fue ésta: "Sin embargo, esto no está al alcance de mi mano; mas esperad a que llegue la oportunidad".

Algún tiempo más tarde, ellos decidieron ir a Gadara, un lugar que poseía baños termales en Siria, inferiores solamente a los de Baías en Italia, con los que no pueden compararse ningunos otros baños.[28] Así, pues, salieron en la estación veraniega. Pues bien, sucedió que él se estaba bañando y los demás se bañaban con él, y seguían insistiendo cabe él de la misma manera, con lo que Jámblico se sonrió y dijo: "Es una irreverencia para con los dioses el daros esta demostración, pero se hará a causa de vosotros". Había dos fuentes termales más pequeñas que las otras pero más lindas, y él mandó a sus discípulos que preguntaran a los naturales del país con qué nombres se las solía llamar en tiempos más antiguos. Cumplida la orden, ellos dijeron: "No hay ningún misterio en ello, pues esta fuente se llama Eros, y el nombre de la que está a su lado es Anteros". Inmediatamente él tocó el agua con su mano —casualmente él estaba sentado al borde de la fuente donde el exceso de agua se vierte hacia afuera— y pronunciando unas breves intimaciones[29] hizo salir a un mu-

[28] Ver Horacio, *Epístolas*, I, 1, 85: "nullus in orbe locus Baiis praelucet amoenis".

[29] Sin duda se trata de una fórmula mágica: el verbo que el

chacho de la profundidad de la fuente. Tenía la piel blanca, su estatura era mediana, sus bucles eran de oro y su espalda y su pecho brillaban; y se parecía exactamente a alguien que se estuviera bañando o se acabara de bañar. Sus discípulos se quedaron atónitos de asombro, pero Jámblico dijo: "Vayamos a la fuente siguiente"; y se levantó y les guió en el camino, con aire pensativo. Luego realizó allí lo mismo e hizo aparecer otro Eros igual al primero en todos los aspectos, fuera de que su cabello era más oscuro y caía suelto al sol. Los dos muchachos abrazaron a Jámblico y se juntaron a él como si él fuera realmente su padre. El los devolvió a sus propios lugares y se marchó después de su baño, reverenciado por sus discípulos. Después de esto la multitud de sus discípulos no buscó ninguna prueba más, antes bien dio crédito a todo apoyándose en las pruebas que se les habían mostrado y se adhirió a él como por medio de una cadena irrompible. Cosas todavía más sorprendentes y maravillosas se contaban de él, pero no consigné por escrito ninguna de ellas porque consideré que era algo peligroso y sacrílego introducir una tradición contrahecha e inestable en una narración segura y bien fundada. En verdad aun esto lo consigno no sin vacilación, como siendo algo sabido simplemente por oírlo contar, con la única salvedad de que sigo los pasos de hombres que, a pesar de haber desconfiado de otros signos, se convirtieron con las experiencias de esa revelación real. Sin embargo, ninguno de sus seguidores dejó constancia de ello, que yo sepa. Y eso, digo yo, con toda razón, puesto que el pro-

---

texto emplea más abajo es el que regularmente se utiliza para los ritos mágicos. Sobre la fábula de Eros y Anteros —Anti-Eros—, ver *Zemistio o Temistio, 304 d.*

pio Edesio afirmó que él no había escrito acerca de ello, ni tampoco ningún otro se había aventurado a hacerlo.

Al mismo tiempo que Jámblico, vivió *Alypio*, que fue especialmente docto en la dialéctica. Era de estatura muy pequeña y su cuerpo era muy poco mayor que el de un pigmeo, pero aun este mismo cuerpo que parecía poseer era realmente en su totalidad alma e inteligencia; hasta tal punto dejó de crecer en él el elemento corruptible, porque era absorbido en su naturaleza divina. Así, pues, como dice el gran Platón,[30] así como en contraposición a los cuerpos humanos, los cuerpos divinos viven encerrados en almas, así también se podía decir de él que había emigrado totalmente a un alma, y que se hallaba confinado y dominado allí por algún poder sobrenatural.

Ahora bien, Alypio tuvo muchos seguidores, pero su enseñanza se vio limitada a la conversación, y nadie publicó nunca un libro suyo. A causa de esto ellos recurrieron muy pronto por sí mismos a Jámblico, para llenarse hasta la saciedad como de una fuente que burbujea y no puede contenerse dentro de sus límites. Una vez que la fama de ambos hombres aumentó y se halló a la par, ellos se encontraron casualmente uno con otro o bien coincidieron en sus trayectorias como si fueran planetas, y en torno de ellos en un círculo se sentó un auditorio como si se tratara de una gran sesión de las Musas.

---

[30] Esto parece ser más bien una referencia confusa a *Timeo*, 36, donde el alma del mundo se dice que envuelve el cuerpo todo del universo.

Ahora bien, Jámblico estaba esperando que se le plantearan cuestiones a él más bien que proponerlas él, pero Alypio, en contra de todo lo que cabía esperar, difería el plantear cuestiones de cualquier tipo acerca de filosofía y, decidiéndose a causar un impacto en su auditorio,[31] dijo a Jámblico:

—Dime, filósofo, si es verdad o no que un hombre rico es injusto o es heredero de uno que fue injusto; pues no cabe término medio.

Jámblico se sintió molesto por la trampa que encerraba la cuestión y contestó:

—Sin embargo, ¡oh tú, el más admirado de todos los hombres!, no entra dentro de nuestro sistema el discutir si alguien posee más bienes externos que otro, sino más bien discutir si uno sobresale en la virtud que es característica y propia de un filósofo.

Diciendo esto se marchó y, una vez él se hubo levantado, la reunión quedó interrumpida. Pero, luego de haberlos dejado, y luego que se hubo concentrado en sus pensamientos, admiró la agudeza de la cuestión, y a menudo se entrevistó con Alypio en privado; y se sintió tan profundamente impresionado por la sutileza y sagacidad del hombre, que cuando murió escribió su biografía. En verdad, el autor de esta obra vio en una ocasión el libro. La narración era oscura a causa de su estilo y estaba velada por una espesa nube, aun cuando no a causa de alguna falta de claridad en la materia a tratar, porque su autori-

---

[31] Tal vez sea esto un eco de Platón, *Symposion*, 194 b.

dad era un largo discurso de Alypio; además, no había en ella ninguna mención de los discursos que habían defendido un argumento. El libro hablaba de viajes a Roma de los que no se daba ninguna razón, y no ponía en evidencia la grandeza de su alma en tales ocasiones y, aun cuando insinúa que Alypio tuvo muchos seguidores y admiradores, no se manifiesta que él dijera o hiciera nunca nada notable.

El famoso Jámblico, por el contrario, parece haber cometido el mismo error que los pintores que están pintando jóvenes en la flor de su edad y desean añadir a la pintura algún encanto de su propia invención, con el que destruyen todo el encanto de la semejanza, de forma que dejan de conseguir o bien el parecido o bien la belleza a que aspiraban. Eso mismo le ocurrió a Jámblico cuando se dispuso a alabarlo contando la verdad exacta; pues, aunque él muestra claramente cuán severos eran los castigos y sufrimientos en los tribunales de su tiempo, sin embargo las causas de tales cosas y sus fines no estaba él preparado naturalmente para explicarlos como uno que estuviera impuesto en la política, ni tampoco era éste su intento; en consecuencia, confundió todo el trazo y significado de la vida de nuestro hombre, y aun apenas dejó la posibilidad de que los más agudos y penetrantes captaran el hecho de que él personalmente admiraba a Alypio, y de que por encima de todo reverenciaba su fortaleza y constancia en medio de los peligros, y la agudeza y osadía de su estilo en sus discursos.

Alypio era alejandrino de nacimiento. Esto es cuanto tengo que decir acerca de él. Murió ya anciano, en Alejandría, y luego de él murió Jámblico, después de hacer nacer muchas raíces y

brotes en la filosofía. El autor de esta narración tuvo la buena suerte de beneficiarse de la mies que nació de ellos. Pues otros discípulos suyos que han sido mencionados se dispersaron en todas direcciones por todo el Imperio Romano, mientras que Edesio escogió para establecerse la ciudad de Pérgamon en Mysia.

Aidesios o *Edesio*, de Capadocia, sucedió a Jámblico en su escuela y en el círculo de sus discípulos. Era de cuna sumamente noble, pero su familia no estaba en posesión de grandes riquezas, y por ello su padre lo envió fuera de Capadocia, a Grecia, para que se educara por sí mismo con vistas a conseguir dinero, pensando que habría encontrado un tesoro en su hijo. Pero, a su regreso, cuando descubrió que él se mostraba inclinado a la filosofía, lo echó de su casa como inútil.[32] Y cuando lo expulsaba de su casa, le preguntó:

—¿Qué provecho te aporta a ti la filosofía?

Al oír eso, su hijo se volvió y respondió:

—No es pequeña cosa, padre, haber aprendido a respetar al propio padre, incluso cuando éste lo está echando a uno de casa.

Cuando su padre oyó esto, llamó a su hijo que volviera y manifestó que aprobaba su carácter virtuoso. Y en el futuro Edesio se dedicó por entero a concluir su educación interrumpida. Además, su padre alentó intensamente a su hijo

---

[32] Una historia similar nos cuenta Aelio de un joven a quien no nombra —*Frag.*, 1038—, y puede que Eunapio lo imite aquí.

a marchar y se alegró en sumo grado como si fuera el padre de un dios más que de un simple hombre.

Una vez que Edesio hubo dejado atrás a los hombres más notables de su tiempo y a todos los que le habían enseñado y hubo reunido un gran tesoro de sabiduría, hizo y completó un largo viaje de Capadocia a Siria, para ver al famosísimo Jámblico. Y cuando contempló al hombre y lo oyó razonar, se adhirió a sus palabras y nunca pudo saciarse de escucharlo, hasta que finalmente el propio Edesio llegó a ser famoso y sólo un poco inferior a Jámblico, excepto en lo que respecta a la inspiración divina de este último. En este orden de cosas no tengo nada que consignar, en parte tal vez porque el propio Edesio lo mantuvo en secreto a causa de las circunstancias y los tiempos, pues era emperador Constantino y estaba derribando los templos más famosos y construyendo iglesias cristianas; pero tal vez fuera en parte también porque todos sus discípulos más distinguidos se mostraban propensos e inclinados a un silencio propio de los misterios, y a una reserva digna de un hierofante. En todo caso, el que esto escribe, aunque consiguió ser discípulo de Crysanzios o Crysantios desde su niñez, apenas el año veinte de su discipulado fue estimado digno de compartir las doctrinas más verdaderas: tan maravillosa era la filosofía de Jámblico, que se difundió y extendió desde este tiempo hasta nuestros propios días.[33]

---

[33] Jámblico murió durante el reinado de Constantino el Grande, y probablemente antes del año 333 d. de C.; Eunapio escribe unos cincuenta años mas tarde.

Cuando Jámblico hubo abandonado este mundo humano, sus discípulos se dispersaron en distintas direcciones, y ninguno de ellos dejó de alcanzar la fama y la reputación.

Sópatro, más elocuente que los demás a causa de su elevada naturaleza y la grandeza de su alma, no quiso tolerar asociarse con las gentes corrientes y acudió a toda prisa a la corte imperial con la esperanza de dominar y transformar por medio de sus argumentos los propósitos y la política temeraria de Constantino. Y alcanzó tal sabiduría y tal poder, que el emperador fue cautivado por él y lo convirtió públicamente en su asesor, dándole un asiento a su derecha, algo increíble de oír y ver. Los cortesanos, soliviantados por una envidiosa malicia contra una corte tan recientemente convertida al estudio de la filosofía, se mantenían al acecho en espera de su oportunidad, el igual que los Cércopes,[34] para coger no solamente a Heracles dormido sino también a la irracional Fortuna que no duerme, y celebraban reuniones secretas, sin descuidar ningún detalle de su complot sacrílego. Así, pues, ocurría exactamente lo mismo que en tiempo del famoso Sócrates, cuando ni uno solo de todos los atenienses, aun cuando estuvieran organizados según una democracia, se hubiera aventurado a esta acusación y proceso sumario de alguien a quien todos los atenienses miraban como una imagen ambulante de la sabiduría, de no haber sido porque en la embriaguez, la corrupción y el libertinaje de las Dionisíacas y la fiesta nocturna, cuando la risa ligera y descuida-

[34] Una raza mítica semejante a los simios que cogió a Heracles dormido.

da así como las emociones peligrosas de los hombres se ponen de manifiesto, Aristófanes comenzó a introducir el ridículo en sus mentes corrompidas y, a fuerza de presentar sus danzas sobre el escenario, se ganó al auditorio para sus puntos de vista; éste, en efecto, se mofó de esta profunda sabiduría describiendo los saltos de las pulgas,[35] y pintando las figuras y formas de las nubes, y todas esas otras absurdas invenciones a que recurre la comedia, a fin de provocar la risa. Cuando vieron que el auditorio del teatro se inclinaba a condescender con eso, ciertos hombres formularon una acusación y se aventuraron a este impío proceso contra él; y así la muerte de un solo hombre llevó la desgracia a todo el estado. Pues, si uno va contando desde la fecha de la muerte violenta de Sócrates, podemos llegar a la conclusión de que, después de él, nada brillante fue ya nunca realizado por los atenienses, sino que la ciudad fue gradualmente decayendo y, a causa de su decadencia, toda Grecia se vio en la ruina a una con ella.

Así también, en el tiempo a que me estoy refiriendo, se puede observar lo que ocurrió en el asunto del complot contra Sópatro. Constantinopla, en efecto, originariamente llamada Bizancio, en tiempos muy distantes solía proveer a los atenienses de una cantidad regular de trigo,[36] y una cantidad enorme de él era importada desde allí. En cambio, en nuestros días, ni la gran flota de navíos mercantes procedentes de Egipto y de toda el Asia, ni la abundancia de grano que

---

[35] Alusión a Aristófanes, *Nubes*, 144.

[36] Ver Demóstenes, *Corona*, 87, por lo que respecta a la dependencia de Atenas del trigo de Bizancio.

es aportada de Siria y de Fenicia y de otras naciones como pago de tributo, puede bastar para dar satisfacción a la embriagada muchedumbre que Constantino trasportó a Bizancio a fuerza de vaciar otras ciudades, y estableció cerca de él porque gustaba de ser aplaudido en los teatros por hombres tan ebrios que no podían contener ya dentro de sí su licor. Deseaba, en efecto, ser alabado por el populacho inestable y que su nombre anduviera en sus bocas, aunque esas gentes fueran tan estúpidas que difícilmente podían pronunciar la palabra.

Ocurre, además, que la situación de Bizancio no es muy adecuada para el acercamiento de los navíos que hacen escala allí, excepto cuando un viento fuerte sopla exactamente desde el sur. En este tiempo, pues, sucedió lo que a menudo suele ocurrir de acuerdo con la naturaleza de las estaciones; y los ciudadanos se reunieron en asamblea en el teatro, agotados por el hambre. Los aplausos del populacho ebrio fueron escasos, y el emperador se sintió grandemente desalentado. Entonces los que habían sentido largo tiempo la envidia, pensaron que habían hallado una ocasión excelente y dijeron:

—Es Sópatro, ese a quien tú honras, el que ha encadenado a los vientos[37] en virtud de esta excesiva astucia que tú mismo alabas y gracias a la cual se sienta incluso en el trono imperial.

Cuando Constantino oyó esto se dio por vencido y ordenó que fuera cortada la cabeza de Sópatro; y esas personas envidiosas procuraron dili-

---

[37] Eco de *Odisea*, X, 20.

gentemente que aquello fuera realizado tan pronto como había sido dicho. El responsable de todos estos males fue Ablabio, pues, aun cuando él era prefecto del pretorio, se sentía ahogado por la envidia hacia Sópatro, que recibía mayores consideraciones que él mismo. Y puesto que, como ya he dicho, estoy escribiendo las vidas de los hombres que se distinguieron en cualquier clase de saber, en la medida, claro está, en que se ha conservado algo sobre ellas y en que ello ha llegado a mis oídos, no estará fuera de lugar que yo me refiera brevemente a aquellos que injustamente los dañaron o injuriaron.

Ablabio, que llevó a cabo el asesinato, procedía de una familia muy oscura, y por parte de su padre no llegaba incluso ni a la humilde clase media. Ha sobrevivido acerca de él la siguiente anécdota, y nadie ha contradicho los hechos presentados. Un cierto egipcio de la clase dedicada al estudio de la llamada astrología,[38] que estaba visitando la ciudad [39] —y cuando están de viaje los egipcios son capaces de conducirse aun en público con poco decoro, de forma que probablemente son educados en su país en maneras de portarse de este tipo— dirigió sus pasos a una de las tabernas más caras; gritó que estaba reseco después de un largo viaje, que quería apagar en un momento su sed, y ordenó que se le preparara y se le sirviera un cierto vino dulce con especias, sacando el dinero para pagarlo. La tabernera, viendo sus beneficios ya ante los ojos, hizo

---

[38] El griego "mázema o 'máthema" se emplea con frecuencia en sentido técnico para mencionar la ciencia de formular o inferir horóscopos.

[39] Roma.

que se le sirviera prontamente y comenzó a moverse en torno de él. Pero resultó que ella era también muy hábil como partera. Y, cuando ella acababa de poner la copa delante del egipcio y estaba en el acto mismo de escanciar el vino que ella había preparado, una de sus vecinas corrió hacia ella y le susurró al oído:

—Tu amiga y pariente —pues en realidad lo era está en peligro de muerte en su parto, de no ser que tú acudas rápidamente.

En cuanto ella oyó esto, dejó al instante y allí mismo al egipcio boquiabierto, y no se quedó ni a verterle el agua caliente. Cuando ella hubo asistido a la mujer en su parto e hizo todo lo que suele hacerse en caso de dar a luz, se lavó las manos y volvió en seguida a su cliente. Al encontrarlo lleno de enfado y encendido por la rabia, la mujer explicó la causa de su tardanza. El oír esto, el excelente egipcio advirtió el tiempo y la estación e inmediatamente sintió más sed de proferir el mensaje que había llegado hasta él de parte de los dioses que de calmar su propia sed; y gritó en voz muy alta:

—Ve, mujer, di a la madre que ella ha dado a luz a un niño que estará solamente por debajo de un emperador.

Después de esta revelación bebió hasta saciarse vaciando la copa sin moderarse, y dejó su nombre para información de la mujer. El nombre del niño era Ablabio, y se demostró hasta tal punto que era el favorito de la Fortuna que se deleita en las novedades, que llegó a ser incluso más poderoso que el emperador. Tanto más poderoso era que incluso fue él quien dio muerte a

Sópatro, después de formular contra él una acusación más necia aún que la presentada contra Socrates, y en esos días influyó sobre el emperador como si este último fuera un muchacho indisciplinado.

Constantino, sin embargo, fue castigado por el honor que había concedido a Ablabio, y la manera en que murió la he descrito ya en la relación de su vida. Confió a Ablabio su hijo Constancio, que había sido su igual en el imperio y subía al trono de su padre junto con sus hermanos Constantino y Constante. Pero en mi historia del santo Juliano he relatado ya estas cosas más ampliamente.

Cuando Constancio hubo subido al trono y hubo recibido su propia parte del imperio, es decir, los países que se extienden desde el Ilírico hacia el Este, relevó en seguida a Ablabio de su cargo y autoridad, y congregó en torno de sí un grupo distinto de favoritos. Ablabio pasaba su tiempo en una hacienda que mucho antes se había ya preparado en Bitinia, hacienda que le brindaba un retiro seguro de esplendor regio y una completa ociosidad; mientras tanto, todo el mundo se maravillaba de que él no aspirara a ser emperador. Entonces Constancio, desde la ciudad cercana de su padre, despachó hacia él un número considerable de espadachines, y a los que los mandaban les ordenó que le trasmitieran una carta. Los que entregaron la carta en sus manos se postraron delante de él, como suelen hacer los propios romanos delante del emperador. El recibió el documento con gran arrogancia y, ajeno a todo temor, pidió a los que habían ido a él la púrpura imperial, mientras su expresión se hacía más torva e inspiraba miedo a los que lo

miraban. Ellos replicaron que su cometido había sido solamente llevar la carta, pero que aquellos a quienes se había confiado esta otra misión se hallaban en la puerta. El entonces los mandó llamar adentro de manera insolente y se hinchó de orgullo. Pero los que fueron admitidos entonces eran más numerosos y todos llevaban espadas, y en lugar de una túnica púrpura le llevaron una "muerte de púrpura",[40] y lo hicieron pedazos como se hace con un animal troceado en una fiesta pública. De esta manera se vengó la sombra del propio Sópatro de Ablabio "el afortunado".

Una vez ocurridas estas cosas y luego que la Providencia hubo demostrado que no había abandonado a la especie humana, quedó *Edesio*, el más famoso de los que sobrevivían. En cierta ocasión en que él recurrió a un cierto oráculo en que había puesto su máxima fe con una plegaria —que se le formuló en un sueño— se le apareció el dios como respuesta a su plegaria y le dio la contestación siguiente en verso hexámetro. E inmediatamente después de abrir él sus párpados, cuando tenía aún atada su lengua por el pavor, recordó el sentido verbal de lo que se le había dicho, si bien el elemento sobrenatural y prodigioso que había en los versos le pasó inadvertido y se escapaba a su espíritu. Así, pues, llamó a un esclavo, porque deseaba lavarse los ojos y la cara con agua,[41] y el sirviente le dijo:

---

[40] *Ilíada*, V, 83; éste es el verso que Juliano citó cuando fue investido de la púrpura como César, y sintió desconfianza respecto de las intenciones de Constancio; ver Ammiano Marcelino, XV, 8.

[41] Se trata de un procedimiento regular después de una visión de esta índole; ver Aristófanes, *Ranas*, 137 s.; Esquilo, *Persas*, 201.

—Mira, el dorso de tu mano izquierda está cubierto de escritura.

Miró y llegó a la conclusión de que la cosa era un portento divino y, después de saludar reverentemente a su mano y a las letras, se encontró con el siguiente oráculo escrito en su mano:

"En la urdimbre que hilan las dos Moiras se hallan los hilos
de la tela de tu vida. Si escoges las ciudades
y aldeas de los hombres, tu fama será inmortal,
como pastor de los impulsos de los jóvenes.
Mas si eres pastor de ovejas y de toros,
ten esperanza entonces de verte asociado un día
a los bienaventurados inmortales. Así tus hilos se han tejido".

Este era el contenido del oráculo. Obedeciendo a él, según era su deber, salió con toda rapidez en busca del camino mejor, y buscó una pequeña hacienda, consagrando todas sus energías a la vida de cabrerizo o vaquero. Pero era tan grande su fama anterior y estaba tan difundida que su propósito no pudo pasar inadvertido a los que deseaban educarse en la elocuencia o aprender. Estos siguieron su rastro y lo acosaron como perros que aullaran ante su puerta, y lo amenazaron con despedazarlo si consagraba una sabiduría tan grande y tan poco corriente a las colinas, a las rocas y los árboles, como si no hubiera nacido hombre o no tuviera conocimiento de la vida humana. Con alocuciones y hechos de esta índole se vio forzado a volver a la vida y a la conversación con las gentes corrientes; y en ese momento se aplicó enteramente al inferior de aquellos dos caminos. Abandonó Capadocia y traspasó a Eustacio el cargo de su propiedad allí

—en realidad estaban emparentados— mientras que él personalmente pasó a la provincia de Asia, pues toda el Asia tendía hacia él sus brazos dándole la bienvenida. Se estableció en la antigua Pérgamo, y a su escuela asistieron los griegos y las gentes de la comarca cercana, de forma que su fama subió hasta las estrellas.

Respecto de Eustacio sería impío omitir lo que corresponde a la verdad. Todo el mundo está de acuerdo en que él no sólo se dejó ver como un hombre de la máxima nobleza de carácter, sino también de los máximos talentos de elocuencia cuando era puesto a prueba, mientras que el encanto que ponía en su lengua y en sus labios parecía ser nada menos que encantamiento. Su mansedumbre y afabilidad florecían tanto en lo que él decía y en las palabras que de él fluían, que los que oían su voz y sus alocuciones se entregaban como hombres que hubieran probado el loto y quedaban pendientes de esta voz y de esas palabras. Hasta tal punto se asemejaba a las musicales sirenas, que el emperador,[42] impresionado por todo lo que se encerraba en los libros de los cristianos, envió a buscarlo al sentirse alarmado por el estado de las cosas, y además porque se veía muy apurado por el peligro que le amenazaba por parte del rey de Persia, que ya una vez había puesto sitio a Antioquía y había hecho una incursión a ella con sus arqueros. Inesperadamente, en efecto, y de manera repentina se apoderó del altozano que domina el teatro, y con sus flechas asaeteó y mató a la gran

[42] Constancio envió a Eustacio a esta embajada, pero el incidente de Antioquía aquí descrito ocurrió mucho antes, en el reinado de Galieno, alrededor del 258 d. de C.; ver Ammiano Marcelino, XXIII, 5.

multitud de espectadores. En esta crisis semejante todo el mundo quedó tan cautivado y encantado por Eustacio que no vacilaron en recomendar a un hombre de creencias helénicas al emperador; aun cuando los primeros emperadores habían seguido la costumbre de elegir para las embajadas a hombres que habían conseguido distinguirse en el ejército, o bien a prefectos militares, o bien a hombres que seguían a éstos en categoría y habían sido escogidos para alguna magistratura. Pero en este tiempo, a la imperiosa llamada de la necesidad, Eustacio fue buscado y admitido por consentimiento general como el más prudente de todos los hombres. En consecuencia, se lo llamó a la corte por el emperador y acudió inmediatamente, y fue tan poderoso el encanto que había en sus labios[43] que los que habían aconsejado que la embajada se pusiera en manos de Eustacio obtuvieron del emperador mayor consideración que antes y él se sintió más favorablemente inclinado hacia ellos. Además, algunos de estos hombres se pusieron en camino por su propia iniciativa para acompañar a la embajada, porque deseaban poder hacer una comprobación más segura aún de si Eustacio, en su encuentro con los bárbaros, iba a demostrar poseer el mismo poder para encandilar y persuadir.

Se dice que, cuando ellos llegaron a Persia, Sapor era tiránico y salvaje con los que se acercaban a él; no obstante, cuando a Eustacio, y a la embajada en general, se le permitió el acceso al rey, este último no pudo por menos de admirar la expresión de sus ojos que era a la vez afable y

[43] Esto es un lugar común sofístico, derivado de la famosa frase de Eupolis acerca de la oratoria de Pericles; ver Juliano, 33 a, 426 b.

orgullosamente indiferente, a pesar de los muchos preparativos que el rey había inventado a fin de deslumbrar e intimidar al hombre. Y, cuando escuchó su voz conversando tan equilibradamente y sin esfuerzo ninguno, cuando le oyó rebasar sus argumentos tan modestamente y con tanta afabilidad, le mandó retirar; y Eustacio salió, dejando al tirano cautivo de su elocuencia. Inmediatamente le envió un mensaje por medio de los oficiales de su casa invitándole a su mesa, y cuando él accedió a la invitación, porque el rey le había parecido poseer un natural inclinado a la virtud, Sapor se sentó a su lado en el banquete. Así Eustacio fue su compañero de mesa y, gracias a su elocuencia, obtuvo tal influencia sobre él que el rey de Persia estuvo en un tris de renunciar a su recta tiara, dejando a un lado su púrpura y sus enjoyados aderezos y vistiéndose en cambio el manto de filósofo de Eustacio: tal fue el éxito de este último en desvirtuar la vida de lujos y vanidades de la carne, y a tales profundidades y abismos de miseria pareció él rebajar a los que amaban a sus cuerpos. Pero esto fue estorbado por ciertos magos que casualmente se hallaban en la corte, y se mantuvieron en la afirmación de que el hombre no era más que un simple brujo o nigromante; y ellos persuadieron al rey que contestara al emperador romano preguntándole por qué, siendo así que la Fortuna les había concedido tantos hombres de prestigio, enviaban personas que no eran mejores que esclavos que se habían enriquecido. Y el resultado total de la embajada fue contrario a lo que había esperado la gente.[44]

---

[44] Ammiano Marcelino, XVII, 5, menciona esta embajada, que fue enviada a Ctesifonte en el 358.

En mis investigaciones sobre este hombre, he llegado a tener evidencia de lo siguiente, a saber, que toda Grecia pidió verlo y que suplicó a los dioses que él pudiera visitarlos. Por lo demás, los augurios y los que eran peritos en su interpretación estaban de acuerdo en que ello había de suceder. Pero, cuando se comprobó que ésos estaban equivocados, porque él no visitó Grecia, los griegos enviaron a él una embajada y escogieron para ella a sus sabios más renombrados. La finalidad u objetivo de su misión era discutir con el famoso Eustacio la cuestión siguiente:

—¿Por qué los hechos no estaban de acuerdo con aquellos augurios?

El los escuchó, y luego investigó y buscó la razón evidente en la opinión de hombres famosos en esta ciencia y que poseían un muy extendido renombre, y volvió a informarse de ellos, preguntando cuál era el tamaño, color y figura de los augurios. Luego, según era habitual en él, les sonrió, al oír los hechos reales y verdaderos —pues, de la misma manera que la falsedad no tiene lugar o cabida en el coro de los dioses,[45] tampoco tenía lugar ninguno en su lenguaje— y dijo:

—En realidad estos augurios no predijeron esta visita mía.

Y luego dijo algo que, a mi juicio, era demasiado elevado para un simple mortal; su réplica, en efecto, fue ésta:

---

[45] Eco de Platón, *Fedro*, 24*7* a; se trata de un tópico de la retórica.

—Los signos manifestados eran demasiado triviales y demasiado lentos para una dignidad como la mía.

Después de esto, el famoso Eustacio se casó con Sosípatra, la cual, por su sobresaliente sabiduría, hizo que su propio marido pareciera inferior e insignificante. Tan lejos había llegado la fama de esta mujer que es lógico que yo hable de ella más largamente, aun en este catálogo de hombres sabios.

Ella nació en Asia, cerca de Efeso, en la comarca atravesada y recorrida por el río Cáystros y recibe por ello su nombre de él toda la llanura. Ella procedía de una familia acomodada, bendecida por la riqueza, y cuando era aún niña pequeña parecía llevar una bendición a todo: tales eran la belleza y el decoro que iluminaban sus ojos infantiles.

Ahora bien, ella había alcanzado exactamente la edad de cinco años, cuando dos ancianos —ambos habían pasado ya la edad madura de la vida, pero uno era algo más anciano que el otro— llevando amplios zurrones y cubiertos con vestiduras de pieles, se encaminaron a una hacienda del lugar perteneciente a los padres de Sosípatra, y convencieron al administrador o mayordomo, pues eran fácilmente capaces de hacerlo, de que les confiara a ellos el cuidado de las viñas. Cuando el resultado fue una cosecha que superaba todo lo esperado —el mismo propietario estaba allí, y con él estaba la pequeña Sosípatra— el estupor de los hombres carecía de límites y llegaron hasta sospechar la intervención de los dioses. El propietario de la hacienda los invitó a su mesa y los trató con la máxima consideración; y

reprochó a los demás trabajadores de la hacienda que no consiguieran los mismos resultados. Los ancianos, *al recibir la hospitalidad griega y un* lugar en una mesa griega, se sintieron encantados y cautivados por la sobresaliente belleza y el encanto de la pequeña Sosípatra, y dijeron:

—Los demás poderes o facultades que poseemos nos los guardamos ocultos y secretos para nosotros, y esta abundante vendimia que tú tan altamente apruebas es algo risible y simple juego de niños que nada tiene que ver con nuestras habilidades sobrehumanas. Pero, si deseas de nosotros una correspondencia adecuada por esta invitación y hospitalidad, no en dinero o beneficios perecederos y corruptibles, sino muy superior a ti y a tu modo de vida, un don cuya fama llegará hasta los cielos y tocará las estrellas, entréganos esta niña, Sosípatra, a nosotros, que somos con más verdad sus padres y sus tutores, y hasta el año quinto a partir de ahora no temas ninguna enfermedad para la pequeña, ni la muerte, antes bien quédate tranquilo y confiado. Pero ten cuidado de no hollar esta tierra hasta que el quinto año llegue con las revoluciones anuales del sol. Y por propia iniciativa brotará y florecerá para ti la riqueza de este suelo. Además, tu hija tendrá una mente en nada semejante a la de una mujer ni a la de un simple ser humano, sino que también *tú mismo tendrás pensamientos* más elevados que los mortales respecto de la niña. Así, pues, si tienes valor y buen ánimo, acepta nuestras palabras con las manos extendidas; pero, si alguna sospecha se despierta en tu mente, considera que no hemos dicho nada.

Al oír esto, el padre se mordió la lengua y, humilde y aterrado, puso la niña en sus manos y se

la entregó a ellos. Luego hizo llamar al administrador y le dijo:

—Provee a los ancianos de todo lo que ellos necesiten y no hagas ninguna pregunta.

Así habló él y antes de que la luz de la madrugada comenzara a aparecer se marchó, como si huyera de su hija y de su hacienda.

Luego, aquellos otros —sea que fueran héroes, o dáimones, o de alguna raza más divina todavía— tomaron a su cargo a la niña, y nadie sabe en qué misterios la iniciaron, ni se reveló aun a aquellos que más empeño tenían en saberlo con qué rito religioso habían consagrado a la niña.

Se acercaba ya el tiempo señalado en que se debían dar todas las cuentas de las rentas de la hacienda. El padre de la niña llegó a la finca y difícilmente reconoció a su hija: tan alta era, y su belleza le pareció había cambiado de carácter; y también ella reconoció difícilmente a su padre. El incluso la saludó respetuosamente, de tan distinta que ella se aparecía a sus ojos. Cuando sus maestros estuvieron allí y la mesa estuvo puesta, ellos dijeron:

—Pregunta a la muchacha todo lo que te plazca.

Pero ella intervino:

—No, padre, pregúntame lo que te ha ocurrido a ti en tu viaje.

Y él estuvo conforme en que ella se lo dijera. Ahora bien, supuesto que él era tan rico, había hecho el viaje en un carruaje de cuatro ruedas, y

con esta clase de carruaje pueden ocurrir muchos accidentes. Pero ella refirió todos y cada uno de los sucesos, no solamente lo que se había dicho, sino también sus mismas amenazas y temores, como si ella hubiera hecho el viaje con él. Su padre se sintió levantado a un grado tal de admiración que no solamente se sentía sorprendido de ella sino que se quedó mudo de estupor, y quedó convencido de que su hija era una diosa. Entonces él cayó sobre sus rodillas delante de aquellos hombres y les suplicó le dijeran quiénes eran. Lentamente y resistiéndose a ello, porque fuera esa tal vez la voluntad de los cielos, ellos le revelaron que estaban iniciados en el saber llamado caldeo, y aun esto se lo dijeron enigmáticamente y con las cabezas inclinadas. Y, cuando el padre de Sosípatra se cogió a sus rodillas y les imploró, conjurándoles a que se quedaran con la hacienda y conservaran a su hija bajo *su influencia y la iniciaran en cosas aún más* sagradas, ellos asintieron a esto con una inclinación de cabeza, pero no hablaron ni una palabra más. Entonces él cobró valor como si hubiera recibido alguna promesa sagrada o algún oráculo, pero que no pudiera captar su significado. En su corazón aplaudió a Homero por encima de todos los poetas por haber cantado una revelación semejante a ésta, tan maravillosa y divina:

"Y dioses con semejanza de extranjeros, procedentes de otras tierras,
revistiéronse de toda clase de figuras y anduvieron errantes por las ciudades".[46]

El creía en verdad que había ido a dar con dio-

---

[46] *Odisea*, XVII, 485.

ses en semejanza de extranjeros. Mientras su espíritu estaba lleno de este pensamiento fue dominado por el sueño; los otros tomaron a la niña, después de dejar la mesa, y muy tierna y escrupulosamente le hicieron entrega de toda la colección de vestiduras sagradas en que ella había sido iniciada, y añadieron a ello ciertos símbolos místicos; y pusieron también algunos libros en la cesta de Sosípatra, mandándole que los conservara sellados. Y ella, no menos que su padre, recibió sumo placer del trato de esos hombres.

Cuando el día comenzó a romper y las puertas se abrieron y la gente comenzó a acudir a su trabajo, los hombres también, según su costumbre, salieron con los demás. Entonces la chica corrió hacia su padre llevando las buenas noticias, y uno de los esclavos acudió con ella llevando la cesta. Su padre pidió todo el dinero que le pertenecía y que pudiera estar disponible, y pidió a sus administradores todo lo que tuvieran para sus gastos necesarios. Y envió a llamar a estos hombres, pero no se los pudo ver por ninguna parte. Entonces él dijo a Sosípatra:

—¿Cuál es el significado de esto, hija mía?

Luego de una breve pausa, ella repuso:

—Ahora por fin comprendo lo que ellos decían. Pues cuando ellos lloraban y ponían estas cosas en mis manos, decían: "Niña, cuida de ellas, pues nosotros estamos de viaje hacia el Océano de Poniente,[47] pero en seguida volveremos".

---

[47] La "oscuridad o tiniebla del Oeste" de Homero se ha mirado siempre como consagrada a la muerte heroica y a los poderes sobrenaturales.

Esto demostró muy claramente que los que se habían aparecido eran espíritus o dáimones. Ellos, pues, se marcharon y fueron adondequiera fuera; pero su padre se hizo cargo de la niña, ahora plenamente iniciada y, aunque sin engreimiento o vanidad, llena de espíritu divino, y permitió que ella viviera como le placiera y no se entrometió en ninguna de sus cosas, fuera de que algunas veces se sintiera molesto con su silencio. Y a medida que fue creciendo hasta la plenitud de su vigor juvenil no tuvo otros maestros, pero siempre estuvieron en sus labios las obras de los poetas, filósofos y oradores. Y aquellas obras que los demás no comprenden más que de manera incompleta y oscuramente, y aun entonces solamente por medio de un trabajo duro y una labor penosa, ella podía explicarlas con una descuidada facilidad, serenamente y sin dificultad, y con su ligero y rápido toque hacía evidente su significado.

Entonces ella decidió casarse. Ahora bien, sin discusión posible, entre todos los hombres vivos Eustacio era el único digno de casarse con ella. Así, pues, ella le dijo a él y a los que se hallaban presentes:

—Escúchame, Eustacio, y que los que hay aquí me sean testigos de ello: yo te engendraré tres hijos, y todos ellos dejarán de conseguir lo que se considera la felicidad humana, pero en lo que respecta a la felicidad que otorgan los dioses ninguno de ellos dejará de lograrla. Pero tú partirás de aquí antes que yo, y se te dará en posesión un lugar de habitación bello y adecuado, si bien tal vez yo voy a obtener otro más elevado aún. Pero el lugar en que tú te detendrás estará

en la órbita de la luna,[48] y solamente durante cinco años más prestarás tus servicios a la filosofía —así, en efecto, me lo dice a mí tu espectro o espíritu— pero tú atravesarás la región de debajo de la luna con un movimiento bueno y bien guiado. De buena gana te diría también yo mi destino.

Luego, después de guardar silencio por un breve espacio de tiempo, gritó con voz fuerte:

—¡No, Dios mío, prevenme!

Inmediatamente después de esta profecía, supuesto que así lo habían dispuesto las Moiras o Parcas, ella se casó con Eustacio, y sus palabras tuvieron la misma fuerza que un oráculo inmutable: con la misma rigurosa exactitud se produjo y sucedió todo tal como ella había predicho.

Debo relatar también lo que ocurrió luego de estos sucesos. Después del tránsito de Eustacio, Sosípatra regresó a su hacienda, y vivió en Asia, en la antigua ciudad de Pérgamo, y el famoso Edesio la amó, cuidó de ella y educó a sus hijos. En su propia casa, Sosípatra mantuvo una cátedra de filosofía que compitió con la de aquél, y después de asistir a las lecciones de Edesio, los estudiantes querían ir a oír las de ella; y, aun cuando no había ninguno que no estimara en gran manera y admirara la cuidada sabiduría de Edesio, ellos adoraban y reverenciaban positivamente la inspirada enseñanza de la mujer.

---

[48] La luna era el lugar en que habitaban los buenos daímones, los héroes, etcétera. Pero Sosípatra pretende llegar personalmente a mayor altura, a saber, al sol.

Pues bien, había allí un tal Filométor, pariente de Sosípatra, que, impresionado por su belleza y elocuencia, y reconociendo la divinidad de su naturaleza, se enamoró de ella; y su pasión se apoderó de él por completo y llegó a dominarlo totalmente. No solamente fue él conquistado enteramente por la pasión, sino que también ella sintió sus ataques. Así, pues, ella dijo a Máximo, que era uno de los discípulos más distinguidos de Edesio y era además pariente de él:

—Máximo, te ruego averigües qué mal es el que yo tengo, para que no sea molestada por él.

Y, al preguntar él:

—¿Y qué es lo que te hace padecer?,

replicó ella:

—Cuando Filométor está conmigo no es más que Filométor, y en nada se diferencia de la multitud. Pero cuando veo que él se marcha mi corazón dentro de mí se siente herido y lastimado, hasta intentar escaparse de mi pecho. Haz un esfuerzo en mi favor —añadió ella— y muestra así tu piedad.

Cuando hubo oído esto, Máximo se marchó todo hinchado de orgullo como si en este momento quedara asociado a los dioses, porque una mujer tan maravillosa había puesto tal fe en él. Mientras tanto, Filométor proseguía en su intento, pero Máximo, habiendo descubierto por medio de su saber sacrificial cuál era el poder que Filométor poseía, se esforzó en desbaratar y reducir a nada el hechizo más débil por medio de uno más poderoso y eficaz. Cuando Máximo hu-

bo dado fin a su rito acudió a toda prisa a Sosípatra y le mandó que observara si sentía las mismas cosas en el futuro. Pero ella le respondió que ya no las sentía, y describió a Máximo la plegaria misma y todo el ceremonial que él había realizado; le dijo también la hora en que ello tuvo lugar, como si ella se hubiera hallado presente a todo, y le reveló los signos que se le habían aparecido. Y, cuando él cayó en tierra lleno de estupor y proclamó que Sosípatra era claramente una diosa, dijo ella:

—Levántate, hijo mío. Los dioses te aman cuando alzas tus ojos a ellos y no los apoyas o inclinas hacia las riquezas terrestres y perecederas.

Al oír esto, él se marchó más lleno aún de orgullo que antes, supuesto que ahora tenía una prueba clara y cierta de la naturaleza divina de la mujer. Cerca de la puerta se encontró con Filométor que se disponía a entrar lleno de alegría con muchos amigos suyos; y Máximo, llamándole de lejos con fuerte voz, le dijo:

—Amigo Filométor, te conjuro en nombre del cielo a que dejes de quemar leña sin ninguna finalidad.

Tal vez dijo esto con algún conocimiento interior de las prácticas malsanas a que el otro se había entregado. Con ello Filométor quedó intimidado por Máximo, creyó que éste era divino, y cesó en su complot, ridiculizando incluso él mismo la acción que había emprendido antes. Y en el futuro Sosípatra contempló a Filométor con ojos puros y transformados, aun cuando lo admiraba por lo mucho que él la admiraba a ella.

En una ocasión, por ejemplo, cuando todos ellos estaban reunidos en su casa —Filométor, con todo, no se hallaba presente, sino que se había quedado en el campo— el tema propuesto para discusión e investigación estaba relacionado con el alma. Se defendieron varias teorías, y luego comenzó a hablar Sosípatra y gradualmente, por medio de sus pruebas, desbarató sus argumentos; fue a parar luego a una serie de razonamientos sobre el descenso del alma, y sobre qué parte ella está sometida a castigo, y cuál es inmortal, cuando de pronto, en medio de su báquico e inspirado flujo de palabras, se quedó callada, como si su voz se hubiera cortado, y, luego de dejar pasar un breve intervalo, exclamó con fuerte voz en medio de ellos:

—¿Qué es esto: ¡Mira a mi pariente Filométor corriendo en un carro! ¡El carro ha volcado en un lugar escabroso del camino y sus dos piernas están en peligro! Sin embargo, sus sirvientes lo han sacado indemne, fuera de las heridas que ha recibido en sus codos y sus manos, si bien éstas no son peligrosas. Está siendo llevado a casa en unas parihuelas, entre fuertes gemidos.

Estas fueron sus palabras, y eran la verdad exacta, pues así había ocurrido de hecho. Con este suceso se quedaron todos convencidos de que Sosípatra era omnipresente y de que nada ocurría sin que ella estuviera allí para verlo, como los filósofos afirman ocurre con los dioses.

Ella murió dejando los tres hijos de que ella misma había hablado. Los nombres de dos de ellos no necesito consignarlos. Pero Antonino fue digno de sus padres; se estableció, en efecto, en la boca canópica del Nilo y consagró toda su

persona a los ritos religiosos de este lugar, y luchó con todas sus fuerzas por dar cumplimiento a la profecía de su madre. A él recurrían todos los jóvenes que tenían el alma fuerte y sana y que estaban hambrientos de filosofía, y el templo se llenó de hombres jóvenes que hacían las veces de sacerdotes. Aunque personalmente él parecía ser todavía un ser humano y se asociaba con los seres humanos, predijo a todos sus seguidores que, después de su muerte,[48 bis] el templo dejaría de existir, y que también los grandes y santos templos de Serapis habían de ir a parar a una informe oscuridad y habían de ser transformados y que una fabulosa e indigna oscuridad se alzaría con la tiranía sobre las cosas más bellas de la tierra. El tiempo sirvió de testigo a todas estas profecías, y al final su predicción consiguió la fuerza de un oráculo.

De esta familia —no es, en efecto, mi intento escribir unas *Eoiai*,[49] como se llama el poema de Hesíodo— sobrevivieron ciertas emanaciones o efluvios, como los que proceden de las estrellas, y quedaron dispersos y repartidos entre diversas clases de filósofos de profesión que se beneficiaron de su afinidad con la filosofía genuina, y que pasaron la mayor parte de su tiempo corriendo riesgos en los tribunales, como Sócrates en el pórtico del arconte rey.[50] ¡Tal fue su

---

[48 bis] Antonino murió hacia el 390; el Serapeion o templo de Serapis fue destruido en 391.

[49] Eunapio quiere decir con esto que su obra no es un catálogo genealógico como el poema hesiódico perdido.

[50] Platón, *Eutyfron*. Sócrates, acusado de impiedad, se encuentra en el pórtico del arconte que investigaba sobre tales cargos; estos supuestos filósofos frecuentaban los tribunales, mientras que Sócrates, como cosa normal, los evitaba.

menosprecio del dinero y su odio al oro! De hecho, su filosofía consistió en llevar el manto de filósofo, aludiendo constantemente a Sosípatra y sin dejar de tomar nunca en sus labios el nombre de Eustacio; además llevaban consigo otros signos evidentes y externos: pequeños zurrones tan atiborrados de libros que hubieran podido cargar varios camellos. Ellos se los habían aprendido muy cuidadosamente de memoria. Y estos libros suyos no tenían nada que ver con ninguno de los antiguos filósofos, sino que eran testamentos y copias de testamentos, contratos de venta y otros documentos análogos, que son altamente estimados en esta vida que es propensa a la locura disoluta y al libertinaje.

Así esto demostró que Sosípatra pudo también adivinar exactamente lo que había de suceder luego de esos acontecimientos. Pero no tengo ninguna necesidad de consignar por escrito ni siquiera los nombres de esos hombres, porque mi narración pretende ir no a los que son indignos sino a los que son dignos.

Una excepción debe hacerse con uno de sus hijos; su nombre era Antonino y lo he mencionado ya ahora mismo; éste marchó a Alejandría, y entonces admiró tanto y hasta tal punto prefirió la boca del Nilo en Canopo, que se consagró y dedicó por entero al culto de los dioses en este lugar, y a sus ritos secretos. El hizo rápidos progresos en el camino de la afinidad con los dioses; menospreció su cuerpo, se liberó a sí mismo de sus placeres y abrazó una sabiduría que estaba escondida a la muchedumbre.

Sobre este punto puedo muy bien extenderme más. El no manifestó ninguna tendencia a la

teúrgia y a lo que se halla en discrepancia con las apariencias sensibles, tal vez porque mantuvo su ojo atento y alerta a los puntos de vista imperiales y a la política que eran opuestos a estas prácticas.[51] Pero todo el mundo admiró su fortaleza y su carácter tenaz e inflexible, y los que estaban entonces realizando estudios en Alejandría solían acudir a él a la orilla del mar. Pues, a causa de su templo de Serapis, Alejandría constituía en sí misma un mundo, un mundo consagrado por la religión: en todo caso, los que recurrían a él procedentes de todas partes formaban una multitud que igualaba en número al de sus propios ciudadanos, y éstos, después de haber rendido culto al dios, solían acudir apresuradamente a Antonino, unos, los que tenían prisa, por tierra, mientras que los otros se contentaban con botes que subían por el río, deslizándose de manera ociosa y pausada para sus estudios. Cuando se les concedía una entrevista con él, algunos le proponían un problema lógico e inmediatamente eran abundantemente alimentados con la filosofía de Platón. Pero otros, que planteaban o suscitaban cuestiones relacionadas con las cosas divinas, se encontraban con una estatua. Porque él no contestaba ni una sola palabra a ninguna de ellas, antes bien fijando sus ojos y su mirada hacia lo alto, en el cielo, se quedaba allí sin habla e inflexible, ni lo vio nunca nadie entablar ligeramente conversación con ningún hombre sobre temas de esta índole.

Ahora bien, no mucho después, se dio un signo inequívoco de que había en él un elemento divino. Pues tan pronto como él hubo abandonado

---

[51] Acerca de la persecución masiva de los sospechosos de brujería ver Ammiano Marcelino, XXVIII, 1.

el mundo de los hombres, el culto de los templos de Alejandría y de la capilla de Serapis fue desparramado a los cuatro vientos, y no solamente las ceremonias del culto sino también los edificios, y todo sucedió como en los mitos de los poetas, cuando los gigantes obtuvieron la victoria. Los templos de Canopo sufrieron también el mismo destino en el reinado de Teodosio, cuando Teófilo [52] estaba al frente de los abominables o malditos, como una especie de Eurymedonte,

"que reinaba sobre los altaneros gigantes",[53]

cuando Evagrio era prefecto de la ciudad y Romano tenía el mando supremo sobre las legiones de Egipto.[54] Estos hombres, en efecto, amparándose en su odio contra nuestros lugares santos, como si lo profesaran a las piedras o a los albañiles, hicieron una incursión en los templos y, a pesar de que ellos no pudieron alegar ni siquiera un rumor de guerra que los justificara, demolieron el templo de Serapis e hicieron la guerra contra las ofrendas del templo, con lo que consiguieron una victoria sin enfrentarse a un enemigo y sin trabar batalla. De esta manera lucharon tan esforzadamente contra las estatuas y las ofrendas votivas que no solamente las vencieron sino que las robaron también, y sus únicas tácticas militares fueron las de asegurarse de que el robo iba a quedar en el anonimato. Lo

---

[52] Teófilo era el obispo cristiano de Alejandría; ver Zósimo, V, 28; Teodoreto, V, 22.

[53] *Odisea*, VII, 59.

[54] Sozomenos, VII, 15, menciona la narración cristiana de la transformación del Serapeion en iglesia.

único que no cogieron fue el piso del templo de Serapis, simplemente a causa del peso de las piedras que no era fácil mover de sus sitios. Entonces, esos hombres belicosos y honorables, luego de haberlo reducido todo a confusión y desorden y de haber retirado sus manos realmente sin mancha alguna de sangre pero no limpias y puras de codicia, se vanagloriaban de que ellos habían derribado a los dioses, y consideraban su sacrilegio e impiedad algo de que debían gloriarse.

Luego llevaron a los lugares sagrados los llamados por ellos monjes, que eran hombres en su apariencia externa pero llevaban una vida de cerdos, y abiertamente cometieron y permitieron inumerables e indescriptibles crímenes. Pero esto ellos lo consideraban piedad, a saber, el mostrar desprecio hacia las cosas divinas. Porque en aquellos días todo hombre que llevara una túnica negra y consintiera en comportarse de una manera indigna en público,[55] poseía el poder de un tirano: ¡hasta tal grado de virtud había llegado la raza humana! Todo esto, sin embargo, lo he descrito en mi *Historia Universal.* Ellos establecieron esos monjes también en Canopo, y de esta manera encadenaron a la raza humana al culto de los esclavos, y aun estos esclavos nada honestos, en lugar de al culto de los verdaderos dioses. Pues ellos recogieron los huesos y cráneos de criminales que habían sido condenados a muerte por numerosos crímenes, hombres a quienes los tribunales de la ciudad habían condenado al máximo castigo, e hicieron de ellos

[55] Ver Libanio, *Sobre los templos*, 474.

dioses, frecuentaron sus sepulcros[56] y pensaron que ellos mismos se hacían mejores contaminándose en sus tumbas. Los muertos fueron llamados "mártires" o "testigos", especie de "diáconos" o servidores, y "embajadores" de los dioses encargados de llevar las plegarias de los hombres, esos esclavos sometidos a la más vil esclavitud, consumidos por los látigos y que llevaban en sus formas fantasmales las cicatrices de su vileza.[57] No obstante, ¡ésos son los dioses que produce la tierra!

Esto, pues, incrementó en gran manera la reputación de Antonino también en el campo de la presciencia, por cuanto él había predicho a todos que los templos se convertirían en tumbas.[58] De igual manera el famoso Jámblico, como he referido ya en mi narración de su vida, cuando un cierto egipcio invocó a Apolo y, con gran estupefacción de los que vieron la visión, Apolo acudió, dijo:

—Amigos míos, dejad de sorprenderos; esto es solamente el espíritu de un gladiador.

Tan grande es la diferencia que hay entre contemplar una cosa con la inteligencia y contemplarla con los ojos engañosos de la carne. Pero Jámblico vio a través de cosas maravillosas que estaban presentes, mientras que Antonino previó acontecimientos futuros. Este hecho por sí mis-

---

[56] Eco del *Fedón*, 81 d; ver Juliano, *Misopogón*, 344 a; *Contra los galileos*, 335 c. Las iglesias cristianas fueron edificadas sobre las tumbas de los mártires.

[57] Eco del *Gorgias*, 524 e.

[58] Ver Juliano, *Discursos*, VII, 228 c.

mo demuestra sus poderes superiores. Su fin le llegó sin sufrimientos, una vez hubo alcanzado una ancianidad madura, libre de enfermedades. Y para todos los hombres inteligentes el final de los templos, tal como él lo había pronosticado, fue en verdad penoso.

De *Máximo* he hablado ya antes, y a decir verdad el autor de esta historia no dejó de ver a ese hombre con sus propios ojos, sino que siendo aún un joven se encontró con él, ya anciano, y oyó su voz, que era semejante a la que uno hubiera podido oír a una Atenea o a un Apolo homéricos.

Las mismas niñas de sus ojos, por así decirlo, tenían alas; tenía una larga barba gris, y su mirada revelaba los ágiles impulsos de su alma. Había una maravillosa armonía en su persona, tanto mirándolo como oyéndolo, y todos los que conversaban con él quedaban sorprendidos en lo que respecta a esas dos facultades, puesto que era difícil soportar los vivaces movimientos de sus ojos o el rápido fluir de sus palabras. Discutiendo con él, nadie se atrevía a contradecirlo, ni siquiera los más experimentados y los más elocuentes, antes bien se rendían a él en silencio y daban su aquiescencia a lo que él decía, como si procediera del trípode de un oráculo; tal era el encanto que había en sus labios.[59] Había nacido en una familia honorable que poseía abundantes riquezas, y tenía dos hermanos legítimos a quienes impidió alcanzar la más alta categoría porque la había alcanzado él mismo. Fueron és-

[59] Ver nota 43.

tos Claudiano,[60] que se estableció en Alejandría y enseñó allí, y Nymfidiano, que llegó a tener mucho prestigio como sofista en Esmirna.

Máximo fue uno de aquellos que habían quedado saturados de la sabiduría de Edesio; además recibió el honor de ser el maestro del emperador Juliano. Una vez todos sus parientes hubieron sido condenados a muerte por Constancio, como he referido ya con más detalles en mi historia de Juliano, y toda su familia hubo sido despojada por completo, Juliano sólo fue dejado con vida, en consideración a sus tiernos años y a su mansedumbre de carácter. No obstante, se hicieron cargo de él los eunucos de palacio que fueron designados para vigilar que no se desviara de la fe cristiana. Pero, aun frente a estas dificultades, desarrolló la grandeza de su genio. Pues él se sabía sus libros tan completamente de memoria que ellos se atemorizaron ante lo reducido de su propia erudición, puesto que no había nada que ellos pudieran enseñar al muchacho. Ahora bien, como ellos no tenían nada que enseñarle y Juliano no tenía nada que aprender de ellos, imploró el permiso de su primo para asistir a las escuelas de los sofistas y a las lecciones de filosofía. El, porque los dioses lo querían así, permitió esto, porque deseaba que Juliano anduviera entre libros y tuviera ocio para ellos, más bien que dejarlo reflexionar sobre su propia familia y sus derechos al imperio. Una vez él hubo conseguido este permiso, como tenía a su disposición amplias y abundantes riquezas procedentes de mu-

---

[60] Algunos comentaristas creen que Claudiano fue el padre del poeta latino Claudiano —que floreció hacia el 400 d. de C.— pero no existe ninguna prueba segura en favor de esto.

chas fuentes,[61] se acostumbró a viajar de una parte a otra, acompañado por los recelos del emperador y una guardia personal, y fue a donde le plugo. De esta manera llegó él a Pérgamo, siguiendo las referencias recibidas sobre la sabiduría de Edesio. Pero este último tenía ya muchos años por este tiempo y comenzaban a fallarle sus fuerzas corporales. Los primeros y más aventajados entre sus discípulos eran Máximo, sobre el que estoy escribiendo ahora, Crysantio de Sardes, Prisco de Tesprótida o Molossia, y Eusebio, que procedía de Myndos, una ciudad de Caria. Al serle permitido estudiar con Edesio, Juliano, que era ya mayor o maduro para sus infantiles años, lleno de admiración y estupor ante el vigor y las cualidades divinas de su alma, se negó a dejarlo, antes bien, igual que los que han sido mordidos por la serpiente[62] de la leyenda, deseaba beber hasta el fin el saber con la boca abierta y de un trago, y para conseguir su propósito comenzó a enviar a Edesio dones dignos de un emperador. Pero Edesio no quiso aceptarlos y, habiendo hecho llamar al joven, le dijo:

—Y bien, tú también conoces mi alma, porque has escuchado durante mucho tiempo mis enseñanzas; pero tú ves cómo su instrumento está dañado ahora que aquello, por cuyo medio ése está conectado con ella y se mantiene en un todo, se está disolviendo en los elementos de que fue compuesto. Pero, si tú deseas llevar a cabo algo, hijo amado de la sabiduría como eres

---

[61] Véase, sin embargo, Juliano, *Carta a los alejandrinos*, 273 b.

[62] La mordedura de este reptil o esta serpiente, como implica el mismo nombre griego, producía una sed insaciable.

—tales son, en efecto, las características y maneras de tu alma que yo puedo discernir— acude a los que son verdaderamente hijos de la mía. De su enorme depósito o tesoro podrás llenarte hasta rebosar de toda clase de sabiduría y conocimientos. Una vez admitido a sus ministerios, te sentirás completamente avergonzado de haber nacido y de ser llamado hombre.[63] Yo hubiera deseado que también Máximo estuviera aquí, pero ha sido enviado a Efeso. Otro tanto te habría dicho yo de Prisco,[64] pero también se ha hecho a la mar hacia Grecia. Pero quedan, de mis discípulos, Eusebio y Crysantio, y si quieres estudiar con ellos dejarás de atormentar mi vejez.

Al oír esto, ni aun entonces abandonó Juliano al filósofo, pero la mayor parte de su tiempo consagró su atención a Eusebio y a Crysantio. Ahora bien, Crysantio tenía un alma afín a la de Máximo y al igual que éste estaba apasionadamente absorto en la realización de cosas portentosas, y se desvió personalmente al estudio de la ciencia de la adivinación, y también en otros aspectos poseía un carácter muy similar. Pero Eusebio, al menos cuando Máximo se hallaba presente, solía evitar las divisiones precisas y exactas de la discusión, así como los recursos dialécticos y las sutilezas, si bien, cuando Máximo no estaba allí, resplandecía como una estrella muy brillante, con una luz semejante a la del sol; tan grande era la facilidad y el encanto que florecían en sus discursos. Crysantio se hallaba también allí para aplaudir y aprobar, y Juliano

---

[63] Esto es un eco de la famosa frase de Porfirio acerca de Plotino: "parecía sentirse avergonzado de estar en el cuerpo".

[64] Para Prisco ver también Ammiano Marcelino, XXV, 3, y Juliano, vol. III, *Cartas*

por su parte veneraba a Eusebio. Hacia el fin de su exposición Eusebio añadía que éstas [65] eran las únicas realidades verdaderas, mientras que las imposturas de la brujería y la magia que engañan a los sentidos son obra de nigromantes, que son hombres insensatos que se han descarriado al ejercicio de los poderes terrestres y materiales.

Con mucha frecuencia el divino Juliano oyó las palabras conclusivas, y al final tomó a Crysantio aparte y le dijo:

—Si la verdad está de tu parte, querido Crysantio, dime claramente cuál es el sentido o significado de este epílogo que sigue a su exposición.

Habiendo reflexionado profundamente y con prudencia, éste respondió:

—Lo más sabio para ti será averiguar esto no por mí sino por él mismo.

Juliano escuchó, se dio por aludido y obró en consecuencia, y miró a Crysantio como algo divino a causa de lo que él había dicho. Luego, cuando tuvo lugar la lección siguiente, Eusebio concluyó con las mismas palabras que antes, y Juliano osadamente le preguntó cuál era el significado del epílogo que sin cesar recitaba. Ante ello Eusebio desplegó las velas de su elocuencia, que era algo que él poseía por naturaleza, y dando rienda libre a sus cualidades de elocución, dijo:

---

[65] Es decir, discusiones dialécticas. Eusebio se había dedicado a la retórica filosófica, mientras que Crysantio y Máximo eran taumaturgos y hacedores de milagros. A partir de este momento, Juliano cayó bajo la funesta influencia de Máximo.

—Máximo es uno de los más antiguos y más aventajados estudiosos, el cual, a causa de su elevado genio y su sobreabundante elocuencia, desdeñó todas las pruebas lógicas en estas materias y recurrió impetuosamente a los actos de un demente. No mucho más tarde nos invitó al templo de Hecate, e hizo comparecer allí a muchos testimonios de su locura. Una vez hubimos llegado allí y hubimos saludado a la diosa, dijo él: "Tomad asiento, queridísimos amigos, y observad atentamente lo que va a ocurrir y en qué grado tan notable aventajo yo a la masa de las gentes comunes". Una vez que él hubo dicho esto y todos nos hubimos sentado, quemó un grano de incienso y recitó para sí mismo un himno determinado en su totalidad, y tuvo tan elevado éxito en su demostración que la imagen de la diosa comenzó primero a sonreír, y luego pareció incluso reír a carcajadas. Todos nos sentimos muy turbados ante esta visión, pero él dijo: "Que ninguno de vosotros se aterrorice con estas cosas, pues ahora mismo hasta las antorchas que la diosa lleva en sus manos se encenderán hasta dar llama". Y antes de que él pudiera acabar de hablar, las antorchas ardieron en un torrente de luz. Ahora bien, de momento nos marchamos aturdidos por aquel hacedor de milagros. Pero tú no debes sorprenderte de ninguna de estas cosas, como no me sorprendo yo, sino creer más bien que lo que más importancia tiene es esa purificación del alma que se alcanza por medio de la razón.

No obstante, cuando el divino Juliano oyó esto, dijo:

—Pues bien: adiós y dedícate a tus libros. Tú me

has mostrado al hombre que yo estaba buscando.

Después de decir esto, besó la cabeza de Crysantio y partió para Efeso. Ahí conversó con Máximo, se adhirió a él y se mantuvo firmemente unido a él en todo lo que ése tenía que enseñarle. Máximo lo persuadió de que hiciera llamar también al divino Crysantio a Efeso y, una vez esto se hubo realizado, ellos dos apenas se bastaron para satisfacer la gran capacidad del muchacho para adquirir aquella clase de saber.

Sin embargo, cuando sus estudios con ellos estaban prosperando, oyó decir que había en Grecia una sabiduría más elevada, cuyo poseedor era el hierofante de las diosas,[66] y se apresuró a acudir a él a toda prisa. El nombre del que era por este tiempo hierofante no me es lícito decirlo;[67] pues él fue el que inició al autor de esta historia. Por nacimiento era descendiente de los Eumólpidas.[68] El fue el que, en presencia del autor de este libro, predijo la ruina de los templos y la destrucción de toda Grecia, y dio claramente testimonio de que, después de su muerte, iba a haber un hierofante que no había de tener ningún derecho a tocar la elevada silla del hierofante, porque había sido consagrado al servicio de otros dioses y había pronunciado juramentos de la más extremada santidad comprometiéndose

---

[66] Es decir, Deméter y Kore o Perséfone, que recibían culto en Eleusis.

[67] Luciano, *Lexiphanes*, 10, alude al crimen o delito de nombrar al hierofante y a los portadores de antorchas de los Misterios.

[68] Los sacerdotes hereditarios de Deméter en Eleusis.

a no presidir los ritos de otros templos que los suyos. Sin embargo, predijo que ese hombre iba a ocupar tal presidencia, a pesar de que ni siquiera era ateniense. Tal fue el poder profético que él alcanzó que profetizó que durante su misma vida los templos sagrados serían arrasados y devastados, y que este otro viviría para ver su ruina y que sería menospreciado por su altanera o arrogante ambición; que el culto de las diosas llegaría a su fin antes de su propia muerte y que, privado de este honor, su vida no iba a ser ya más la de un hierofante, y que él no iba a llegar a la ancianidad. Así, en verdad, sucedió. Pues tan pronto como el ciudadano de Tespiai fue hecho hierofante, el que había prohijado el ritual de Mitra,[69] sin dilación ninguna sobrevino una inundación de inexplicables desastres. Algunos de éstos han sido descritos en la narración más minuciosa o detallada de mi *Historia*, otros, si los poderes de lo alto me lo permiten, los voy a referir. Era el tiempo en que Alarico con sus bárbaros invadió Grecia por el paso de las Termópilas, tan fácilmente como si estuvieran atravesando un estadio abierto o una llanura accesible a la caballería. Pues esta entrada de Grecia le fue abierta a él por la impiedad de los hombres vestidos con ropas negras,[70] que entraron en Grecia junto con él sin que nadie se lo impidiera, y también por el hecho de que las leyes y restricciones de las ordenanzas de los hierofantes habían sido rescindidas. Pero todo esto aconteció en tiempos más tardíos, y mi narración ha hecho esta digresión por haber yo mencionado la profecía.

---

[69] Es decir, había sido sacerdote de Mitra.

[70] A saber, los monjes cristianos. Esta invasión de los godos en el 395 es nuevamente mencionada en la Vida de Prisco.

En el tiempo a que me estoy refiriendo ahora, apenas Juliano había llegado a intimar con el más santo de los hierofantes y había sorbido ávidamente su sabiduría, fue forzosamente apartado de allí por Constancio que lo hizo su socio en el Imperio y lo elevó a la categoría de César,[71] mientras Máximo permanecía en Asia —Edesio había fallecido ya en este momento— y progresaba a saltos y grandes pasos en toda clase de sabiduría. De esta manera Juliano obtuvo lo que no deseaba, antes bien le había sido impuesto. En calidad de César fue enviado a la Galia, no tanto para que gobernara aquella región cuanto con el fin de que muriera de forma violenta mientras desempeñaba su cargo imperial; pero, en contra de todo lo esperado, gracias a la providencia de los dioses él salió con vida, ocultando a todos los hombres su piadosa devoción a los dioses, pero venciendo a todos los hombres a causa de esta misma devoción. Atravesó el Rin y derrotó y subyugó a todas las tribus bárbaras de más allá de este río, y esto a pesar de los numerosos proyectos y emboscadas que se tejieron contra él, como he relatado plenamente en su *Vida*. Luego él hizo llamar al hierofante desde Grecia, y habiendo realizado con su ayuda ciertos ritos conocidos solamente por ellos, cobró ánimo para abolir la tiranía de Constancio. Sus cómplices fueron Oribasios de Pérgamo y un tal Evémeros, natural de Libia, país al que los romanos en su propia lengua llaman Africa. Pero todo esto ha sido descrito más detalladamente en mi obra sobre Juliano.

Una vez hubo abolido la tiranía de Constan-

---

[71] Estos incidentes son contados por el propio Juliano en su *Carta a los atenienses* y por Ammiano Marcelino.

cio[72] y hubo hecho regresar de nuevo a Grecia al hierofante como si remitiera de nuevo algún dios que le hubiera revelado a él y le hubiera concedido lo que deseaba, y hubo asimismo enviado con él dones dignos de un emperador, y servidores que se hicieran cargo de los templos de Grecia, envió a buscar al mismo tiempo a Máximo y a Crysantio. Una única citación o requerimiento llegó para ambos. Ellos decidieron recurrir a la ayuda de los dioses, y drásticos y experimentados como eran ambos unieron su experiencia para este fin común y requirieron e hicieron dar a luz a toda su penetrante visión en tales cuestiones y a toda su agudeza mental; pero ellos dieron con augurios y signos prohibitivos y hostiles. Ellos conocieron muy bien el significado de los signos que entonces se les revelaron. Ahora bien, Crysantio se sintió aterrorizado e intimidado por lo que vio y, mordiéndose la lengua, dijo:

—No solamente debo quedarme aquí, querido Máximo, sino que debo asimismo ocultarme a todos los hombres.

Pero Máximo afirmó con fuerza la decisión de su voluntad y replicó:

—Sin embargo, Crysantio, pienso que has olvidado que hemos sido educados para creer que es el deber de los genuinos helenos, especialmente si éstos son hombres instruidos, no ceder en modo alguno ante los primeros obstáculos con que se encuentren; sino más bien luchar con los pode-

---

[72] Constancio murió en noviembre del 361 y Juliano entró triunfalmente en Constantinopla en diciembre.

res celestiales hasta conseguir que ellos se inclinen en favor de su servidor.

Pero Crysantio le retorció el argumento:

—Tal vez tú tengas arte y osadía para hacer esto, pero yo me niego a luchar contra estos augurios.

Con estas palabras se marchó; Máximo, en cambio, se quedó y ensayó todos los métodos hasta que obtuvo los resultados que deseaba y quería. Crysantio, sin embargo, se quedó más inmóvil que una estatua y resolvió no alterar en lo mínimo las conclusiones que en un principio se habían fijado firmemente en su mente.

En seguida, pues, todo el pueblo de Asia se congregó en torno de Máximo a toda prisa, no solamente los que en este tiempo desempeñaban algún cargo o habían sido ya relevados de sus cargos, sino también los hombres influyentes de los diversos senados. También la masa del pueblo bloqueó las calles delante de la casa de Máximo, saltando y profiriendo aclamaciones, como es desde antiguo costumbre entre la muchedumbre siempre que quiere obtener el favor de alguien. Mientras tanto, las mujeres corrían hacia la puerta de detrás de la casa para ver a su esposa, maravilladas de su felicidad, y le rogaban que no se olvidara de ellas; y era tan profundo su conocimiento de la filosofía que hizo que Máximo pareciera no saber ni cómo nadar ni siquiera su alfabeto. Así, pues, Máximo, adorado por toda el Asia, se puso en camino para encontrarse con el emperador; Crysantio, empero, se quedó donde estaba, puesto que un dios se le había aparecido en un sueño y, como más tarde le dijo él al autor de este libro, le recitó el verso siguiente:

"Si un hombre obedece a los dioses, éstos a su [vez escuchan su plegaria" [73]

Máximo, con una numerosa escolta, partió hacia Constantinopla y, al llegar allí, muy pronto brilló en toda su gloria. Pues tanto el rey como los súbditos se mostraron en todo devotos de Máximo. Para ellos no había ninguna diferencia entre el día y la noche: ¡tan incesantemente referían ellos a los dioses todas las cuestiones que surgían en su vida cotidiana! El resultado de ello fue que, en la corte imperial, Máximo comenzó a hacerse insolente, llevaba una ondeante vestidura de una tela demasiado lujosa para un filósofo, y se fue haciendo más y más inaccesible e intratable; pero el emperador no sabía nada de lo que ocurría. Entonces ellos decidieron, conforme a los urgentes deseos del emperador, enviar a buscar también a Prisco; y Máximo persistió en su petición de que también fuera a la corte Crysantio. En consecuencia, ambos hombres fueron mandados venir, Prisco de Grecia y Crysantio de Sardes, en Lidia. El divino Juliano estaba tan pendiente de la compañía del último que él escribió a los dos como si fueran sus amigos íntimos, y les imploró, como si fueran dioses, que fueran a vivir con él. Pero, en el caso de Crysantio, habiendo oído decir que él tenía como esposa a una tal Melité, a la que estaba muy estrechamente unido —ella era prima del autor de esta obra—, Juliano se retiró a sus habitaciones privadas y, sin que nadie lo supiera, escribió de su propia mano a esta mujer y utilizó todos los argumentos posibles para inducirla a que convenciera a su marido de que no debía

---

[73] *Ilíada*, I, 218.

negarse a emprender aquel viaje. Pidió luego la carta que se había escrito a Crysantio, incluyó con ella la suya propia y puso en ambas su sello, despachando correos que llevaran lo que parecía ser solamente una carta.[74] Además, envió numerosos mensajes verbales que él pensó serían útiles

"para persuadir fácilmente el alma vigorosa del [nieto de Eacós".[75]

Prisco, pues, acudió[76] y, una vez allí, se condujo con gran modestia. Y, aunque no eran menos los que buscaban su favor, él sin embargo permaneció inconmovible, y no se hinchó vanamente por estar en la corte del emperador, sino que más bien procuró disminuir su fasto y llevarla a un nivel más filosófico.

Crysantio, empero, no se dejó coger ni siquiera por aquellas artimañas y trampas, sino que consultó a los dioses y, supuesto que la voluntad del cielo seguía siendo inmutable, él obedeció a los dioses, y escribió al emperador que era beneficioso para este último que él se quedara en Lidia, y que los dioses le habían informado de ello. El emperador sospechó de la negativa a aceptar su invitación, pero aun así designó a Crysantio sumo sacerdote de Lidia, junto con su mujer, y les encargó a ellos de la selección de los demás sacerdotes. Mientras tanto, el propio

---

[74] No se conserva ninguna de estas cartas del emperador.

[75] *Ilíada*, IX, 184.

[76] Ver Juliano, *Carta a Libanio*, escrita en Antioquía a comienzos del año 363, en la que se queja de que Prisco retrase su llegada.

emperador partía aprisa a la guerra contra Persia. Máximo y Prisco lo acompañaban los dos,[77] y algunos otros sofistas se unieron a la expedición, de forma que llegaron a formar un número considerable; eran, de hecho, una masa de hombres que cantaban sus propias alabanzas y que estaban hinchados de orgullo porque el emperador decía que él se había asociado con ellos. Pero, cuando la empresa que comenzó con tan grandes y espléndidas esperanzas acabó estrepitosamente en un confuso y deforme desastre y se escurrió a través de sus dedos, como he descrito más ampliamente en mi *Vida* de Juliano, Joviano[78] fue nombrado emperador y siguió otorgando honores a esos hombres. Luego también, rápida y violentamente, desapareció para ir a unirse con su predecesor en el imperio —¡si es que, en verdad, podemos decir de este predecesor que simplemente fue a reunirse con la mayoría!—[79] y entonces subieron al trono imperial Valentiniano y Valente. Entonces Máximo y Prisco fueron sacados bajo custodia, y esta vez su invitación fue muy distinta de aquella en que los invitó Juliano. Pues entonces la invitación fue, como si dijéramos, para un festival público e iluminó el camino para los grandes honores; en cambio, en la segunda invitación, en vez de esperanzas brillantes, el peligro se hizo claramente visible, porque el miedo de una desgracia pública y abrumadora les velaba toda posible perspectiva. Prisco,

---

[77] Ambos se hallaron presentes a la muerte de Juliano: ver Ammiano Marcelino, XXV, 3.

[78] Al morir Juliano en Persia, en junio del 363, el general Joviano fue elegido emperador por el ejército.

[79] Eunapio quiere decir con esto que, al morir, Juliano se convirtió en dios.

sin embargo, no sufrió ningún daño, y como se habían presentado pruebas de que era un hombre recto y se había comportado virtuosamente en la época a que me refiero, regresó a Grecia. Por este tiempo estaba recibiendo su educación el autor de esta narración, y era aún un muchacho recién llegado a la adolescencia.

En cuanto a Máximo, aun cuando muchos clamaron contra él, tanto en público en los teatros como privadamente ante el emperador, pese a ello se hizo acreedor a la admiración porque se sobrepuso a tan grandes desventuras. No obstante, le infligieron la más severa de las penas; lo multaron, en efecto, con una suma de dinero tan fuerte que un filósofo difícilmente nunca podía haberla oído siquiera mencionar —e hicieron tal cosa porque sospechaban que él poseía todos los bienes de todos los demás— y luego ellos se arrepintieron de ello diciendo que le habían impuesto una multa demasiado pequeña. El fue enviado al Asia para que efectuara el pago de este dinero, y lo que él sufrió allí está por encima de cualquier tragedia, y nadie podría tener tal capacidad de expresión o sería capaz de complacerse tanto en las desdichas de los demás como para referir con toda exactitud los terribles sufrimientos de este gran hombre. Pues aun la tortura persa llamada "Encierro en artesas",[80] o el penosísimo trabajo de las mujeres con la azada entre los ártabros[81] no pueden compararse con las agonías infligidas al cuerpo de Máxi-

[80] Respecto de esta tortura ver Plutarco, *Artajerjes*, 16, donde es descrita ampliamente.

[81] Estrabón, III, 220, describe el laborioso trabajo de minería que realizaban las mujeres de esta tribu de Lusitania en los yacimientos de oro.

mo. Su maravillosa esposa estuvo siempre a su lado e hizo más gravosos aún sus sufrimientos. Pero, cuando pareció que no había ya límite para ellos y ellos se hicieron aún más intensos, le dijo él a ella:

—Esposa mía, compra veneno, dámelo y ponme en libertad.

Obedeciendo a esto, ella lo compró y volvió con él en sus manos. En seguida él le pidió que se lo diera a beber, pero ella insistió en beberlo primero, y cuando ella hubo muerto inmediatamente después de ello sus parientes la sepultaron; pero Máximo, después de esto, no bebió el veneno.

Y ahora toda mi elocuencia y todas las alabanzas del linaje de los poetas que se podrían emplear en un canto resultarían desproporcionadas o impropias para describir la conducta de Clearco.[82] Clearco procedía de una rica familia de Tesprótida y había conseguido personalmente un notable prestigio cuando el curso entero de los acontecimientos hubo cambiado. Valentiniano, en efecto, se retiró al Imperio del Oeste,[83] mientras que el emperador Valente se vio implicado en los mayores peligros, y tuvo que pelear no solamente por el imperio sino por su misma vida. Procopio se había sublevado contra él con fuerzas incontables y lo estaba hostigando por todas partes con el propósito de llevar a cabo su captura. Ahora bien, Clearco era por este tiempo

---

[82] Clearco fue frecuentemente corresponsal de Libanio. Fue prefecto de Constantinopla del 398 al 402 d. de C.

[83] En el año 363. La revuelta y el levantamiento de Procopio tuvo lugar en el 365.

gobernador de toda el Asia, es decir, del dominio que se extiende desde el Helesponto a través de Lidia y Pisidia hasta las fronteras de Pamfilia. Y manifestaba gran benevolencia en su gobierno y exponía su propia persona a los mayores riesgos, y mantenía abiertamente una fuerte rivalidad con el prefecto del pretorio, de forma que ni aun el mismo emperador podía ignorar su enemistad. El nombre del prefecto era Salustio,[84] y en el reinado del emperador Juliano había perfeccionado y cultivado su espíritu. No obstante, Clearco expuso su holgazanería debida a su avanzada edad y lo apodaba Nicias.[85] De hecho, en esos días, pensó solamente en nutrir y fortalecer su mente leyendo e investigando los hechos de la historia.

Ahora bien, cuando vio que las cosas iban tan estupendamente, Valente sintió una ilimitada admiración por Clearco, y lejos de removerlo de su cargo lo ascendió a un puesto de mayor importancia y lo nombró procónsul de todo lo que propiamente se llama hoy en día Asia. Esta provincia abarca la cosa marítima desde Pérgamo e incluye las tierras continentales que llegan hasta Caria, mientras que el monte Tmolos circunscribe sus límites en dirección a Lidia. Es la más ilustre de todas las provincias y queda fuera de la jurisdicción del prefecto del pretorio, salvo en

---

[84] Este es el prefecto de la Galia a quien Juliano dirigió sus *Discursos*, IV y VIII. Después de la muerte de Juliano se le ofreció el trono y lo rehusó, y otra vez se lo ofrecieron a la muerte de Joviano, en el 364, rehusándolo asimismo tanto para sí como para su hijo. Al parecer fue prefecto del Este, en el 365, pero dimitió su cargo a causa de la hostilidad del procónsul de Asia, Clearco.

[85] Nicias, el general ateniense, siguió una política de "vigilante expectativa" en la guerra del Peloponeso.

la época en que todo había sido reducido a confusión y desorden en aquellos últimos sucesos.[86] Pero, en el tiempo de que hablo, Asia estaba aún al margen de la sedición cuando Clearco se hizo cargo del gobierno; y allí descubrió él a Máximo agobiado por las torturas y apenas ya capaz de soportarlas.

Debo contar ahora un suceso sobrenatural, pues nadie puede en toda justicia atribuir a nadie más que a un dios una cosa tan sorprendente. El, en efecto, a todos los soldados que habían recibido el encargo de castigar a Máximo sin descanso, los obligó a huir gracias a una fuerza superior, lo soltó de sus grilletes, se encargó personalmente del cuidado de su cuerpo y lo hizo sentar a su propia mesa. Además, habló tan osada y francamente al emperador que el último no solamente aplacó su ira, sino que concedió todo lo que Clearco aconsejó. Así, relevando a Salustio de su cargo, designó a Auxonio[87] para los deberes del prefecto del pretorio. Luego Clearco procedió a castigar a los soldados que habían torturado a Máximo, exigió, de todos los que en aquel desdichado tiempo habían cogido o robado algo, que lo devolvieran, y castigó a los que lo habían insultado; de esta manera se hizo corriente la expresión de que él era para Máximo un segundo Juliano. Con esto Máximo pronunció incluso declamaciones públicas, pero, dado que no estaba naturalmente dotado para hablar a un auditorio sofístico, aumentó poco su fama con ello,

---

[86] Tal vez se refiera a la supremacía de los godos en torno del año 398, o a la sedición de Antioquía en el 387.

[87] Zósimo, IV, 10.

hasta que al final comenzó a levantar de nuevo su cabeza y reanudó sus lecciones sobre filosofía. De esta manera recuperó gran parte de su riqueza y de lo que le había sido quitado de diferentes maneras, y muy rápidamente llegó a la prosperidad y a la misma buena posición que tenía cuando llegó por vez primera a la corte de Juliano. Luego visitó de hecho Constantinopla en calidad de personaje distinguido, y todo el mundo lo miró lleno de estupor cuando se dio cuenta de que su fortuna se había restablecido. Incluso se arriesgó a someterse a una prueba de inocencia en la cuestión de la teúrgia, y aumentó más aún su fama.[88] Con ello, una vez más su tan extendida fama dio lugar a sentimientos muy poco amables contra él. Pues los cortesanos *tramaron una conspiración contra* los emperadores y presentaron un oráculo privado propio suyo —no todo el mundo puede entender lo que digo— y, cuando alguna fórmula oracular oscura era pronunciada, ellos la referían a Máximo, sin admitirle su intención real a él, antes bien como si él mismo hubiera pronunciado y referido el oráculo, y ellos deseaban aprender su significado más claramente. Se había, en efecto, puesto en evidencia por este tiempo que sólo Máximo conocía las intenciones de los dioses, por muy oscuramente que fueran trasmitidas a los demás hombres. En consecuencia, concentrando su espíritu en el oráculo y observando diligentemente lo que él decía, rápidamente vio el sentido oculto de las palabras, es decir, la verdad misma, y la reveló con más verdad que un oráculo, a saber, que ellos habían tramado la ruina de aquel que lo publicara, significando con esto su propia

[88] El texto está aquí mutilado y el significado resulta oscuro.

persona, y de todos los hombres además—añadió él, no solamente los que tenían noticia de su conjuración; pero él declaró que muchos más serían castigados injustamente. Asimismo, como si saliera del santuario más interior, anunció:

—Después de una multiforme y general matanza de todos los hombres, en la cual nosotros seremos víctimas de la carnicería, el emperador morirá de una muerte extraña, y no recibirá sepultura ni el honor de una tumba.

Así, en verdad, tuvo que ocurrir, como he descrito más ampliamente en mi *Historia Universal.* Pues, de hecho, y muy pronto, los conspiradores que se habían conjurado de común acuerdo fueron detenidos, y mientras eran llevados a la cárcel desde todos los puntos y eran decapitados, como las gallinas en una fiesta o banquete destinado a dar de comer al populacho todo, también Máximo fue llevado con ellos, y así fue a Antioquía, donde el emperador[89] se hallaba por este tiempo. Pero se sintieron avergonzados de condenarlo a muerte, tanto porque había refutado todo cargo formulado contra él en el juicio y había convencido de falsía a los que habían puesto las manos sobre él, como porque había predicho con tanta precisión todo lo que estaba sucediendo; por eso, exactamente igual que si en la persona de Máximo ellos estuvieran castigando a algún dios, despacharon con él al Asia a un tal Festo,[90] hombre de carácter asesino con alma de verdugo, juzgando que el Asia era un lugar de

---

[89] Valente. Sobre la ejecución de Máximo en Éfeso en el 371 ver Ammiano Marcelino, XXIX, 7, Zósimo, IV, 15.

[90] Acerca de Festo ver Ammiano Marcelino, XXIX, 2.

residencia adecuado para un hombre así. En cuanto llegó cumplió sus órdenes, y aun fue más allá de ellas por su propia iniciativa, y condescendió hasta el máximo de sus inclinaciones con su temperamento bestial y feroz. Primeramente decapitó a muchos, culpables e inocentes por igual, y luego asesinó a Máximo, ese gran hombre.

De esta manera se cumplió el oráculo, y también la otra parte de él se había de cumplir. El emperador, en efecto, en una enconada batalla con los escitas desapareció de una manera extraña,[91] de forma que ni siquiera pudo encontrarse un solo hueso al que dar sepultura.

La voluntad del cielo añadió aún a todo esto un suceso más maravilloso aún. Pues este mismo Festo —y esto el autor lo supo exactamente como testigo ocular— fue privado de su cargo, y primero acudió a visitar a Teodosio, que acababa de ser designado emperador; regresó luego al Asia —ya que había allí contraído matrimonio en condiciones bastante buenas para un tirano— y, para hacer una exhibición de su fastuosa vida y celebrar el haber eludido todos los cargos formulados contra él, anunció que iba a dar un magnífico banquete a todos los que desempeñaban los cargos más distinguidos o pertenecían a la más elevada nobleza. Ahora bien, era el tercer día después de las calendas de enero, como las llaman los romanos, y todos ellos lo saludaron y le prometieron acudir al banquete. Entonces

---

[91] Ammiano Marcelino —XXXI, 13— dice: "nec postea repertus est usquam". La batalla tuvo lugar en Adrianópolis en el 378, contra los godos; los escritores posteriores con frecuencia los confunden con los escitas, como en el caso presente.

Festo entró en el templo de las diosas llamadas Némesis,[92] a pesar de que nunca había profesado ninguna reverencia a los dioses, antes al contrario por el culto que rendían a los dioses había él castigado con la muerte a todas sus víctimas. Aun así él entró, y refirió a todos los presentes una visión que había tenido, y mientras lo contaba su rostro estaba bañado en lágrimas. Ahora bien, la visión había sido la siguiente: dijo que Máximo había echado un lazo corredizo en torno de su cuello, se había apoderado de él y lo había arrastrado a lo hondo del Hades para que su caso fuera juzgado delante de Plutón. Todos los presentes quedaron aterrorizados al recordar toda la vida del hombre, pero todos y cada uno le secaron sus lágrimas y le mandaron que hiciera oración a las diosas. El obedeció y les ofreció sus plegarias. Pero, en cuanto salió del templo, sus dos pies resbalaron debajo de él, cayó de espaldas y quedó tendido sin habla. Fue llevado a su casa y al momento expiró; el suceso fue considerado el don más admirable de la Providencia.

Respecto de *Prisco* he referido ya muchos hechos, porque así tuve que hacerlo varias veces, por las circunstancias, y hablé por ello del lugar de su nacimiento. Pero sobre su carácter se recuerda independientemente la siguiente relación. Era de un carácter demasiado reservado, y su saber era recóndito y abstruso; además, su memoria era extraordinariamente buena, y había recogido todas las enseñanzas de los antiguos y las tenía siempre en su lengua. En su aspecto externo era muy bello y alto, y se le podía con-

[92] Némesis significa Venganza. En Asia, y de manera especial en Esmirna, recibían culto dos divinidades llamadas Némesis.

siderar a veces falto de educación por lo difícil que era inducirlo a trabar una disputa, y mantenía sus propias opiniones o convicciones ocultas como si estuviera custodiando un tesoro, y solía llamar pródigos a los que demasiado ligeramente daban sus puntos de vista sobre tales materias. Solía, en efecto, decir que el que es maltratado en la argumentación filosófica no por ello se vuelve más manso, sino más bien, a medida que lucha contra el poder de la verdad y sufre los tormentos de una ambición frustrada, se vuelve más salvaje, y acaba por odiar por igual las letras y la filosofía, y llega a una completa confusión en su mente. Por esta razón, pues, habitualmente mantenía su reserva. Su porte era circunspecto y altivo, y conservaba este porte no solamente cuando estaba con sus amigos y discípulos, sino que la autoridad de su aspecto se halló en él desde la juventud a la vejez. Por eso Crysantio solía decir al autor de esta obra que las maneras de Edesio eran sociables y democráticas, y después de sus contiendas en literatura y sus disputas, era capaz de salir a pasear por Pérgamo acompañado por los más distinguidos de sus discípulos. Y su maestro solía inculcar a sus discípulos un sentimiento de la armonía y de la responsabilidad hacia los hombres, cuando observaba que eran intolerantes y despóticos a causa del orgullo que les inspiraban sus propias opiniones; y, cuando ellos extendían sus alas más allá que las de Icaro, a pesar de ser aún más frágiles, él los conducía cortésmente hacia abajo, no al mar, sino a la tierra y a la vida humana. Mientras los instruía de esta manera, él mismo, si se encontraba con una mujer que vendía hortalizas o legumbres, se complacía en verla, y se detenía en su paseo para hablar con ella y discutir el precio que ella ponía a su mercancía, y decía

que su tienda estaba haciendo un buen beneficio; y al mismo tiempo solía hablar con ella sobre el cultivo de las hortalizas y legumbres. Y se portaba de la misma manera respecto de un tejedor, o un herrero, o un carpintero. De esta manera los más diligentes de sus discípulos eran educados en esta afabilidad, especialmente Crysantio y todos los que en esa escuela se asemejaban a Crysantio.

Pero Prisco fue el único que no perdonó los sentimientos de su maestro, antes bien en su misma cara le decía que era un traidor a la dignidad de la filosofía, un hombre versado en máximas intrascendentes o de poca monta,[93] que, pudiendo ser útiles y provechosas para la elevación del alma, nunca eran observadas en la vida práctica. No obstante, a pesar de esta manera de ser, incluso después del reino de Juliano, Prisco se vio libre de toda crítica; y, luego de introducir muchas innovaciones entre sus discípulos, que, a la manera de los coribantes, estaban embriagados por el deseo de la sabiduría, y mientras seguía conservando en todas ocasiones sus modales reservados y despectivos para con la debilidad humana, murió al fin, habiendo alcanzado una edad muy avanzada —tenía, en efecto, más de los noventa ya— en tiempo de la destrucción de los templos de Grecia.

Y, en esos días, hubo muchos que en su pesadumbre se quitaron la vida, mientras que otros fueron asesinados por los bárbaros, entre ellos Proterio, un nativo de la isla de Cefalonia, res-

---

[93] Para esta frase ver Demóstenes, *Embajada infiel*, 421, de la que se hace eco Filóstrato, *Vidas de los sofistas*, 30 —Vida de Filisco—

pecto de cuyos méritos y probidad hay buenas pruebas. También Hilario era conocido del autor; era bitinio de nacimiento, pero creció en Atenas y, además de todo el campo del saber, había llegado a dominar de tal manera el arte de la pintura que parecía como si Eufránor estuviera vivo aún en sus manos. El autor de esta narración lo admiró y estimó más que a otros hombres a causa de la belleza de sus retratos. No obstante, tampoco Hilario pudo escapar a los desastres generales, ya que fue cogido fuera de Atenas —estaba residiendo en algún lugar cerca de Corinto— y, junto con sus esclavos, fue decapitado por los bárbaros.[94] Estos sucesos, si es ésta la voluntad del cielo, los relataré más ampliamente en mi *Historia Universal*, ya que allí serán expuestos con mayor claridad, no referidos a un individuo concreto, sino en cuanto relacionados con los intereses universales. Por el momento, sin embargo, sus repercusiones en los individuos han sido presentadas en la medida en que era conjugable con mi narración.

Juliano de Capadocia, el sofista, floreció en tiempo de Edesio, y fue una especie de tirano en Atenas. Todos los jóvenes procedentes de todas partes se reunían en torno de él, y reverenciaban al hombre por su elocuencia y su noble carácter. Había, en verdad, algunos otros hombres, contemporáneos suyos, que en algún grado alcanzaron la comprensión de la verdadera belleza y llegaron a lo alto de su fama, a saber, Apsines de Lacedemonia, que se hizo famoso como escritor de retórica, y Epágatos, así como una multitud entera de nombres de esta clase. Pero

---

[94] Es decir, por los godos en el 395.

Juliano los aventajó a todos por su gran genio, y el que le seguía era muy inferior a él. Tuvo numerosos discípulos que acudieron a él, por así decir, de todas las partes del mundo, y cuando se dispersaban por todos los países eran admirados dondequiera se establecieran y siempre. Pero los que más se distinguieron entre todos ellos fueron el inspirado Proairesios, Hefaistíon, Epifanio de Siria y Diofanto el árabe. Es conveniente que mencione también a Tuskianós o Tuscianós, ya que también fue uno de los discípulos de Juliano, pero he hablado ya de él en mi narración del reinado del emperador Juliano.[95] El propio autor de este libro vio la casa de Juliano en Atenas; pobre y humilde como era, sin embargo, respiraba toda ella la fragancia de Hermes y las musas: tan estrechamente se asemejaba a un templo santo. Esta casa se la había legado él a Proairesios. Allí se habían erigido también estatuas de los discípulos a quienes él más había admirado; y tenía un teatro de mármol pulido hecho a semejanza de un teatro público, pero más pequeño y de un tamaño apto para una casa. Pues en ese tiempo era tan dura la enemistad que había en Atenas entre los ciudadanos y los jóvenes estudiantes,[96] como si la ciudad después de aquellas antiguas guerras suyas estuviera nutriendo dentro de sus muros el peligro de la discordia, que ninguno de los sofistas se aventuraba a bajar a la ciudad y a hablar en público, sino que ellos limitaban sus actuaciones o declamaciones a sus teatros de lecciones privadas y allí dirigían la palabra a los estudiantes. Así no

[95] Es decir, en su *Historia Universal*.

[96] Este antagonismo imperecedero se veía muy probablemente intensificado por las diferencias religiosas, puesto que la mayor parte de los estudiantes eran opuestos al cristianismo.

ponían en peligro sus vidas, sino que competían allí por el aplauso y la fama de la elocuencia.

Aun cuando dejo mucho sin decir, debo exponer e introducir en esta narración la siguiente muestra del saber y la prudencia de Juliano. Sucedió que el más atrevido de los discípulos de Apsines había conseguido, en un fiero encuentro con los discípulos de Juliano, la victoria, en el curso de la guerra de facciones[97] que ellos sostenían. Después de poner sobre ellos sus violentas manos a la manera espartana,[98] aun cuando las víctimas de sus malos tratos habían corrido el peligro de sus vidas, procesaron judicialmente a éstos como si ellos mismos hubieran sido las partes injuriadas. El caso fue remitido al procónsul, quien, mostrándose personalmente rígido e implacable, ordenó que también su maestro fuera arrestado, y que todos los acusados fueran puestos en cadenas, como hombres encarcelados por una acusación de asesinato. Parece, no obstante que, para ser romano, el procónsul no era un hombre falto de educación, ni había sido criado de una manera agreste y ruda. En consecuencia, Juliano estaba en el tribunal, como se le había ordenado, y Apsines estaba también allí, no obedeciendo a orden ninguna, sino para ayudar a la causa de los querellantes. Ahora bien, todo está

---

[97] Las luchas de facciones de los sofistas y de sus discípulos son mencionadas con frecuencia por Libanio; véase, por ejemplo, también Himerio, *Discurso* IV, 9, y *Discurso* XIX, que está dirigido a aquellos discípulos que se hallan tan ocupados con estos choques y encuentros que llegan a descuidar asistir a sus lecciones. El incidente que describe aquí Eunapio con tan vivido interés había ocurrido setenta años antes de que él escribiera las *Vidas*.

[98] La expresión "violencia espartana", "Laconica manus", era en apariencia un proverbio corriente; sin embargo, aquí existe posiblemente una alusión a la nacionalidad de Apsines.

a punto para escuchar la causa, y se permitió a los querellantes que entraran. El cabecilla de la turbulenta y alborotadora facción espartana era un tal Temístocles, ateniense, que era de hecho el responsable de todo el alboroto, ya que era un joven atolondrado y rebelde, una desgracia para su famoso nombre. El procónsul al pronto miró con mirada feroz a Apsines, y dijo:

—¿Quién te ordenó a ti venir acá?

El replicó que había ido porque se sentía preocupado por sus muchachos. El magistrado se calló su propia y real opinión y no dijo nada más; y luego los prisioneros que habían sido tratados tan injustamente acudieron a su vez a presencia del tribunal, y con ellos su maestro. Sus cabellos estaban sin cortar y se hallaban en una gran aflicción física, de manera que aun para el juez constituían ellos un espectáculo digno de compasión. Entonces se permitió a los querellantes que hablaran, y Apsines comenzó a pronunciar un discurso, pero el procónsul le interrumpió y le dijo:

—Este procedimiento no es aprobado por los romanos. El que pronunció el discruso para el incoamiento del proceso en la primera audición de la causa debe probar su suerte también en la segunda.

No había entonces nada de tiempo para prepararse a causa de lo repentino de la decisión. Ahora bien, Temístocles había hecho anteriormente el discurso para la iniciación de la causa, pero en este momento, al verse obligado a hablar, cambió de color, se mordió los labios en la mayor turbación, miró furtivamente hacia sus

camaradas y los consultó cuchicheando sobre qué era lo mejor que podía hacer. Pues ellos habían acudido al tribunal preparados solamente para saltar y aplaudir con gran vocerío el discurso de su maestro en favor de ellos. En consecuencia, reinaba un profundo silencio y una gran confusión, un silencio general en el tribunal y una gran confusión en las filas de los acusadores. Entonces Juliano, en voz baja y digna de lástima, dijo:

—Permite, pues, que hable yo.

Pero a esto exclamó el procónsul:

—No, ninguno de vosotros pleiteará, vosotros, los maestros, que habéis venido con vuestros discursos preparados, ni ninguno de vuestros discípulos aplaudirá al que hable; antes bien vais a aprender inmediatamente cuán perfecta y cuán pura es la justicia que aplican los romanos. Primero que Temístocles acabe su discurso de acusación, y luego aquel a quien tú consideres mejor hablará por la defensa.

Sin embargo, ninguno de los querellantes abrió la boca, y Temístocles resultó un escándalo y una desgracia para su gran nombre. Cuando, en vista de ello, el procónsul ordenó que cualquiera que pudiera hacerlo respondiera al primer discurso de la acusación, Juliano el sofista dijo:

—Oh procónsul, en tu suprema justicia has transformado a Apsines en un Pitágoras, que tardía pero muy propiamente ha aprendido cómo hay que guardar silencio; pues Pitágoras hace ya mucho —como bien sabéis— enseñó a sus discípulos la manera pitagórica o a "pitagorizar". Pero, si

tú permites que uno de mis discípulos haga nuestra defensa, da orden de que Proairesios sea liberado de sus ataduras, y juzgarás por ti mismo sobre si yo le he enseñado la manera ática o la pitagórica.

El procónsul accedió a su requisitoria muy graciosamente, como Tuscianós,[99] que se hallaba presente en el juicio, refirió al autor, y Proairesios se adelantó desde las filas de los acusados sin sus grilletes y se presentó ante todos, luego que su maestro le hubo mandado salir, no con voz fuerte y penetrante, como la que emplean los que exhortan e incitan a los atletas a luchar por una guirnalda, sino con acentos más penetrantes aún, diciendo:

—¡Habla, Proairesios! ¡Ahora es el momento de hacer un discurso!

Comenzó él por un exordio, del que Tuscianós no se acordaba exactamente, aunque me dijo su tono. Este siguió adelante y pronto se fue deslizando a un relato digno de conmiseración de sus sufrimientos, e introdujo en él un elogio de su maestro. En este proemio él solamente dejó caer una alusión a una acusación, cuando insistió en cuán precipitada había sido la autoridad proconsular, puesto que ni aun después de una prueba suficiente de su culpabilidad era admisible que ellos tuvieran que soportar y sufrir un trato de aquella clase. Ante esto el procónsul movió la cabeza, y quedó lleno de admiración hacia la

[99] Tuscianós, que debió ser ya muy anciano cuando Eunapio lo conoció, fue corresponsal de Libanio; desempeñó varios cargos en el Oriente y fue durante un cierto tiempo colega de Anatolio en el gobierno del Ilírico.

fuerza de sus argumentos, la gravedad de su estilo, y su sonora y fácil elocuencia. Mientras tanto todos ellos deseaban aplaudir, pero se estaban sentados como si una señal del cielo les prohibiera hacer tal cosa, y un místico silencio invadía el lugar. Luego alargó su discurso en un segundo proemio, que es como sigue, pues Tuscianós se acordaba de esta parte:

—Si, pues, los hombres pueden cometer impunemente cualquier injusticia, formular acusaciones y conseguir se les dé crédito en lo que dicen antes de ser oída la defensa, ¡sea así! ¡Que nuestra ciudad sea esclava de Temístocles!

Entonces el procónsul se levantó de su sitial y, agitando su vestidura rodeada de púrpura —los romanos la llaman "tébennos"—[100], este austero e inexorable juez aplaudió a Proairesios como un muchacho de escuela. El propio Apsines se unió al aplauso, no de manera espontánea, sino porque no hay posibilidad de luchar contra la necesidad. Juliano, su maestro, tan sólo pudo llorar. El procónsul ordenó que todos los acusados y solamente el maestro de los acusadores se retiraran, y luego, tomando aparte a Temístocles y a sus espartanos, les hizo recordar por la fuerza los látigos usuales en Lacedemonia y añadió además la clase de látigo en boga entonces en Atenas. El propio Juliano obtuvo una gran reputación por su elocuencia personal y también por la fama de sus discípulos, y cuando él murió en

---

[100] Eunapio da aquí el término griego que empleaban los romanos para traducir su "toga" o "trabea". Para el gesto o ademán como signo de aprobación, ver *Filóstrato, Vidas de los sofistas* —Heliodoro—.

Atenas dejó a sus discípulos una gran ocasión para competir por su oración fúnebre.[101]

De *Proairesios* he dicho ya bastante en la narración que precede más arriba y he presentado su vida con mayor plenitud de detalles todavía en mis comentarios históricos. Sin embargo, es conveniente que aquí y ahora insistamos en los hechos con más precisión, supuesto que tengo sobre él un conocimiento libre de todo error y fui admitido a conversar y a recibir sus enseñanzas. Y esto es un privilegio muy grande, y posee un gran poder para excitar la gratitud debida a un maestro; con todo, aun esta gratitud inmensa e inexpresable se queda muy corta respecto de lo que el autor debe a Proairesios por su amistad íntima. El autor de este libro había ido de Asia a Europa y a Atenas a los dieciséis años de su edad. Ahora bien, Proairesios había llegado a sus ochenta y siete años, como él mismo afirmaba. En esta tan avanzada edad su pelo era crespo y muy espeso, y a causa del número de sus canas parecía tener un baño de plata y se asemejaba a la espuma marina. Su capacidad y fuerza oratorias eran tan vigorosas, y él sostenía su cuerpo gastado de tal forma por la juventud de su alma que el escritor de esta obra lo miraba como a un ser sin edad e inmortal, y lo escuchaba como hubiera podido hacerlo con un dios que se le hubiera revelado por sí mismo sin ser llamado y sin ninguna ceremonia. Ahora bien, sucedió que el escritor llegó al Pireo alrededor de la primera guardia, y durante el viaje había sido atacado por una fiebre furiosa; y muchas otras personas,

---

[101] Tal vez sea esto un eco de las palabras de Alejandro al morir, que llegaron a convertirse en proverbio; Diodoro Siculo, XVII, 117; Arriano, VII, 26; Plutarco, *Apophtegmata*, 181 e.

emparentadas con él, habían hecho la travesía con él. A esta hora de la noche, antes de que se produjera ninguna de las escenas habituales [102] —pues la nave pertenecía a Atenas y muchos solían esperar su llegada en el muelle, locamente entusiasmados cada uno con su propia escuela— el capitán se dirigió directamente a Atenas. El resto de los pasajeros iba caminando, y el escritor, demasiado debilitado para caminar, era sin embargo llevado por turnos por los demás, y así fue trasladado hasta la ciudad. Era en aquel momento medianoche cerrada, en la estación en que el sol va haciendo más largas las noches al irse alejando hacia el Sur; había entrado, en efecto, en el signo de Libra,[103] y las guardias [104] nocturnas eran largas. El capitán, que era un antiguo amigo y huésped de Proairesios, golpeó su puerta y acomodó dentro toda esta multitud de discípulos, tan numerosa de hecho que, en un tiempo en que se trababan batallas para conseguir tan sólo uno o dos discípulos, los recién llegados parecían en sí mismos suficientes para dotar de guarniciones a todas las escuelas de sofistas.

Algunos de estos jóvenes se distinguían por su fortaleza física, otros tenían bolsas más abulta-

---

[102] Es esto una alusión a la competencia y rivalidad que surgía entre los discípulos que estaban al acecho de los recién llegados y los arrastraban a sus propios sofistas. Aquí el capitán del navío procura llevárselos todos a Proairesios.

[103] Es decir, era el equinoccio de Otoño.

[104] El sentido exacto del término es dudoso, ya que sólo aparece aquí. Wilmer Cave Wright, en su edición de Eunapio —Loeb, Heinemann, Londres, 1959—, dice que el término podría significar aquí "alojamiento por una noche": en tal caso el significado de la frase sería el de que quedarse en una posada en el Pireo supondría un retraso en sus planes.

das, mientras que los demás estaban sólo moderadamente dotados. El autor, que se hallaba en un estado lastimoso, poseía de memoria la mayor parte de las obras de los escritores antiguos, su única propiedad.[105] Inmediatamente se produjo un gran regocijo en la casa, y hombres y mujeres por igual corrían de una parte a otra, unos riendo, otros cambiándose bromas. Proairesios a estas horas de la noche envió a buscar a unos parientes suyos y les mandó tomar consigo a los recién llegados. El mismo era natural de Armenia, es decir, era oriundo de esa parte de Armenia que más de cerca limita con Persia, y esos parientes suyos se llamaban Anatolio y Máximo. Ellos dieron la bienvenida a los recién llegados, y los condujeron a las casas de los vecinos y a los baños, y los exhibieron de todas las maneras posibles; y los demás estudiantes hicieron las demostraciones habituales con chistes y risas a costa suya.[106] Los demás, una vez hubieron estado en los baños, fueron dejados a su cuenta y fueron por su camino, pero el escritor, dado que su enfermedad se iba haciendo más grave, iba decayendo sin ver a Proairesios o Atenas, y todo lo que él tanto deseara parecía haber sido solamente un sueño. Mientras tanto, sus propios parientes y los que habían venido de Lidia estaban grandemente inquietos; y, como

[105] Otros editores entienden el "solo" griego —que traducimos por "su única propiedad" siguiendo a Wright— tiene un valor de autodepredación, es decir, que Eunapio podía recitar estas obras tan sólo, pero no las entendía. Pero casi siempre que utiliza la expresión "de memoria" al mismo tiempo, Eunapio implica en su frase una alabanza.

[106] Esto formaba parte de las "novatadas" o "bromas" corrientes que los nuevos discípulos tenían que aguantar de los más antiguos, y que describen Libanio y otros; ver Gregorio Nacianceno, *Discurso* XIX, 328 b.

todos los hombres se sienten inclinados a atribuir mayor talento a los que nos dejan en la flor de su juventud, dijeron muchas sorprendentes falsedades acerca de él, y como conspiradores inventaron prodigiosas fábulas, de forma que toda la ciudad quedó dominada por una pesadumbre extraordinaria, como ante alguna gran calamidad.

Pero un tal Esquines, no ateniense, ya que había nacido en Quíos, que había quitado la vida a muchos, no solamente a aquellos a quienes había intentado curar, sino también de aquellos a quienes simplemente había mirado, gritó en medio de mis apenados amigos, como se supo más tarde:

—Ea, permitidme que dé una medicina al cadáver.

Y así ellos dieron permiso a Esquines para dar muerte a los que estaban ya muertos también. Entonces él mantuvo mis labios separados con ciertos instrumentos y vertió en ellos un medicamento; qué era aquello lo reveló él luego, y la divinidad dio testimonio de ello muchos años más tarde; en todo caso vertió la pócima ésa, y el estómago del paciente quedó de pronto purgado, abrió sus ojos a la luz y reconoció a los suyos. De esta manera Esquines, por medio de sólo este hecho, sepultó sus errores pasados y fue respetado por aquel a quien había librado de la muerte y por los que se habían alegrado de tal recuperación. Por tan gran hazaña fue venerado por todos y luego se marchó a Quíos, esperando solamente el tiempo suficiente para dar al paciente más cantidad de aquella fuerte medicina para que él recuperara su fuerza; y de esta

manera el que había sido salvado se convirtió en amigo íntimo del que lo había salvado.

Ahora bien, el divino Proairesios no había visto aún al autor, sino que también él se había apesadumbrado por él como si ya estuviera muerto, y cuando se le dio la noticia de su inesperada e inaudita recuperación envió a buscar a los mejores y más distinguidos de sus discípulos y a los que habían demostrado la fuerza de sus músculos, y les dijo:

—Yo estaba preocupado por este muchacho que se ha recuperado, aun cuando todavía no lo he visto; no obstante, yo me apené cuando estaba a punto de morir. Ahora, si queréis hacerme un favor, iniciadlo en el baño público, pero evitad toda molestia y toda broma, y tratadlo dulcemente como si él fuera mi propio hijo.

Así se llevó a cabo, y una explicación más amplia de ello se dará cuando el autor describa los tiempos en que vivió Proairesios.

Sin embargo, aun cuando el autor afirma que todo lo que sucedía a Proairesios estaba dirigido por una cierta providencia divina, no se apartará, en su afecto hacia el hombre, de ninguna manera de la más pura verdad sobre él, ya que la afirmación de Platón es indudable y segura, a saber, que, para los dioses y para los hombres por igual, la verdad es el guía que lleva a todo bien [107]

La belleza física de Proairesios —pues mi narra-

[107] Platón, *Leyes*, V, 730 c, citado por Juliano en *Discurso*, VI 188 b.

ción debe volver ahora a él— era tan impresionante, aun a pesar de que él era en aquel momento un anciano, que se podía muy bien dudar de si alguien había sido nunca tan bello, aun en la flor de la juventud, y sorprendía también que en un cuerpo tan alto como el suyo el poder de la belleza bastara para modelar una figura tan admirable en todos los aspectos. Su altura era mayor de lo que nadie podía sentirse inclinado a creer; de hecho difícilmente se podía conjeturar de manera correcta. Parecía, en efecto, alcanzar nueve pies de altura, de forma que parecía como un coloso cuando uno lo veía cerca de los hombres más altos de su tiempo. Cuando era joven, el destino lo forzó a abandonar Armenia y lo trasladó a Antioquía. No deseó visitar Atenas inmediatamente, puesto que se veía impedido de hacerlo por falta de medios; pues tenía poca suerte en este aspecto, aun cuando había nacido en una buena familia. En Antioquía corrió a toda prisa a Ulpiano,[108] que era el principal maestro de retórica allí y, a su llegada, muy pronto se situó entre los más aventajados discípulos. Cuando hubo estudiado largo tiempo con Ulpiano, emprendió su viaje a Atenas y a Juliano con las más grande decisión, y nuevamente en Atenas ocupó el primer lugar. Lo acompañaba Hefaistíon, y ambos fueron amigos íntimos y fieles, que rivalizaron uno con otro en su pobreza, de la misma manera que eran rivales para los grandes honores de la retórica. Por ejemplo, poseían entre los dos solamente una capa y un manto raído y nada más, y —según dicen— tres o cuatro mantas que con el correr del tiempo habían perdido su color original y también su

[108] No es éste el famoso jurista, sino un sofista que vivió bajo el reinado de Constantino.

grosor. Su único recurso era, pues, el de ser dos hombres en uno, a la manera en que los mitos dicen que Gerión estaba formado por tres cuerpos; también así estos estudiantes eran dos en uno. En efecto: cuando Proairesios aparecía en público, Hefaistíon permanecía invisible y se estaba en la cama bajo las mantas, estudiando al mismo tiempo el arte de la retórica. Proairesios hacía otro tanto cuando Hefaistíon aparecía en público. Tal era la pobreza en que vivían ambos.

Sin embargo, el alma de Juliano se mostraba más inclinada hacia Proairesios, sus oídos estaban alerta para escucharlo, y estaba impresionado por la nobleza de su genio. Y, cuando Juliano hubo muerto y Atenas deseaba elegir un sucesor de igual capacidad para enseñar retórica, muchos otros presentaron sus nombres para esta influyente cátedra de sofística, tantos que sería tedioso consignarlos. Pero, según los votos de todos, fueron aprobados y seleccionados Proairesios, Hefaistíon, Epifanio y Diofanto. A ellos se añadió también Sópolis, procedente de una categoría de hombres de ningún prestigio, antes solamente suplementaria y menospreciada; y también un tal Parnasio, de un rango todavía inferior. Pues, según la ley romana, tenía que haber en Atenas mucha gente que diera lecciones y muchos que asistieran a ellas.

Ahora bien, una vez éstos hubieron sido elegidos, los más humildes eran sofistas tan sólo de nombre, y su influencia quedó limitada a las paredes de sus salas de lecciones y a la tarima en que ellos se mostraban. Pero la ciudad en seguida tomó posiciones al lado de los más influyentes, y no solamente la ciudad, sino también todas las naciones que estaban bajo el gobierno de

Roma, y sus disputas no se referían solamente a la oratoria, ya que peleaban por mantener el crédito de todas las naciones en cuanto al talento oratorio. Así el Este [109] vino a ser como la heredad de Epifanios; a Diofanto se le adjudicó Arabia, mientras que Hefaistíon, intimidado por Proairesios, abandonó Atenas y la compañía de los hombres; por su parte, todo el Ponto y los pueblos vecinos enviaron discípulos a Proairesios, llenos de admiración hacia aquel hombre, como si fuera una maravilla producida por su propio país. Otro tanto hicieron Bitinia y el Helesponto, y toda la región que se extiende más allá de Lidia a través de lo que actualmente se llama Asia, hasta Caria y Licia, y está limitada por Panfilia y el Tauros. Asimismo, todo el Egipto pasó a ser propiedad suya en exclusiva y estuvo bajo su dominio como profesor de retórica, y también el país que se extiende más allá de Egipto hacia Libia, y es el límite de las partes conocidas y habitadas. Todo esto, sin embargo, lo he afirmado así en términos sumamente genéricos, pues, hablando con más precisión, había unos pocos estudiantes que constituían excepciones en esas divisiones nacionales, bien porque hubieran emigrado de un maestro a otro, o bien porque a veces alguno hubiera podido sentirse engañado y hubiera acudido a un maestro distinto del que había buscado o pretendido.

Ahora bien, a raíz del genio extraordinario de Proairesios surgió una querella tremenda y violenta, y la facción formada por todos los demás sofistas hasta tal punto llevó la ventaja que lo desterraron de Atenas, sobornando al procónsul;

---

[109] Es decir, Mesopotamia y Siria.

y así ellos mismos ejercieron el dominio sobre todo lo referente a la oratoria. Pero, después de ser enviado al exilio, y eso en la más extremada pobreza, regresó de nuevo igual que Pisístrato. Sólo que el último tenía riquezas que lo ayudaban, mientras que a Proairesios le fue suficiente su elocuencia, de la misma manera que en Homero Hermes escoltó a Príamo hasta la tienda de Aquiles, a pesar de hallarse ésta en medio de los enemigos.

También la buena suerte acudió en su ayuda colocando al frente de los asuntos un procónsul que se llenó de indignación ante el relato de lo que había tenido lugar. De esta manera, como dice el proverbio, "las cabezas pasaron a ser colas",[110] y con el permiso del emperador volvió a Atenas desde el destierro; inmediatamente, sus enemigos por segunda vez se enroscaron y retorcieron, y levantaron sus cabezas para atacarlo, tramando otras trampas e invenciones contra él para el futuro. Ellos andaban personalmente ocupados en estas conjuraciones, pero mientras tanto sus amigos se habían adelantado e iban allanando el camino de su regreso, y cuando Proairesios regresó —una narración exacta de todo me fue dada a mí por un testigo ocular, Tuscianós de Lidia, que hubiera sido un Proairesios, de no haber existido Proairesios— cuando, pues, éste regresó, como un Ulises que volvía a casa después de una larga ausencia, encontró a pocos de sus amigos salvos y sanos —entre ellos estaba Tuscianós— y éstos se preocupaban por él y miraban por él después de tan increíble mila-

[110] Proverbio utilizado por Platón, *Fedro*, 241 b, y derivado del juego llamado "ostrakinda", probablemente el "tejuelo".

gro. Lleno de buenas esperanzas al encontrarlos allí, dijo:

—Esperemos a que llegue el procónsul.

Este último llegó más pronto de lo que se pudo creer posible. A su llegada a Atenas convocó una reunión de los sofistas y por este medio redujo a suma confusión todos sus planes. Ellos se reunieron lentamente y de mala gana y, puesto que tenían que obedecer a la voz de la necesidad, discutieron, cada uno según su capacidad, ciertas cuestiones que les fueron propuestas, y recibían el aplauso de las personas que habían sido instruidas por ellos y que habían sido invitadas con aquel fin. Luego la reunión se interrumpió y los amigos de Proairesios se sintieron desalentados.

Pero el procónsul los citó por segunda vez, como para concederles honores, ordenó que todos ellos quedaran detenidos, y repentinamente mandó entrar a Proairesios. Así, pues, ellos llegaron sin saber lo que iba a suceder.

El procónsul, empero, dijo con voz fuerte:

—Deseo proponeros un tema a todos vosotros, y oíros a todos declamar sobre él en este mismo día. Proairesios hablará también, o bien después de vosotros, o en el orden que os plazca.

Cuando ellos abiertamente se opusieron a ello y, después de mucha consideración y esfuerzo, citaron la célebre frase de Arístides —pues ninguno de ellos era capaz de decir nunca nada original o propio— diciendo que ellos no tenían por costumbre "vomitar, sino elaborar todos y cada

uno de los temas",[111] el procónsul exclamó de nuevo con fuerte voz:

—¡Habla, Proairesios!

Entonces, desde su asiento, el sofista pronunció primero un gracioso preludio a manera de discurso preliminar, en el cual ensalzó la grandeza de la elocuencia improvisada, y luego, con la más plena confianza, suscitó su discusión formal. El procónsul estaba ya dispuesto a proponer una definición para el tema, pero Proairesios volvió hacia atrás su cabeza y miró en torno de sí todo el teatro. Y, cuando vio que sus enemigos eran muchos mientras que sus amigos eran pocos y estaban procurando pasar inadvertidos, se sintió naturalmente un tanto desmoralizado. Pero, en cuanto su divinidad protectora comenzó a calentarlo para el trabajo y a ayudarlo defendiendo su causa, él examinó de nuevo la escena, y vio en la última fila del auditorio, ocultándose a sí mismos en sus mantos, a dos hombres, veteranos ya en el servicio de la retórica, a cuyas manos había él recibido el peor de todos los tratos, y exclamó con voz fuerte:

—¡Oh, dioses! ¡Ahí están esos hombres honorables y sabios! Procónsul, ordénales que me propongan a mí un tema. Entonces lleguen tal vez a convencerte de que se han conducido de manera impía.

Estos hombres, empero, al oír esto, se escabulleron furtivamente hacia abajo y se metieron entre

---

[111] Este dicho de Arístides es citado por Filóstrato, *Vidas de los sofistas*, 9 —*Arístides*—, y se convirtió luego en proverbio.

la muchedumbre que estaba sentada allí y obraron lo mejor que supieron para evitar ser descubiertos. Pero el procónsul envió a algunos de sus soldados y los hizo llevar a la vista de todos. Después de una breve especie de exhortación, les intimó que propusieran un tema que implicara la definición precisa de los términos.[112] Entonces, después de considerar durante un breve lapso y consultar uno con otro, ellos presentaron el más difícil y desagradable tema de que tenían noticia, un tema vulgar, por lo demás, que no daba pie en modo alguno a la exhibición de una buena retórica. Proairesios miró hacia ellos ferozmente, y dijo al procónsul:

—Te imploro que me concedas unas peticiones justas que voy a hacer antes de esta disputa.

Al responder éste que Proairesios no dejaría de tener lo que fuera justo y equitativo, este último dijo:

—Pido que se me asignen escritores taquígrafos[113] y que se coloquen en el centro del teatro; me refiero a esos hombres que cada día toman nota de las palabras de Temis,[114] pero que hoy se van a consagrar a registrar lo que yo tengo que decir.

---

[112] Hermógenes, *Sobre la invención*, III, 13, presenta cinco especies de "definición"; la especie de argumentación que se requería para cada especie de definición era algo ya elaborado y de carácter técnico, y formaba parte de la exposición del caso, la "constitutio definitiva": ver Quintiliano, VII, 3.

[113] Literalmente "escribientes rápidos", llamados otras veces con la forma unificada "taquygrafoi" o taquígrafos.

[114] La diosa de la justicia y los tribunales.

El procónsul dio su permiso para que los escribientes más expertos acudieran allí, y se colocaron a uno y otro lado de Proairesios dispuestos a escribir, pero nadie sabía qué era lo que pretendía hacer. Entonces dijo:

—Voy a pedir algo todavía más difícil de conceder.

Se le dijo que formulara el nombre de tal cosa, y dijo:

—No tiene que oírse absolutamente ningún aplauso.

Cuando el procónsul hubo dado a todos los presentes la orden de observar tal cosa bajo la amenaza de los más severos castigos, Proairesios comenzó su discurso con un flujo de elocuencia, redondeando cada período con una frase sonora, mientras que el auditorio, que forzosamente guardaba un silencio pitagórico, en su estupor y admiración rompió sus frenos y de desbordó en murmullos y suspiros. A medida que el discurso se fue haciendo más vehemente y el orador se remontaba a alturas que la mente del hombre no podría describir o imaginar, pasó a la segunda parte del discurso y completó la exposición del tema. Pero entonces, saltando repentinamente en el aire como una persona inspirada, abandonó la parte restante, la dejó sin defender, y desvió el caudal de su elocuencia a defender la hipótesis contraria. Los escribientes apenas podían seguir su marcha, el auditorio apenas podía soportar el mantenerse callado, mientras la poderosa corriente de palabras seguía fluyendo. Luego, volviendo su rostro hacia los escribientes, dijo:

—Observad cuidadosamente si me acuerdo de todos los argumentos que he usado anteriormente.

Y, sin olvidar ni una sola palabra, comenzó a declamar el mismo discurso por segunda vez. Ante esto el procónsul no observó sus propias normas, ni el auditorio tuvo en cuenta las amenazas del magistrado. Pues todos los que estaban presentes lamieron el pecho del sofista como si fuera la estatua de algún dios; algunos le besaron los pies, otros las manos, y otros declararon que era un dios o el mismo arquetipo de Hermes, el dios de la elocuencia.[115]

Sus adversarios, por otra parte, yacían en el polvo, comidos por la envidia, aun cuando algunos de ellos, incluso desde el lugar mismo en que se hallaban, no pudieron reprimirse de aplaudir; pero el procónsul, con toda su guardia personal y los notables lo escoltaron desde el teatro. Después de esto, nadie se atrevió a hablar contra él, antes bien, como si todos hubieran sido heridos por un rayo, admitieron que él les era superior.

No obstante, algún tiempo más tarde ellos se recuperaron, igual que las cabezas de la hidra, volvieron a sus disposiciones naturales y levantaron sus cabezas; así pusieron a prueba a algunos de los hombres más poderosos de la ciudad por medio de costosos banquetes y de finas y hábiles sirvientes, de la misma manera que lo hacen los reyes cuando han sido derrotados en una regular batalla campal y, en sus dificultades, son

[115] Esta frase, utilizada por vez primera por Arístides para describir a Demóstenes, se convirtió luego en un tópico sofístico; ver Juliano, *Discurso* VII, 237 c.

arrastrados a las más extremas medidas, de forma que recurren a las fuerzas armadas a la ligera y a los honderos, tropas que no llevan armadura pesada y que constituyen sus reservas de inferior calidad; pues, si bien no daban antes ningún valor a estas tropas, en este momento se ven obligados a hacerlo. Exactamente así estos sofistas, huyendo llenos de pánico a los aliados de esta índole que podían reclutar, tramaron sus conjuraciones, vergonzosas en verdad, pero los hombres no eran como para ser objeto de envidia, cuando uno se ama a sí mismo de una manera equivocada. En todo caso, ellos tuvieron una multitud de partidarios, y la conjuración seguía su marcha, de forma que ellos podían contar con el éxito. Sin embargo, el genio de Proairesios parecía ejercer una especie de tiranía sobre los espíritus de los hombres, y el poder de su elocuencia parecía gozar de una extraordinaria buena suerte. Pues o bien todos los hombres inteligentes lo escogían como a maestro suyo; o bien los que habían asistido a su escuela inmediatamente se volvían inteligentes, por el hecho de haber escogido a Proairesios.

Ahora bien, por ese tiempo la muchedumbre que se agolpaba en la corte imperial produjo un hombre que deseaba apasionadamente la fama y la elocuencia. Procedía de la ciudad de Berytós y se llamaba Anatolio.[116] Los que le tenían envidia lo apodaban Azutríon,[117] ¡y qué es lo

[116] Himerio dirige una alocución, *Égloga* 32, a este Anatolio, el prefecto del Ilírico; éste visitó Atenas sobre el año 345.

[117] No es posible encontrar ninguna explicación de este nombre. Estos apodos se hicieron muy comunes durante el siglo IV d. de C., y la costumbre se impuso de tal manera que en el siglo VI son casi todos sobrenombres y de uso regular.

que este nombre significa se lo dejo yo a esta infeliz banda de enmascarados para que lo determine! Pero Anatolio, que deseaba la fama y la elocuencia, llevó a cabo las dos cosas. Primero, en efecto, consiguió distinguirse en sumo grado en la llamada ciencia de la ley, cosa muy natural, ya que su lugar de nacimiento era Berytós, la madre adoptiva de todos estos estudios.[118] Luego él viajó hasta Roma donde, dado que su sabiduría y su elocuencia eran de gran categoría y peso, se abrió camino hacia la corte. Ahí consiguió muy pronto la más alta categoría y, después de desempeñar todos los cargos elevados y obtener una gran fama en muchas posiciones oficiales —y a decir verdad hasta sus mismos enemigos lo admiraban— finalmente llegó al grado de prefecto del pretorio, magistratura que, aun cuando carece de la púrpura imperial, ejerce con todo el poder imperial.

Había alcanzado en este momento una suerte que estaba de acuerdo con sus elevadas ambiciones —pues se le había asignado la región llamada Ilírico— y dado que era piadoso en sus ofrendas de sacrificios a los dioses y especialmente aficionado a los estudios griegos, a pesar de que la corriente predominante se encauzaba en otras direcciones, en lugar de escoger, como podría haber hecho, visitar los lugares más importantes de su dominio y administrarlo todo según le pluguiera, se sintió dominado, como por una especie de dorada locura, por el deseo de ver Grecia y, apoyado por su distinguida reputación, con-

[118] Berytós —Beirut— era, como describe Libanio, famosa por su escuela de derecho romano. Cuando los jóvenes comenzaron a afluir a este lugar en vez de acudir a los sofistas griegos, la decadencia de las letras griegas se hizo va inevitable.

vertir en realidades las simples imágenes de elocuencia derivadas de su saber, y ver por sí mismo qué había sido un concepto intelectual, trasmitido por medio de una presentación de elocuencia tal como podían darla los antiguos escritos. Así, pues, acudió apresuradamente a Grecia.

Además, envió de antemano a los sofistas un cierto problema[119] para que ellos lo consideraran, y mandó que todos ellos se ejercitaran en hablar públicamente sobre este mismo problema. Todos los griegos se maravillaron de él cuando oyeron hablar de su sabiduría y su ciencia, y de que él era inflexiblemente recto e incorruptible. Luego se pusieron personalmente a considerar este problema y maquinaban cada día la manera de mostrarse cada uno más listo que el otro. No obstante, como la necesidad los compelía a ello, se reunieron todos y, después de presentar muchas teorías opuestas entre sí en cuanto a lo que se llama la constitución del problema —el autor nunca conoció nada tan ridículo como este problema— se hallaron en completo desacuerdo unos y otros, puesto que cada hombre en su vanidad alababa su propia teoría y la mantenía celosamente en presencia de los estudiantes. Pero, como Anatolio encaminándose a Grecia era más temible que la famosa expedición persa, esa historia tantas veces contada, y el peligro no se encaraba con todos los griegos, sino que miraba a los sofistas cara a cara, todos los demás —entre los que se contaba un tal Himerio, un sofista procedente de Bitinia: el autor lo conoció solamente por sus escritos— trabajaban y no escati-

[119] O bien "proposición" —"quaestio" en latín—.

maban penalidades ni esfuerzos, estudiando todos la constitución del tema que él había aprobado.

•

En esta situación crítica, Proairesios, que confiaba en su genio, los ofendió profundamente porque ni manifestó ambición, ni hizo pública su teoría secreta. Pero en este momento Anatolio estaba ya allí y había hecho su entrada en Atenas. Una vez él, con gran valentía, hubo ofrecido sacrificios [120] y visitado formalmente todos los templos, como el mandamiento divino ordenaba, invitó a los sofistas a la competición. Cuando se hallaron en su presencia todos y cada uno se pelearon por ser los primeros en hablar; ¡tan inclinado al amor de sí mismo es el hombre! Pero Anatolio se rio de los muchachos discípulos que los estaban aplaudiendo y sintió compasión de los padres, cuyos hijos estaban siendo educados por tales hombres. Luego llamó él a Proairesios, que era el único que quedaba. Ahora bien, éste había cultivado el trato de uno de los amigos de Anatolio que conocía todas las circunstancias y había aprendido de él la constitución del tema que Anatolio aprobara. —Esto es lo que el autor llamó ridículo en lo que dijo más arriba—. Y, aun cuando el tema no merecía ninguna consideración y no era justo que prevaleciera el punto de vista de Anatolio, sin embargo Proairesios, cuando fue pronunciado su nombre, obedeció prontamente a la invitación y modeló su disputa sobre la constitución del tema que he mencionado, y su argumentación fue tan capaz y tan elegante que Anatolio saltó de su

[120] Era éste realmente un acto valeroso porque en el trono había emperadores cristianos, Constancio y Constante.

silla, el auditorio prorrumpió en aplausos hasta estallar, y todo el mundo lo miraba allí como a un ser divino.

En consecuencia, Anatolio le mostró abiertamente un especial honor, aun cuando difícilmente admitía a los demás a su mesa. El mismo era un sofista cabal en conversaciones de sobremesa y en temas adecuados para simposion; de aquí que su simposion fuera una fiesta de la razón y de la conversación instruida.

Todo esto, empero, ocurrió hace ya muchos años, y por ello mismo el autor ha sido muy cuidadoso en su relato de lo que supo por tradición oral. Anatolio sintió asimismo una gran admiración por Milesio, un hombre que fue a Jonia procedente de Esmirna. Aun cuando la suerte lo había dotado de los mayores talentos, él se abandonó a una vida falta de ambiciones y ociosa, frecuentó los templos, descuidó el contraer matrimonio y cultivó toda clase de poesía y lirismo, así como todo tipo de composición que goza del favor de las Gracias. Por estos medios se granjeó el favor de Anatolio, de modo que éste llamaba de hecho al hombre una "Musa". Pero él solía llamar a los problemas suscitados por el sofista Epifanio "Análisis",[121] mofándose de esta manera de la trivialidad y pedante exactitud de este maestro. Satirizó a todos los sofistas por sus desacuerdos sobre la constitución o posición de un tema,[122] y dijo:

---

[121] O "subdivisiones" —"partitiones" en latín—, es decir, disposición y ordenación del lenguaje en capítulos.

[122] El exacto significado del término "stásis", constitución o planteamiento, como término retórico es discutido por los retóricos, en especial por Hermógenes. Ver Quintiliano, III, 6, donde

—De haber habido más de trece sofistas profesionales, sin duda ellos hubieran inventado más "*constituciones o planteamientos*" todavía, a fin de hablar sobre un único problema desde todos los ángulos distintos que fuera posible.

Proairesios era el único y solo sofista de entre todos ellos a quien él sinceramente admiraba. Ahora bien, sucedió que no mucho antes Proairesios había sido llamado a las provincias gálicas por Constante, que tenía entonces el poder imperial, y de tal manera se impuso a Constante que éste lo sentó a su mesa junto con aquellos a quienes más honraba. Y todos los habitantes de este país que no podían llegar a una completa intelección de sus lecciones y admirar así los secretos más íntimos de su alma, transfirieron su sorpresa y su admiración a lo que podían ver claramente ante sus propios ojos, y se quedaban llenos de estupor ante su belleza física y su gran estatura, mientras que miraban a él con la cabeza levantada con gran esfuerzo, como para contemplar alguna estatua o coloso: hasta tal punto excedía él de la medida del hombre en todos los aspectos.[123] Además, cuando observaron su abstinencia y contención, creyeron que era un hombre sin pasiones y hecho de hierro; cubierto, en efecto, con un manto raído y descalzo,[123 bis] miraba los inviernos de la Galia como un exceso

---

dice que el término equivale a los latinos "quaestio, constitutio, status". De una manera aproximada, diríamos que es el "punto de vista" o la "posición" adoptada por el que habla cuando define su caso.

[123] Aquí Eunapio parece imitar a Filóstrato, *Vida de Adriano*, donde se dice que este sofista producía un efecto similar sobre los auditorios que no conocían a ningún griego.

[123 bis] Esto puede ser una influencia de la descripción platónica de Sócrates en *Symposion*, 220 a/b.

de molicie, y bebía el agua del Rin cuando estaba casi helada; en realidad vivió toda su vida de esta manera, y no se sabía de él que nunca hubiera probado una bebida caliente.

En consecuencia, Constante lo envió a la poderosa Roma, porque ambicionaba hacer ver cuán grandes eran los hombres sobre quienes gobernaba. Pero tan totalmente superó él el tipo humano ordinario que ellos no pudieron elegir ninguna peculiaridad que admirar. Así, pues, admiraron sus múltiples grandes cualidades una después de otra, que fueron a su vez confirmadas por él, y ellos [124] hicieron y erigieron en su honor una estatua de bronce de tamaño natural con esta inscripción: *Roma, reina de las ciudades, al rey de la elocuencia.* [125]

Cuando él se disponía ya a regresar a Atenas, Constante le permitió que le pidiera un presente. Entonces él pidió algo digno de su carácter, a saber, que varias islas considerables pagaran tributo a Atenas para proveer a ésta de trigo suficiente. Constante no solamente le dio éstas, sino que añadió a ellas la distinción más elevada posible concediéndole a él el título de "Stratopedarca", [126] para que nadie pudiera sentirse resentido de que él hubiera conseguido tan gran fortuna a costa de los fondos públicos. Era necesario

---

[124] Este "ellos", aquí y un poco más arriba, tiene que entenderse como "los romanos", según se confirma más abajo en la dedicatoria de la estatua.

[125] Libanio, *Carta* 278, menciona esta estatua de Roma y otra que había en Atenas.

[126] Este cargo, originariamente de carácter militar, se había convertido en una especie de ministerio de la alimentación; ver Juliano, *Discurso* I, 8 c, donde nos dice que Constantino no había desdeñado tal título para sí mismo.

que el prefecto del pretorio confirmara esta donación; pues el prefecto había llegado muy tarde ya procedente de la Galia. Así, pues, después de las competiciones en elocuencia que he descrito, Proairesios se acercó a Anatolio y le rogó que confirmara el favor, e invitó para ello no solamente a los abogados profesionales en pro de su causa, sino casi a todos los hombres instruidos de Grecia, ya que, a causa de la visita del prefecto, se encontraban todos en Atenas. Cuando el teatro estuvo repleto y Proairesios hubo llamado a sus abogados para que hablaran, el prefecto se opuso a lo que esperaban todos los presentes, porque deseaba poner a prueba la elocuencia improvisada de Proairesios, y dijo:

—¡Habla, Proairesios! Pues no es decoroso que ningún otro hombre hable y alabe al emperador estando tú presente.

Entonces Proairesios, como un caballo de guerra llamado a la llanura,[127] pronunció un discurso sobre el don hecho por el emperador, y mencionó a Keleós y a Triptólemo, y cómo Deméter vivió entre los hombres, a fin de poder ella misma concederles el don del trigo. Con esta célebre narración mezcló él la historia de la generosidad de Constante, y con mucha rapidez revistió el hecho con el esplendor y la dignidad de una leyenda antigua; y a medida que hablaba, sus movimientos se iban haciendo más vigorosos y vivos y desplegó todo su arte sofístico en el tratamiento del tema. El hecho de haber obtenido el honor que pedía demuestra cuál debió haber sido su elocuencia.

[127] Esto es un proverbio; ver Platón, *Teeteto*, 183 d. Es utilizado también por Luciano y Juliano.

Su esposa procedía del Asia, de la ciudad de Tralles, y su nombre era Amfícleia. Ellos tuvieron dos niñas pequeñas, entre cuyas edades había solamente la diferencia que implica el tiempo necesario para su concepción y nacimiento. Pero, apenas habían ellas alcanzado ese tiempo de la vida en que una niña es algo totalmente bello y encantador y habían hecho temblar de alegría el corazón de su padre, cuando ellas dejaron en la desolación a sus padres, ambas en el espacio de unos pocos días; de manera que su pesar estuvo casi a punto de apartar a Proairesios de los pensamientos propios de un filósofo. Sin embargo, la musa de Milesio [128] se mostró capaz de hacer frente a su crisis y, componiendo bellas armonías y gastando en ello todos sus dones de encanto y jovialidad, lo hizo volver en razón.

Cuando los romanos le pidieron que les enviara uno de sus propios discípulos, Proairesios les envió a Eusebio, que era natural de Alejandría. Este parecía ser especialmente adecuado para Roma, porque sabía cómo adular y halagar a los grandes; en Atenas, en cambio, era mirado como una persona sediciosa. Al mismo tiempo Proairesios deseaba incrementar su propia reputación enviando a un hombre que hubiera sido iniciado en las astutas prácticas de la política oratoria. En cuanto a su talento para la retórica, es suficiente con decir que era un egipcio; pues esta raza ama apasionadamente las artes poéticas, mientras que el Hermes que inspira el estudio serio se ha marchado de entre ellos. El tuvo como adversario a Musonio, que había sido discí-

[128] El poeta mencionado un poco más arriba.

pulo suyo en el arte sofístico. —Por otros motivos he escrito más largamente sobre él en mi *Historia Universal*—. Cuando Musonio levantó su cabeza para enfrentarse a él, Eusebio sabía ya muy bien contra qué clase de hombre tenía que luchar y por eso se desvió rápidamente hacia la práctica de la oratoria política.

En el reinado del emperador Juliano, se le cerró a Proairesios el campo de la enseñanza porque se creía que era un cristiano, y viendo que el hierofante, como una especie de trípode délfico, estaba abierto a todos los que tenían necesidad de él para que les predijera los acontecimientos futuros, por medio de una extraña sabiduría bloqueó fraudulentamente esta presciencia. El emperador, en efecto, mantenía en restricciones el país en beneficio de los helenos,[129] a fin de aliviarlos de la opresión que sufrían respecto de los tributos. Proairesios, pues, requirió del hierofante[130] que averiguara del dios si esta benevolencia iba a ser permanente. Y, cuando él le declaró que no iba a serlo, Proairesios averiguó de esta manera qué iba a traer el futuro y cobró ánimo. El autor, que había cumplido por este tiempo sus dieciséis años, llegó a Atenas y se enroló entre sus discípulos, y Proairesios lo estimó como a su propio hijo.

Cinco años más tarde, el autor se estaba preparando para marchar a Egipto, pero sus parientes lo mandaron llamar y lo obligaron a regresar a Lidia. Llegar a ser un sofista era el camino por el que todos lo empujaban. Ahora bien, unos

[129] Probablemente quiere decir "los de creencias o fe helenas".

[130] Es decir, de Eleusis.

pocos días más tarde, Proairesios abandonó esta vida. Fue un hombre grande y muy dotado, tal como he descrito, y llenó todo el mundo conocido con la fama de sus discursos y con los que habían sido discípulos suyos.

Epifanio era natural de Siria, y fue considerado hombre muy perito y hábil en la distinción y definición de los temas de controversia, pero como orador era flojo y falto de nervio. No obstante, como rival de Prosiresios en la profesión de sofista alcanzó de hecho gran fama. Porque los seres humanos no se contentan con admirar a un hombre tan solo, sino que son tan propensos a la envidia y están tan completamente esclavizados a ella que, cuando un hombre sobresale y se levanta por encima de los demás, ellos levantan a otro como a rival suyo; y de esta manera hacen derivar sus principios de los opuestos, al igual que en la ciencia de la física. Epifanio no vivió hasta llegar a la ancianidad sino que murió de un envenenamiento de la sangre, y también su mujer, que era excesivamente bella, corrió la misma suerte. No dejaron hijos. Epifanio no fue conocido personalmente por el autor, pues murió mucho antes de la estancia de este último en Atenas.

Diofanto fue natural de Arabia y se abrió esforzadamente camino en las filas de los profesores de retórica. Esa misma envidiosa opinión de la humanidad de que ahora mismo acabo de hablar lo levantó como otro rival de Proairesios, como si fuera posible oponer a Calímaco y a Homero. Pero Proairesios se rio de todo esto hasta ridiculizarlo, y se negó a considerar en serio a los seres humanos y sus debilidades. El que esto escribe conoció a Diofanto y lo oyó con frecuen-

cia hablar en público. Pero no ha considerado bueno citar en esta obra ninguno de sus discursos o lo que recuerda de ellos. Porque este documento es un registro o historia de hombres notables; no es una sátira. No obstante, se dice que él pronunció una oración fúnebre en honor de Proairesios —este último, en efecto, murió antes que él— y cuentan que concluyó con estas palabras acerca de Salamina y de la guerra contra los medos:

"¡Oh, Maratón y Salamina, ahora estáis sepultados en silencio! ¡Qué trompeta de vuestras gloriosas victorias habéis perdido!" [131].

Dejó dos hijos que se entregaron por completo a una vida muelle y a hacer dinero.

El autor de esta obra oyó con frecuencia a *Sopolis* dando su lección. Fue un hombre que intentó con todas sus fuerzas reproducir el estilo de los antiguos en su oratoria e hizo todo lo que pudo para alcanzar el nivel de una musa sana. Pero, por más que él llamó diligentemente a su puerta, raras veces le fue abierta ésta. Y, si alguna vez se le abría crujiendo un poco, no era más que una chispa muy tenue y muy débil del soplo divino lo que se deslizaba desde dentro hacia afuera. Pero aun con esto su auditorio se ponía frenético de entusiasmo, incapaz como era de recibir con calma ni una sola gota exprimida de la fuente de Castalia. Sopolis tuvo un hijo, y dicen que también él subió a la cátedra de maestro.

---

[131] Es decir, Proairesios había utilizado efectivamente estos tópicos.

Himerio era natural de Bitinia; el autor, sin embargo, nunca llegó a conocerlo, a pesar de que vivió en el mismo período. Viajó hasta la corte del emperador Juliano para hablar delante de él, con la esperanza de ser mirado favorablemente por él a causa del desagrado que al emperador le causaba Proairesios; y cuando Juliano abandonó este mundo, Himerio pasó su tiempo en el extranjero. Luego, a la muerte de Proairesios, corrió a toda prisa a Atenas. Era un hombre de habla agradable y armoniosa. El estilo de su composición era ruidoso y asonante como el de la oratoria política. Algunas veces, aunque en raras ocasiones, se levanta tan alto como el divino Arístides. Al morir de epilepsia, enfermedad que le atacó en su vejez ya avanzada, dejó una hija.

Parnasios[132] vivió también por estos días y ocupó una cátedra de maestro. Sus discípulos podían contarse muy aprisa, pero en todo ello no dejó de granjearse una cierta reputación.

Libanio había nacido en Antioquía, la capital de la llamada Siria Koile. Esta ciudad fue fundada por el Seleuco llamado Nicátor de sobrenombre. Libanio procedía de una familia noble y se contaba entre los ciudadanos más preeminentes. Cuando era joven todavía y era ya dueño de sí mismo, porque sus padres habían muerto, marchó a Atenas,[133] y allí, aun cuando también el era oriundo de Siria, no se adhirió a la escuela de Epifanio, que gozaba de una muy alta reputación, ni tampoco asistió a la escuela de Proaire-

---

[132] Respecto de Parnasio ver la Vida de Proairesios; por lo demás nos es desconocido.

[133] En el año 336 d. de C.

sios. Esto hubiera sido correr el riesgo de quedar oscurecido, en parte por la multitud tan grande de compañeros de estudio, en parte por la celebridad de sus maestros. Pero cayó en una trampa que le pusieron los discípulos de Diofanto y a consecuencia de ello se adhirió a la enseñanza de este sofista.

Los que conocieron íntimamente a nuestro hombre afirman que, cuando él se dio cuenta de lo que le había ocurrido, muy raras veces acudió a las lecciones y a las reuniones de la escuela y ocasionó a su maestro muy pocas preocupaciones. Por el contrario, dedicó por sí mismo su tiempo al estudio de la retórica, y trabajó muy duramente por conseguir el estilo de los escritores antiguos, modelando para este fin su espíritu y su lenguaje. Y de la misma manera que los que pretenden dar en un blanco a veces tienen éxito y consiguen dar en él, y su constante práctica y su ejercicio regular con sus armas habitualmente produce en ellos destreza en el tiro recto mejor que el conocimiento científico, así también Libanio, en su celo por compararse a ellos e imitarlos, fue inseparable de los autores antiguos y, por así decir, estuvo en contacto inmediato y en trato con esos guías en sumo grado excelentes; y, siguiendo a los buenos guías, fue hollando las pisadas de los mejores y consiguió los frutos propios de aquella carrera.

En cuanto consiguió confianza en su elocuencia y se convenció a sí mismo de que podía rivalizar con cualesquiera que se alabaran a sí mismos de sus cualidades, resolvió no enterrarse a sí mismo en una pequeña ciudad y sumirse en la estima del mundo al nivel de esta ciudad. Por tanto, se

trasladó a Constantinopla,[134] ciudad que había llegado a su grandeza en tiempos recientes y, por hallarse en lo más alto de su prosperidad, necesitaba obras y palabras que la adornaran como ella merecía. Allí muy pronto llegó él a ser una luz brillante, ya que demostró ser un maestro admirable y lleno de gracia, y sus alocuciones públicas estaban repletas de encanto. Pero se formuló contra él una acusación escandalosa en relación con sus discípulos. No puedo permitirme a mí mismo el escribir acerca de ello, porque he decidido a consignar en este documento solamente lo que es digno de ser consignado en él. Por esta razón, pues, fue expulsado de Constantinopla y se estableció en Nicomedia. Cuando la historia escandalosa lo siguió allí y le persiguió obstinadamente, fue pronto [135] también expulsado de esa ciudad, y después de un tiempo [136] regresó a su país natal y a la ciudad de su nacimiento, y allí pasó toda su vida, que resultó ser muy prolongada.

Aun cuando he redactado, en mis anales del reinado de Juliano, una narración adecuada de la carrera de Libanio, voy a recorrerla ahora detalladamente. Ninguno de los que estuvieron asociados a él y de los que fueron admitidos a su enseñanza lo dejó sn haberse sentido impresionado por su encanto. El conocía, en efecto, a primera vista cuál era el carácter de todo hom-

---

[134] En el 340; él abandonó Constantinopla en 343. No hay ninguna otra prueba o testimonio acerca de la acusación de escándalo que se menciona luego.

[135] El propio Libanio dice que él estuvo en Nicomedia durante cinco años, los más felices de su vida.

[136] Eunapio ignora por completo la segunda estancia de Libanio en Constantinopla.

bre, y captaba las inclinaciones de su alma, bien fueran hacia el vicio o hacia la virtud. Y, en verdad, fue tan hábil en adaptarse y asemejarse él mismo a toda clase de hombres que hizo que el mismo pulpo pareciera poco a su lado;[137] y todo el que hablaba con él creía contemplar en él un segundo yo. En todo caso, los que habían tenido esta experiencia solían decir que él era una especie de pintura o de grabado en cera de los múltiples y variados caracteres de la humanidad. En una reunión de muchos hombres de varias clases nunca hubiera uno podido descubrir cuál era aquel a quien él prefería. De aquí que los que seguían formas de vida directamente opuestas una a otra aplaudieran en él cualidades que eran directamente opuestas, y todo el mundo sin excepción estaba convencido de que eran sus propios puntos de vista los que admiraba Libanio; tan multiforme era él, tan completamente eran todas las cosas para todos los hombres. También él evitó contraer matrimonio, si bien de hecho vivió con él una mujer, una persona de posición social inferior a la suya.

Su estilo de elocuencia en sus alocuciones era enteramente débil, falto de vida y carente de inspiración, y se hacía a todas luces evidente que él no había tenido el beneficio de un maestro; a decir verdad, desconocía la mayor parte de las reglas corrientes de la declamación, cosas que sabe incluso un niño de escuela.[138] Pero, en sus *Cartas* y otros escritos dirigidos a familiares, consigue estimularse a sí mismo y se alza al

[137] La adaptabilidad del pulpo es un tópico favorito; véase, por ejemplo, Luciano, *Diálogos de los dioses marinos*, 4.

[138] Esta crítica no se puede armonizar con la reputación que tenía Libanio como orador.

nivel de los antiguos modelos. Sus escritos están llenos de encanto y graciosa agudeza, mientras que una refinada elegancia lo invade todo y está al servicio de su elocuencia. Además, el encanto y dulzura peculiares que todos los sirio-fenicios muestran en su trato en general se pueden encontrar en él con toda seguridad, a más de su erudición y junto a ella. Me refiero a esa cualidad que las gentes del Atica llaman buen olfato y urbanidad. Esto lo cultivó él como si fuera la flor misma y la corona de la verdadera cultura; en verdad él se atuvo enteramente a la antigua comedia para su estilo de expresión, y dominaba todos aquellos recursos que presentan una superficie agradable y encantan el oído. En sus discursos se encontrará la más profunda erudición y una base de lectura lo más amplia posible. Encuentra también uno formas y frases áticas no usuales.[139] Por ejemplo, él no habría omitido aquellos árboles de Eupolis, Laispodías y Damasías, si hubieran conocido los nombres por los que los hombres llaman a esos árboles hoy en día.[140] Siempre que descubría alguna expresión extraña que, a causa de su gran antigüedad, había caído en desuso, la limpiaba como si fuera una reliquia sagrada del pasado, y una vez él había barrido de ella el polvo y la había adornado como si fuera reciente la daba a la luz, vestida de un tema completamente nuevo y de sentimientos adecuados, como los afectados esclavos y esclavas de una señora que acaba de conseguir

[139] Eunapio acusa injustamente a Libanio del "preciosista" aticismo de que hizo mofa Luciano en *Lexiphanes*.

[140] En Tucídides, VIII, 86, Laispodías es un general ateniense. Ambos hombres fueron ridiculizados por los poetas cómicos a causa de sus delgadas piernas. Plutarco, *Quaestiones*, 712 a, dice que el pasaje de Eupolis es un enigma para los comentaristas.

una fortuna, y ha alisado y extirpado los signos de la vejez. Por estas razones el divinísimo Juliano [141] lo admiró también, y realmente todo el que vivía entonces admiró el encanto de su oratoria. Muchas de sus obras andan de mano en mano, y cualquier hombre inteligente que las lea una a una podrá apreciar este encanto.

Tuvo también talento para la administración de los asuntos públicos y, además de sus discursos formales, podía con toda confianza emprender y componer fácilmente ciertas otras obras más aptas para complacer a un auditorio de teatro. Cuando los emperadores subsiguientes le ofrecieron los más elevados de todos los honores —le mandaron, en efecto, que utilizara el título honorario de prefecto del pretorio— él lo rehusó, diciendo que el título de sofista era más prestigioso. Y eso verdaderamente no es poco para su crédito, a saber, el hecho de que, a pesar de ser un hombre que deseaba apasionadamente la fama, se sujetó a sí mismo a ese renombre solo que puede ganar un orador, y afirmó que cualquier otra clase de reputación era vulgar y sórdida. También él, a la hora de morir, había llegado a una edad muy avanzada, y dejó en los espíritus de todos los hombres la más profunda admiración hacia sus talentos. El autor de la presente obra no estuvo personalmente relacionado con él, puesto que un destino muy poco amable puso en todo momento alguno que otro obstáculo en su camino.

Akakios o *Acacio* había nacido en Cesárea, en Palestina, y amaneció en el mundo aproximada-

[141] Es decir, el emperador.

mente por el mismo tiempo que Libanio. Ningún hombre estaba dotado con mayor abundancia de fuerza sofística e inspiración, y su dicción era sonora y tendía a la imitación de los modelos clásicos antiguos. Habiendo llegado a la cumbre de la fama al mismo tiempo que Libanio, echó por tierra la supremacía de su rival, y mantuvo su superioridad con más fuerza. Libanio, por su parte, escribió un ensayo *Sobre el Genio* [142] enteramente consagrado y dedicado a Acacio, en el que claramente atribuye el hecho de haber sido derrotado por él a los grandes talentos naturales de nuestro hombre, mientras que al mismo tiempo da prueba de su propia posición y de la exactitud en el uso de las palabras eruditas; como si él no supiera que Homero no se tomaba ningún trabajo especial respecto de cada pie métrico particular de sus versos, antes bien intentaba preferentemente asegurar la belleza de expresión y la melodía total; que Fidias nunca pensó en hacer exhibición de un dedo o un pie para conseguir la alabanza dada a su diosa; que ellos ejercieron su tiranía el uno sobre los oídos de los hombres, el otro sobre sus ojos; y que la causa de sus éxitos es imposible de descubrir o difícil de definir, de la misma manera que en los cuerpos bellos y hermosos no todos admiran los mismos aspectos, y el que es cautivo de esta belleza no sabe qué es lo que en realidad lo cautivó.

Así, pues, Acacio rápidamente se levantó hasta el primer lugar en su profesión, y luego de alcanzar una gran reputación como si deseara demostrar que había superado a Libanio, murió

[142] Este ensayo se ha perdido.

siendo todavía joven. Sin embargo, todos los hombres, al menos los que verdaderamente amaban el saber, lo reverenciaron no menos que si hubiera llegado a la ancianidad.

Nimfidiano [143] era natural de Esmirna, y el filósofo Máximo era hermano de él, mientras que Claudiano, también él un filósofo muy distinguido, era su otro hermano. Fue un hombre que, aun cuando nunca compartió la educación y la formación que se tenía y daba en Atenas, sin embargo, en el arte de la retórica demostró ser personalmente digno de la reputación de los sofistas. El emperador Juliano le confió a él el cometido de dar expresión al lenguaje imperial y a sus proposiciones, y lo nombró a él Secretario Imperial para la redacción de las cartas que se escribían en lengua griega.[144] Poseyó un arte consumado en la composición de "Meletai",[145] según el nombre que se les da, y en el manejo de problemas; pero no fue tan hábil en los "Proagones" [146] y en las discusiones filosóficas. Cuando murió era ya un hombre de edad muy avanzada, y sobrevivió a su hermano Máximo.

Por este mismo tiempo florecieron muchos médicos famosos, entre los cuales se contaba *Zenón* de Chipre, que estableció uan renombrada escuela de medicina. Pero vivió hasta los tiempos de

---

[143] No sabemos nada más que lo que aquí se dice acerca de este sofista.

[144] Ver Filóstrato, *Vida de Antipatro.*

[145] "Melete" significa "declamación" y también "lección en forma de declamación", es decir, alocución práctica sobre un tema ficticio o imaginario.

[146] El "proagon" es una afirmación o presentación preliminar de las pruebas en un argumento retórico.

Juliano el sofista y, después de él, hubo contemporáneos de Proairesios que fueron los sucesores de Zenón. Se había formado personalmente en la oratoria tanto como en la práctica de la medicina. De sus famosos discípulos unos adoptaron una de estas profesiones y otros la otra, repartiéndose así entre ellos lo que habían aprendido de él; otros, a su vez, adoptaron las dos; pero, tanto si habían heredado su práctica médica como su oratoria, todos y ada uno de ellos prosperaron grandemente.

Magno fue un nativo de esa Antioquía que está más allá del Eufrates y se llama en la actualidad Nísibis. Había sido discípulo de Zenón y, a fin de dar fuerza a su retórica, hizo una adaptación de Aristóteles en lo que respecta a la naturaleza de los cuerpos dotados de volición [147], y de esta manera obligó a los médicos a guardar silencio en cuestiones de retórica, pero se le consideró menos capaz como médico que como orador.

Los escritores antiguos refieren que, cuando se le preguntó a Arquídamos si él era más fuerte que Pericles, replicó:

—Aun cuando yo consiguiera derribar a Pericles, él seguiría siendo el vencedor, al declarar que él no había sido en modo alguno derribado. [148]

---

[147] Magno parece haber sido una especie de Científico Cristiano que tomó prestado a Aristóteles —*Ética nicomaquea*, III, capítulo 2, 1111 b— el ejercicio de la elección deliberada, para persuadir a los pacientes de que ellos podían decidir respecto a estar buenos o enfermos.

[148] Esto es un eco de Plutarco, *Pericles*, 8. Eunapio, aun cuando había leído bien a Plutarco, cita equivocadamente esta anécdota familiar, que se cuenta de Pericles y Tucídides. Arquídamos hizo la pregunta a Tucídides, quien contestó con la respuesta citada aquí.

De la misma manera Magno solía demostrar que aquellos a quienes otros médicos habían curado seguían estando aún enfermos. Y cuando aquellos que habían recuperado su salud se esforzaban en expresar su gratitud a los que los habían curado, todavía Magno vencía a los médicos en lo que respecta a conversar y a plantear cuestiones. En Alejandría se le asignó a él una escuela pública para que enseñara en ella, y todo el mundo hacía la travesía hasta allí y asistía a sus lecciones, bien fuera simplemente con el fin de verlo y admirarlo, bien con el fin de gozar de los beneficios de su enseñanza. Esto último nunca dejaban de conseguirlo, pues o bien adquirían la capacidad de hablar fácilmente y con fluidez, o bien la habilidad necesaria para llevar a cabo alguna otra práctica por medio de su propia industria.

Pérgamo fue el lugar de nacimiento de *Oribasio*, y de hecho esto contribuyó a su fama, exactamente como ocurre en el caso de los que han nacido en Atenas; pues, siempre que tales hombres se gana un nombre en el campo de la elocuencia, se difunde en todas direcciones la noticia de que su musa es Atica y de que su carácter de modelos es un producto del país mismo.

Oribasio procedía de una buena familia por las dos ramas y desde su niñez se distinguió porque adquirió toda clase de saber que conduce a la virtud y la perfecciona. Cuando llegó a su primera virilidad se hizo discípulo del gran Zenón y camarada de estudios de Magno. Pero aventajó a Magno, y lo dejó luchando con la tarea de expresar sus ideas, un arte éste en que él mismo sobresalió; y no perdió nada de tiempo en lograr

la primera categoría en el campo de la medicina, imitando con ello al dios patrono,[149] de su país, en la medida en que a un mortal le es posible progresar en el camino que conduce a la imitación de lo divino. Supuesto que él había conseguido hacerse famoso ya desde su misma juventud, Juliano, cuando fue promovido al grado de César, se lo llevó consigo para practicar su arte; pero él sobresalió de tal manera en todos los demás campos de la virtud y el saber, que de hecho él hizo emperador a Juliano.[150] No obstante, estas cuestiones se han descrito con más plenitud en mi historia del reinado de Juliano. Así y todo, como dice el proverbio, "ninguna cogujada carece de moño",[151] y tampoco Oribasio careció de enemigos envidiosos. En efecto: a causa precisamente de su extraordinaria fama los emperadores que siguieron a Juliano lo privaron de sus propiedades, y desearon también quitarle la vida, pero se contuvieron de hacer tal cosa. Sin embargo, empleando otros medios llevaron a cabo el crimen que ellos se avergonzaban de cometer abiertamente. Expusieron su persona a los bárbaros, de la misma manera que los atenienses desterraban con su ostracismo de Atenas a los hombres cuyas virtudes se hallaban por encima del promedio corriente. Sin embargo, en el caso de éstos, la ley les permitía desterrar a los hombres de su estado, y ello no llevaba consigo ningún castigo ulterior; mientras que los emperadores añadieron a este destierro el hecho de abandonarlo a los bárbaros más salvajes, dándo-

---

[149] Asclepiós o Esculapio. Ver Luciano, *Icaromenippos*, 24.

[150] Véase, sin embargo, la Nota Preliminar a esta obra.

[151] En Simónides, Frag. 68, se dice: "es preciso que a toda cogujada le salga moño".

les de esta manera el poder absoluto de llevar a cabo los intentos imperiales.

Pero Oribasio, después de haber sido arrojado al país del enemigo, manifestó la grandeza de su virtud, que no podía quedar limitada a este o aquel lugar concreto, ni circunscrita por las formas de vida de las gentes que lo rodeaban, sino que siempre dio muestras de su firmeza y su constancia en su actividad independiente siempre que se manifestaba a sí mismo y dondequiera que lo hiciera; es exactamente lo que se nos dice ocurre con los números y las verdades matemáticas. Muy pronto, en efecto, adquirió una gran fama en las cortes de los que gobernaban a los bárbaros, y ocupó entre ellos un primer lugar; y, mientras que a través de todo el imperio romano fue altamente considerado, entre los bárbaros fue venerado como un dios, pues restableció a algunos de enfermedades crónicas y arrancó a otros de la puerta de la muerte.

En verdad, los medios que los hombres habían esperado fueran su desgracia, resultaron ser la ocasión de nada menos que de su buena suerte; de forma que hasta los emperadores dejaron de luchar contra el poder de este hombre tan universalmente manifestado, y le permitieron que regresara de su exilio. Una vez él hubo conseguido el permiso para regresar, señor de sí mismo aun cuando no de su riqueza, ya que las únicas riquezas que él podía mostrar eran las virtudes, se casó con una mujer que procedía de una ilustre familia tanto por su riqueza como por la nobleza de su sangre. De ella tuvo él cuatro hijos que todavía viven: ¡y que vivan muchos años! El mismo, en el momento en que estoy escribiendo, vive aún; ¡que tenga una larga vi-

da! A más de ello, él recuperó su antigua fortuna por cuenta del erario, con el consentimiento de los emperadores siguientes, habida cuenta de la injusticia que implicaba el veredicto anterior. De esta manera, pues, están sus cosas y ésta es su situación.

Y todo hombre que sea un filósofo genuino puede encontrarse y conversar con Oribasio, y podrá así aprender cuán por encima de todos los demás debe él ser admirado. Tal es la armonía y el encanto que irradian de Oribasio y de que se halla lleno todo contacto con él.

Ionicos era natural de Sardes y su padre fue un célebre médico. Como discípulo de Zenón alcanzó él el grado más alto de ingeniosidad y delicadeza y se granjeó la admiración de Oribasio. Mientras adquiría la más grande habilidad en la teoría y la práctica de la medicina en todas sus ramas, manifestó una peculiar capacidad en toda clase de experimentos; estaba completamente familiarizado con la anatomía humana e hizo también investigaciones sobre la naturaleza del hombre. De esta manera llegó a comprender la composición y mezcla de todas las especies de drogas o fármacos existentes; conoció toda clase de emplastos y vendajes que puedan utilizar los médicos más expertos para las heridas, bien para detener una hemorragia bien para dispersar lo que se haya podido acumular en ella. Era también en sumo grado ingenioso y experto a la hora de poner un vendaje a un miembro dañado, y a la hora de hacer una amputación o una disección.

Dominaba tan por completo la teoría y la práctica de todas estas artes, que incluso aquellos

que se envanecían personalmente de su habilidad como médicos se quedaban llenos de estupor ante su exacto conocimiento, y admitían abiertamente que, conversando con Ionicos, comprendían realmente los preceptos que habían sido formulados por los médicos de los tiempos primitivos y que a partir de este momento podían aplicarlos a su uso, por más que anteriormente hubieran sido para ellos como palabras cuyo significado es completamente oscuro, sólo que éstas habían sido consignadas por escrito.

Estos fueron sus logros en la ciencia de su profesión; pero él poseía también una gran erudición en todas las ramas de la filosofía y en ambas clases de adivinación; hay, en efecto, una especie de adivinación que ha sido concedida al hombre para beneficio de la ciencia de la medicina, de manera que por su medio los médicos pueden diagnosticar casos de enfermedad; y hay otra especie de adivinación cuya inspiración procede de la filosofía y está limitada a y dispersada entre los que poseen la capacidad de recibirla y conservarla. Estudió también el arte de la retórica con exacta perfección y el arte completo de la oratoria; y había sido iniciado en el arte de la poesía. Pero murió no mucho antes de que se escribiera esta obra, y dejó dos hijos que merecen toda mención honorable y todo recuerdo.

Exitió también un tal *Zeon o Teon*, que por este mismo tiempo adquirió un gran renombre [152] en la Galia.

Pero debo volver una vez más a los filósofos, de quienes me he desviado en esta digresión.

---

[152] A saber, como médico.

Fue *Crysantio* el que dio lugar a este comentario que hemos escrito, pues él educó al autor de esta obra desde su niñez, y hasta el fin mantuvo su benevolencia para con él como si se tratara de una obligación legal. No obstante, no por eso voy a limitarme a decir en esta narración algo que manifieste simplemente mi gratitud. Pues por encima de todo él honró la verdad y me enseñó esto por encima de todo, de forma que no voy a echar a perder este don que yo recibí de sus manos, como no sea que tal vez modere mis afirmaciones y diga menos que la verdad, puesto que éste fue el convenio que hicimos.

Crysantio pertenecía a la clase senatorial y se contaba entre los de más noble nacimiento de la ciudad. Su abuelo fue un tal Inocencio, que había hecho una fortuna considerable y había adquirido una celebridad mayor de lo que suele el promedio de los ciudadanos privados, puesto que los emperadores que reinaban por aquel tiempo le confiaron la tarea de compilar los estatutos legales. A decir verdad, algunas de sus obras todavían perviven, y tienen como tema en parte el lenguaje de los romanos, en parte Grecia, y dan testimonio del carácter jurídico y profundo de su mente; contienen un tratado comprehensivo de estos temas para beneficio de los que pueden estar interesados en ellos.

El propio Crysantio, habiendo sido privado de su padre cuando era aún joven, se sintió inflamado por el amor a la filosofía a causa de las cualidades divinas de su naturaleza, y por ello se trasladó a Pérgamo y acudió al famoso Edesio. Este último se hallaba realmente en el punto culminante de su enseñanza cuando Crysantio fue a su encuentro sediento de conocimiento, se

sometió boquiabierto a su influencia, se regaló en su inmensa y singular sabiduría, fue infatigable en su asistencia a las lecciones, y en su dedicación al estudio se mostró no inferior a nadie. En verdad poseía una constitución incansable y aun de diamante, habituada a soportar toda clase de ejercicios duros.

Una vez se hubo empapado suficientemente de las doctrinas de Platón y Aristóteles, dirigió su atención a toda otra escuela de filosofía y leyó profundamente las cosas relativas a cada una de sus ramas. Luego, cuando tuvo un seguro y firme dominio de la ciencia de la oratoria y, gracias a la constante práctica, se halló en plenas condiciones para ejercer un juicio en esta campo, confiadamente mostró en público sus bien educados talentos, puesto que sabía lo que tenía que decir y lo que tenía que dejar sin decir, y estaba al mismo tiempo dotado de una espléndida e impresionante retórica que lo ayudaba a vencer cuando se hallaba en un aprieto.

Luego se consagró por entero a comprender la naturaleza de los dioses y a esa sabiduría a la que Pitágoras había consagrado su espíritu, como hicieron los discípulos de Pitágoras tales como Arquytas en la antigüedad, y Apolonio de Tyana, y los que rindieron culto a Apolonio, los cuales parecían solamente poseer un cuerpo y ser hombres mortales. Crysantio se dio prisa en dedicarse a estos estudios también, se cogió al asidero que en cada ocasión se le ofreció primero, tomando los primeros principios como guía. De esta manera resultó tan maravillosamente aligerado y arrastrado hacia lo alto por el plumaje de su alma, como dice Platón, que llegó a una perfección igual en toda rama de todo tipo de

sabiduría, y estaba versado en todas las clases de adivinación. De aquí que se pudiera decir de él que veía más bien que predecía los acontecimientos futuros, de la exactitud con que discernía y comprendía todas las cosas, como si conviviera con los dioses y se hallara en su presencia.

Después de gastar un tiempo considerable en estos estudios y de colaborar con Máximo en las tareas más arduas, abandonó la compañía de éste, pues Máximo llevaba en su naturaleza una tendencia a ser celoso y obstinado y, en abierta oposición con los signos revelados por los dioses, quiso mantenerse en su petición de otros augurios y en el intento de obtenerlos por la fuerza. Crysantio, por el contrario, hizo uso de los primeros signos que se le mostraron, y luego, por medio de una gradual divergencia o separación de éstos, pensaba proceder a alterar los signos que se le habían otorgado; luego, si conseguía los augurios que deseaba, tanto mejor, pero si no lo conseguía, adaptaba su consejo humano a lo que se le había manifestado. Por ejemplo, en la ocasión en que el emperador Juliano por medio de una única citación los invitó a los dos a ir a su corte y los soldados que habían sido enviados para escoltarlos estaban aplicando con todo el respeto debido el sistema tesalio de la "persuasión forzosa", [153] ellos resolvieron consultar con los dioses estas cuestiones; y, cuando el dios los previno contra el viaje tan claramente que cualquier persona privada, incluso un comerciante, hubiera podido juzgar los augurios, Máximo no fue capaz de apartarse de las víctimas

[153] La "violenta persuasión de los tesalios" era una frase proverbial, debida a los malos y tiránicos modos de los tesalios en general.

sacrificiales y, después de haberse cumplido debidamente los ritos, persistió en sus gemidos y lamentaciones, implorando a los dioses que le concedieran augurios o signos distintos y alteraran el curso del destino. Y, como él persistía tercamente en sus múltiples intentos, y siempre torcía la explicación que daba Crysantio, al final su propio querer y gusto interpretaron la revelación divina, y las víctimas ofrecieron solamente los signos que él quería aceptar, puesto que él no quería aceptar los signos que ellas daban. [154] Así partió él para aquel viaje malaventurado que había de ser la causa de todas sus desdichas; y Crysantio, mientras tanto, se quedó en su casa.

Al comienzo el emperador se sintió molesto por su demora y además imagino yo que incluso adivinó algo de la verdad, es decir, que Crysantio no hubiera rehusado la invitación de no haber observado algo de mal augurio en los sucesos futuros. En consecuencia, él escribió y lo mandó llamar por segunda vez, y sus invitaciones no fueron solamente dirigidas a Crysantio. Pues en una carta especial apremiaba a su mujer a que le ayudara a persuadir a su marido. Una vez más, pues, Crysantio consultó el asunto con la voluntad divina, y los dioses le siguieron dando una respuesta en el mismo sentido. Cuando esto hubo ocurrido varias veces, incluso el emperador quedó convencido; pero Crysantio, que había sido designado sumo sacerdote de todo el país, conociendo como conocía claramente lo que iba a suceder muy pronto, no fue nada opresor en el ejercicio de su cargo. No edificó ningún templo, como se apresuraron a hacer los demás to-

[154] Acerca de estos incidentes ver la Vida de Edesio, más arriba.

dos en su ardiente prisa y en su hervoroso celo, ni se mostró excesivamente duro con ningún cristiano: Antes bien fue tal la moderación de su carácter que a través de toda Lidia la restauración de los templos pasó prácticamente inadvertida. En todo caso, cuando los poderes efectivos siguieron otra política distinta, se comprobó que allí no había habido ninguna innovación seria, ni pareció allí producirse ningún gran cambio y de dimensiones universales, sino que todo se hallaba tranquilo con un espíritu amistoso, y resultó calmado y sereno; de esta manera él fue el único que se ganó la admiración de todos cuando todos los demás fueron zarandeados de acá para allá como por una tormenta; pues, de repente los unos quedaron sumidos en la consternación, mientras que los que habían estado humillados antes fueron una vez más exaltados. Por todo esto, pues, se granjeó una gran admiración como quiera que se había mostrado no solamente hábil en la previsión del futuro, sino también en hacer uso adecuado de su presencia.

Esta fue la disposición psicológica de nuestro hombre, bien fuera porque en él hubiera vuelto nuevamente a la vida el Sócrates platónico, bien fuera porque en su ambición por imitarlo a él se hubiera educado desde su niñez de acuerdo con este modelo. Pues se manifestó en él una simplicidad libre de toda afectación e imposible de describir, una simplicidad que vivió en su lenguaje, que poseía además en casi cada una de sus palabras un encanto que subyugaba al oyente.

En el trato era amable con todos los hombres, de forma que todo el mundo se separaba de él con la convicción de que era especialmente amado por él. Y, de la misma manera que los cantos

más encantadores y dulces fluyen suave y llanamente, insinuándose en los oídos de todos los hombres y llegando hasta a los animales irracionales, como dicen de Orfeo, así también la elocuencia de Crysantio estaba modulada como para adaptarse a todos los oídos, y estaba en armonía con toda esa diversidad de temperamentos y se adaptaba a ellos. Pero no era fácil llevarlo a discusiones o contiendas filosóficas, porque él se daba cuenta de que especialmente en tales luchas los hombres quedan amargados. Ni es fácil que nadie lo haya oído a él haciendo exhibiciones de su propia erudición o hinchándose a causa de ella, o lo haya visto en actitud insolente y arrogante hacia otros; más bien solía admirar todo lo que decían, aun cuando sus observaciones carecieran de todo valor, y daba su aplauso incluso a las conclusiones incorrectas, exactamente como si no hubiera oído las premisas, antes bien era por naturaleza inclinado al asentimiento, con el fin de no causar pena o tristeza a nadie. Y, si en alguna asamblea de los hombres más distinguidos por su saber surgía alguna disensión, y él consideraba oportuno tomar parte en la discusión, el lugar quedaba sumido en un profundo silencio como si no hubiera allí nadie. A ellos, en efecto, les gustaba muy poco hacer frente a sus preguntas, a sus definiciones, y a su capacidad para citar de memoria, sino que ellos se retiraban y evitaban cuidadosamente la discusión o la contradicción de lo que él decía, por miedo a que su propio fallo resultara demasiado evidente.

Muchos de los que lo conocieron solamente de manera superficial y, por ello mismo, no habían sondeado las profundidades de su alma, lo acusaban de falta de inteligencia y alababan solamen-

te su carácter manso; pero, cuando lo oían defendiendo un tema filosófico y desarrollando sus opiniones y argumentos, decidían que él era un hombre muy distinto del que ellos habían pensado conocer. Parecía, en efecto, enormemente transformado por el estímulo del debate dialéctico, con el extremo de su pelo levantado, y sus ojos dando testimonio de que el alma que había dentro de él estaba saltando y danzando en torno de las opiniones que exponía.

Vivió hasta una ancianidad muy avanzada, y durante toda su larga vida no se preocupó de ninguno de los asuntos ordinarios de la vida humana, excepción hecha del cuidado de su propia casa, de la agricultura y de todo el dinero que pudiera conseguirse de manera honesta. Llevó la pobreza con más facilidad que otros hombres la riqueza, y además su dieta o régimen era muy simple y consistía en cualquier cosa que él pudiera tener a mano. Nunca comió cerdo, y otras especies de carne sólo raras veces.

Rendía culto a los dioses con la máxima devoción y asiduidad, y nunca descuidó la lectura de los autores antiguos. En su ancianidad era aún el mismo que si hubiera sido joven, y cuando había pasado ya de los ochenta años escribió con su propia mano más libros de los que el tiempo permitía a otros leer, por jóvenes que fueran. Con ello los extremos de los dedos con que escribía llegaron a encorvarse y se torcieron con el constante trabajo y uso. Una vez había realizado su trabajo, se levantaba y se distraía paseando por las calles de la ciudad con el autor de esta narración, que lo acompañaba; y él solía dar paseos muy largos pero lentamente. Mientras tanto, contaba historias tan encantadoras y agrada-

bles, que uno podía llegar a tener un terrible dolor en sus pies sin darse cuenta de ello. Muy raras veces acudía a los baños, y sin embargo parecía siempre recién salido de un baño.

En su trato con los que desempeñaban algún cargo, si parecía hacer uso de un exceso de libertad de maneras no se debía ello a arrogancia u orgullo, sino que debía más bien considerarse como muestra de la perfecta simplicidad de quien desconoce por completo la naturaleza del poder y la autoridad; su lenguaje, en efecto, era sumamente familiar y gracioso cuando hablaba con tales personas. El había enseñado al autor de esta obra, cuando éste era aún joven, y cuando este mismo regresó más adelante de Atenas, Crysantio le mostró no menor benevolencia, sino que incluso día a día le fue prodigando las muestras de su afecto; y consiguió tal influencia sobre él que el autor, al comienzo de la mañana, solía dedicar su tiempo a sus propios discípulos y a instruir a todo el que así lo quisiera en el arte de la retórica, pero inmediatamente después de mediodía acudía en persona a ver a su antiguo maestro y era instruido por él en las enseñanzas de la religión y de la filosofía. Y, durante todo este período, el maestro nunca se cansó de instruir a su devoto admirador, mientras que la tarea resultaba como una solemne fiesta para el que recibía sus enseñanzas.

Ahora bien, cuando la práctica del cristianismo fue ganando terreno y usurpando las mentes de todos los hombres, llegó de Roma, luego de un largo intervalo, un prefecto de Asia llamado Justo, ya entrado en años, un hombre de noble y bello carácter, que no había abandonado el ritual antiguo de sus antepasados, sino que era un

ardiente discípulo de esta feliz y bendita forma de culto. Era constante en su asistencia a los templos, estaba enteramente dominado por toda clase de adivinación y puso un gran orgullo en su celo por estas cosas y en sus éxitos en restaurarlas. El pasó de Asia a Constantinopla y, cuando encontró que el hombre más importante del país —que se llamaba Hilario— era tan entusiasta como él mismo en su celo, edificó altares improvisados en Sardes, donde no había ninguno, y donde quiera se podía encontrar un resto ponía su mano en las ruinas de estos templos con la ambición de reedificarlos. Después de ofrecer sacrificios en público, mandó llamar de todas partes a los hombres que tuvieran fama por su saber. Tan pronto como ellos recibieron la invitación acudieron allí, en parte porque admiraban al hombre mismo, en parte porque pensaron que aquello era una oportunidad para exhibir sus propias cualidades, y aun algunos de ellos pusieron su confianza en su capacidad de adulación tanto como en su erudición y esperaron por estos medios conseguir honores, gloria o riqueza. Así, pues, cuando se anunció un sacrificio público, todos se hallaron presentes, y el autor de esta obra estaba presente también. Entonces el mismo Justo puso manos a la obra y, fijando la firme mirada de sus ojos sobre la víctima, que yacía en una determinada postura, preguntó a los que estaban junto a él.

—¿Qué presagia la postura en que la víctima ha caído?

Al oír esto, los aduladores quedaron llenos de admiración porque él era capaz de adivinar incluso por las posturas, y ellos se remitieron a él como al único que poseía tal conocimiento. Pe-

ro los más dignos se acariciaron la barba con las puntas de sus dedos, movieron solemne y lentamente sus cabezas mientras miraban a la víctima yaciente y, con una expresión seria en su cara, cada uno fue ofreciendo una solución distinta. Pero Justo, que difícilmente podía contener su risa, se volvió hacia Crysantio y gritó:

—¿Y qué es lo que dices tú, venerable anciano?

Crysantio replicó con ecuanimidad que rechazaba por entero el procedimiento. Y dijo:

—Pero, si deseas que también yo dé una opinión acerca de esto, primeramente, si tú realmente entiendes los modos de adivinación, díme qué modo de adivinación es éste, a qué tipo pertenece, qué es lo que pretendes aprender y qué método sigues en tu inquisición. Si tú quieres decirme todo esto, yo te diré cuál es el significado que para el futuro tiene esto que vemos. Pero hasta que me digas estas cosas, puesto que son los dioses mismos los que revelan el futuro, sería indigno de mi parte, como respuesta a tu pregunta, responder a tu cuestión y hablar al mismo tiempo del futuro, vinculando de esta manera el futuro con lo que ahora mismo acaba de ocurrir. Pues de esta manera surgirían dos preguntas a la vez, y nadie plantea dos o más cuestiones al mismo tiempo. Pues cuando las cosas tienen dos definiciones independientes, una explicación sola no se acomoda a ambas.

Entonces Justo exclamó que había aprendido algo que nunca antes había sabido, y en el futuro lo consultó constantemente en privado y bebió *en abundancia de esa fuente de conocimiento.*

Hubo también otros por este tiempo, renombrados por su sabiduría, que se sintieron atraídos por la fama de Crysantio y entablaron discusiones con él, pero, siempre que esto ocurría, ellos se marcharon convencidos de que no podían acercarse a su genio oratorio. Esto es lo que le ocurrió a Helespontios de Galatia, un hombre dotado en todos sentidos de manera poco común, que, de no haber existido Crysantio, se hubiera mostrado personalmente digno de ocupar el primer lugar. Pues era tan ardoroso amante del saber que viajó por casi todas las partes habitadas del mundo, deseoso de ver si podía encontrar a alguien que supiera más que él mismo. Así, pues, coronado de nobles palabras y nobles hechos, llegó a la antigua Sardes para gozar de la compañía y el trato de Crysantio. Pero todo esto ocurrió más tarde.

Crysantio tuvo un hijo a quien dio el nombre de Edesio, aquel de quien he escrito más arriba y había sido primeramente su maestro en Pérgamo. Desde su niñez este muchacho fue un ser dotado de alas para toda virtud, y de los dos caballos, según los describe Platón, [155] su alma poseía sólo el corcel bueno, y su intelecto nunca se cayó; por el contrario, fue un estudiante diligente, de graciosa agudeza, y asiduo en rendir culto a los dioses; y estaba tan por completo libre de las debilidades humanas, que pese a ser un hombre mortal era todo alma. En todo caso, su cuerpo era tan ligero en sus movimientos que parecía increíble, y se hubiera necesitado un poeta genuino para describir a qué altura se re-

[155] Platón, *Fedro*, 246 b. El alma humana es concebida como tirada por dos caballos, de los cuales uno representa los apetitos, y el otro la razón y la continencia.

montó él. Su parentesco y afinidad con los dioses estaban tan lejos de toda ceremonia y eran tan familiares que no tenía más que colocar la guirnalda sobre su cabeza y volver su mirada hacia arriba, al sol, y pronunciar inmediatamente oráculos que, por lo demás, eran siempre infalibles y estaban compuestos según los más bellos modelos de inspiración divina. Y sin embargo él nunca conoció el arte de escribir versos, ni era muy versado en la ciencia de la gramática; pero en él la divinidad había ocupado el lugar de todo lo demás.

Aun cuando él nunca había estado enfermo en el período de vida que se le había asignado, murió cuando tenía aproximadamente unos veinte años de edad. También en esta ocasión su padre se mostró un verdadero filósofo. Pues, bien fuera que la magnitud de la calamidad lo redujera a un estado de apatía, bien fuera que se alegró con su hijo en la bendita porción de la heredad que había obtenido, el hecho es que permaneció inconmovible. La madre del joven también, observando a su esposo, se levantó por encima de lo que es habitualmente la naturaleza femenina y alejó de sí toda lamentación hecha en voz alta, para que su pena tuviera su debida dignidad.

Después de haber ocurrido estos hechos, Crysantio prosiguió sus habituales estudios. Y cuando se produjeron en gran número grandes calamidades y disturbios públicos y universales, que hicieron temblar de terror las almas de todos los hombres, sólo él permaneció inconmovible por la tormenta, hasta tal punto que uno hubiera creído que él estaba realmente en otra parte y no en la tierra.

Por este tiempo llegó a verlo Helespontios, y ellos se reunieron y conversaron, aunque solamente después de cierto tiempo. Sin embargo, cuando realmente llegaron a entrevistarse, Helespontios quedó de tal manera cautivado que abandonó todo lo demás y se dispuso a vivir bajo el mismo techo que Crysantio y a renovar su juventud estudiando con él. Sentía, en efecto, remordimientos de conciencia por haber ido vagando por el error durante tan largo tiempo y por haber llegado a la ancianidad antes de aprender nada útil. En consecuencia dedicó todo su espíritu a esta tarea.

Pero sucedió que Crysantio tuvo que tener una vena cortada y abierta como era habitual en él, y el autor se hallaba presente allí obedeciendo órdenes suyas; y, cuando los médicos prescribieron que había que dejar que la sangre fluyera libremente, el autor, lleno de ansiedad por aplicar el tratamiento adecuado, declaró que la sangría sobrepasaba lo que era razonable, y ordenó que fuera detenida entonces y allí; pues el autor de esta obra poseía considerables conocimientos de medicina. Helespontios, oyendo lo que había pasado, acudió al instante, indignado y lamentándose en alta voz de aquella gran calamidad que era que un hombre de tan avanzada edad perdiera tanta sangre de su brazo. Pero, cuando oyó hablar a Crysantio y vio que él no había sufrido daño, dirigió sus advertencias al autor de esta obra y le dijo:

—Toda la ciudad te está acusando a ti de haber hecho una cosa terrible; pero ahora todos quedarán reducidos a silencio, cuando vean que él no ha sufrido daño.

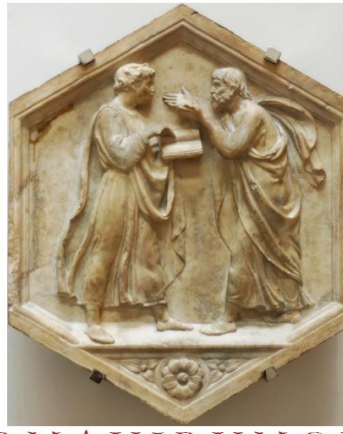
El autor replicó que él sabía cuál era el tratamiento adecuado, con lo que Helespontios hizo como si recogiera sus libros y fuera a ver a Crysantio para la lección; pero en realidad abandonó la ciudad. Comenzó entonces a padecer de un mal de estómago, y se desvió a Apamea en Bitinia y allí murió, después de dar las más estrictas órdenes a su camarada Procopio, que estaba allí presente, de que no admirara a nadie sino a Crysantio. Procopio fue a Sardes, hizo lo que él dijo y refirió estos hechos.

Ahora bien, Crysantio, en la misma estación del año siguiente, es decir, a comienzos del verano, recurrió al mismo remedio y, aunque el autor de esta obra había dado instrucciones a los médicos antes sobre que tenían que esperarle a él como era costumbre, los médicos llegaron sin que él lo supiera. Crysantio les ofreció su brazo, y se produjo un flujo excesivo de sangre, cuyo resultado fue que sus miembros se relajaron y él sufrió un agudo dolor en sus articulaciones, de forma que tuvo que permanecer en cama. Se llamó inmediatamente a Oribasio y, a causa de Crysantio, consiguió casi, tan extraordinario era su arte profesional, hacer violencia a las leyes de la naturaleza, y por medio de fomentos calientes y reconfortantes devolvió el vigor casi juvenil a esos miembros rígidos. No obstante la vejez ganó la victoria; pues se acercaba a sus ochenta años, y la influencia de su edad se dejó sentir sin duda cuando su temperatura fue tan grandemente transformada por la excesiva aplicación de calor. Después de cuatro días de enfermedad partió para el destino que era digno de él.

Los sucesores de Crysantio en la profesión de la filosofía son *Epígono* de Lacedemonia y *Beroni-*

cianos de Sardes, hombres realmente dignos del título de filósofos. Pero Beronicianos ha sacrificado con más generosidad a las Gracias y posee un especial talento para tratar a sus compañeros. ¡Ojalá viva muchos años!

EX LIBRIS



ARMAUIRUMQUE